

RAÚL ÁLVAREZ

AURONPAG

EL JUEGO
DEL HATER



mñ

Índice

Portada
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

PlanetadeLibros.com

**Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:**



Explora Descubre Comparte

Sinopsis

Joel Graham, youtuber de gran fama, se dispone a hacer una de las clásicas bromas telefónicas de su canal. Esta vez llamará a alguien que fabrica muñecos de réplica de famosos por encargo, que a Joel le parecen ridículos. Pero la cosa no quedará ahí. Donald, blanco de la broma, se convertirá en su peor pesadilla y logrará estar presente en su vida diaria sin que Joel consiga saber cómo lo hace, dando un paso más cada vez que este intenta desenmascararle.

—Pero, ¿qué cojones es esto?!

Estaba acostumbrado a ir al videoclub de Silvestre y, a pesar del ambiente tétrico propio del local, nunca me había llevado un susto como ese. En mis manos sujetaba un *flyer* que había descolgado del tablón que mi amigo tenía junto a la puerta de entrada y donde cualquiera podía anunciar lo que quisiera: representaciones de teatro, conciertos, cursos para hacer cupcakes, clases particulares de inglés o... lo que me tenía absorbido desde que acababa de entrar: un pequeño papel con forma rectangular cuyo reclamo era un gran titular escrito en Comic Sans: «venta de muñecos hechos a mano».

Vender muñecos en sí mismo no tenía nada de particular; no era el único artesano que anunciaba sus productos ahí. Lo que casi provoca que se me desprendieran las retinas de los ojos fue el resto del anuncio:

Se venden muñecos realizados con mucho mimo, cariño y de manera totalmente artesanal. Muñecos de gran calidad inspirados en personajes famosos e inventados por mí. Como pueden observar tienen un gran parecido y están perfectamente realizados, hasta el más mínimo detalle. Se aceptan encargos a partir de 350 €.

Sin duda, lo que tenía delante, o era una broma o estaba escrito por un invidente, ya que la imagen que ilustraba el texto era una foto de uno de esos muñecos de «gran parecido y perfectamente realizados» que ofrecía el anuncio: una reproducción de Cristiano Ronaldo o, mejor dicho, algo que pretendía serlo. Ni después de la peor borrachera de cumpleaños del futbolista portugués, lo que aparecía en la foto llegaba a asemejarse a él.

—Tío, que aún quedan meses para Halloween. Un poco exagerado vender esto ya, ¿no crees? —insistí.

—Bah, esto es como la primavera, que no empieza hasta que lo dice El Corte Inglés —respondió Connor de espaldas, mientras repasaba con la mirada los lomos de los DVD de cine coreano.

Ahí solo trabajaba Silvestre, pero desde siempre había sido nuestro punto de encuentro. Era un cuchitril oscuro y con olor a humedad. Las estanterías repletas de pelis iban desde el suelo hasta el techo que, por suerte para los bajitos, apenas superaba los dos metros.

—¿Yo qué sé, Joel? —se defendió Silvestre mientras colocaba carátulas en

las estanterías. Era prodigioso ver cómo sabía dónde iba cada, aunque a veces sospechaba que las ponía al tuntún—. Para eso está el tablón, para que la peña cuelgue lo que quiera.

—Pero hay que filtrar, Sil, esto ahuyenta a la clientela.

—¿Más aún? —dijo Connor, que ya había pasado a la sección de cine taiwanés.

—Es un país libre, ¡déjame en paz! —protestó de nuevo Silvestre. De profesión era dependiente, pero de vocación, cascarrabias. Un abuelo prematuro.

—Pero, ¿lo habéis visto bien?

Connor ni se inmutó. Movía la cabeza de izquierda a derecha como un autómatas por cada una de las estanterías. Siempre hacía lo mismo, como si buscara el santo grial entre las decenas de películas de títulos impronunciables que se alquilaban en el videoclub. Era el único que quedaba en la ciudad y si aún no había cerrado era porque tenía lo más raro de lo más raro. Y, lógicamente, su clientela no le iba a la zaga. Bien pensado, un anuncio como ese solo podía estar ahí.

—¡Qué pesado! —dijo Silvestre acercándose a mí y mirando por encima de mi hombro el *flyer* que sujetaba entre mis manos—. ¡Hostia!

—Te lo dije —afirmé triunfante—. Filtrar, Sil. Esa es la idea.

—¡Por fin! —exclamó Connor con un DVD entre sus manos—. Llevaba meses buscándola.

—¿Y no podías haber preguntado al dependiente? —pregunté asombrado.

—Me gusta conseguir las cosas por mí mismo, ¿algún problema? —respondió Connor al tiempo que dejaba la película en su sitio. No tenía interés en verla, solo en encontrarla. ¿Absurdo? Conociéndole, no.

—¿Qué coño es esto? —Silvestre seguía mirando el *flyer*.

—Es lo que os llevo preguntando desde hace media hora.

Connor se acercó y se unió al corrillo. Fiel a su estilo, ni se inmutó.

—Prodigioso —sentenció—. Una auténtica payasada.

—Si esto es lo que hace inspirándose en personajes famosos, no quiero ni pensar cómo serán los inventados por él —dije con sorna.

—Mejor no preguntar. El cerebro de este tío tiene pinta de ser complejo. Muy complejo —añadió Connor.

—Y que lo digas. ¡A la basura! —respondió Silvestre mientras me arrancaba el *flyer* de las manos.

—¿Qué haces? —grité alarmado.

—Filtrar, ¿no? —dijo Silvestre confundido.

—Esto es una joya, amigos —dije recuperando el *flyer*.

—¿Te va el rollo freak, ahora? —dijo Connor—. En mi casa tengo un auténtico museo sobre el tema, si estás interesado.

—No, no... —respondí—. Es que esto merece...

- No, Joel, no estarás pensando... —interrumpió Silvestre.
- No me digáis que no —dije afilando la sonrisa.
- ¿Iba a servir de algo? —preguntó Connor sabiendo la respuesta.
- No, la verdad —se rindió Silvestre.
- Chicos, esto está pidiendo a gritos una llamada para mi canal.
- Obvio —resumió Connor.

Me guardé el *flyer* en un bolsillo y me dirigí a la salida. En la puerta me crucé con Jan y Flavia, que acababan de entrar.

—¡Hey, Joel! ¿Se te quema la comida o qué? —preguntó Jan bromeando por mi urgencia.

—Si no tiene ni idea de cocinar, ¿qué dices? —preguntó Flavia descolocada. No tenía una gran habilidad para pillar los dobles sentidos. Por eso tardaba en llegar; aunque al final siempre llegaba—. Ah... Vale, que es por las prisas.

No me detuve a responder. Solo sonreí y salí corriendo de ahí.

—¡Os veo, chicos! —me despedí.

—¿Qué le pasa? —insistió Jan.

—Los cerebros creativos, que sufren de incontinencia —dijo Silvestre meneando la cabeza.

—O de maldad —resumió Connor con una sonrisa.

—¿Cómo, va a hacer algo malo? Pero si Joel es un trozo de pan —Flavia miró a Connor asustada. Los otros tres, incluido su novio, Jan, la miraron expectantes. Sabían que en dos segundos iba a aterrizar en el planeta de los humanos—. Ah... Sí, ya. Que va a hacer uno de sus vídeos.

—Bravo —sentenció Connor camino a la estantería de cine filipino.

1.

Mi cabeza no había parado ni un segundo desde que salí de la tienda de Silvestre. Sentía el anuncio en el bolsillo trasero de mi pantalón como si llevara un billete de lotería premiado. Era lo que me sucedía siempre que sabía que tenía una gran idea para mi canal. Aunque... ahora que lo pienso, tal vez debería presentarme. Me llamo Joel Graham y soy *youtuber*. Mi canal lo siguen miles de personas. En realidad, unos cuantos miles. Lo digo así para ser modesto, decir millones suena prepotente. Y levanta ampollas, para qué nos vamos a engañar. Pero, ¡qué narices! Mi canal tiene... algún que otro millón de seguidores. Vaya, no puedo evitar ser modesto otra vez.

Si dijera que ser *youtuber* es duro, volvería a sonar prepotente. Pero a veces lo es. No porque todo el mundo conozca tu cara y casi no puedas salir ni a comprar el pan. Eso, en cierto modo, es una ventaja: siempre tengo una excusa para pedirle a otro que lo haga por mí. Es duro porque, por mucho que parezca lo contrario, ser *youtuber* es un trabajo. A ver, que no soy el único que trabaja en el mundo, lo sé. No me quejo. Es solo que, detrás de los vídeos que aparecen en mi canal hay un montón de horas dedicadas a pensar, a preparar, a ensayar, a repetir, a probar. Por eso, cuando encuentro algo que sé que va a funcionar, no puedo más que dar saltos de alegría: sé que tengo una buena idea y, sobre todo, que no voy a tener que dedicar unas cuantas horas a esperar a que se me ocurra. El anuncio de los muñecos era mi idea. Un diamante en bruto. Un auténtico bombazo para mi canal. Hacía algunas semanas que no acababa de sentirme cómodo con mis vídeos. Estaban bien, me gustaban y a mis seguidores también. Pero tenía la sensación de que necesitaba un vídeo que se saliera de lo habitual. Un pelotazo, vamos. Y la llamada al fabricante de muñecos iba a serlo. Seguro.

Al llegar a mi casa, me dirigí directo al estudio. Me salté la clásica parada en la nevera, parada inútil la mayor parte de las veces, ya que mi nevera no era lo que se dice un «mundo de posibilidades». De hecho, mis amigos la llamaban «Sahara» por estar siempre desierta. Esta vez tenía prisa. Quería prepararlo todo para hacer la llamada cuanto antes. Una vez sentado frente a la cámara, respiré hondo y miré al frente. No quería darle muchas vueltas a lo que iba a hacer, prefería que todo saliera de forma espontánea. Improvisación pura y dura. Marqué y esperé. Tras varios tonos, que se me hicieron interminables, alguien descolgó.

—Buenas tardes —respondió el protagonista involuntario de mi vídeo al

otro lado. Su voz sonaba ronca y el hombre tuvo que aclararse la garganta al terminar de saludar, señal de que llevaba varias horas sin hablar.

—Buenas —saludé—. ¿Hablo con...? ¿Con quién hablo?

—¿Qué es lo que quiere? —respondió el hombre conteniendo un primer arrebatado de mal humor. Por su tono seco y poco «comercial», muchas llamadas para comprar muñecos no debía de tener, pensé.

—La pregunta correcta sería: ¿qué es lo que quiere usted?

—Creo que se ha equivocado, joven —«¿Joven?!». ¿Quién menor de 60 años habla así? Aunque por su voz, calculaba que tendría cuarenta y pico.

—Eso parece..., «mayor» —respondí aguantando la risa—. Creí que hablaba con un artista, un creador, un... un... Leonardo da Vinci de los muñecos. Pero debo de haber marcado mal el número. Un saludo —dije a modo de órdago.

—¡Espere, espere! Está llamando al número correcto. ¿En qué puedo ayudarle? —como suponía, mi interlocutor reaccionó de inmediato suavizando el tono.

—¿No ha pensado que quien necesita ayuda es usted?

—¿A qué se refiere? —dijo con una amabilidad forzada.

—En general, a todo.

—¿... Todo? —respondió desubicado.

—Vamos por partes —respondí resuelto—. Atención telefónica. Cero. Trato con el cliente. Cero. Habilidad comercial. Cero. ¿Quiere que siga?

—Yo... Bueno, le pido disculpas si se ha sentido molesto...

—No es molesto, caballero. Es... ¿Cómo lo diría? Perplejo. En la vida me habían tratado así cuando iba a comprar algo. Como comprenderá, a nadie le gusta pagar para ser tratado mal.

—En nombre de M-M insisto en mis disculpas y le ofrezco un diez por ciento de descuento en su próxima compra.

—¿M-M? —pregunté desconcertado. Esto se ponía interesante— ¿«M» de... Mierda? Porque si es así, estamos hablando de doble mierda.

—No, señor... —respondió conteniéndose— M-M, de Magical Muppets, ¿no es donde está llamando? —Casi me doblo de la risa en el asiento al escuchar el nombre de su «empresa», por llamarla de alguna forma.

—Si le digo la verdad, no sabía dónde llamaba. Olvidó poner el nombre del negocio en su anuncio —dije cuando pude volver a articular palabra.

—¿Cómo? —Al otro lado de la línea escuché al señor revolviendo entre papeles—. Ya, esto... Debieron cortarlo mal en la imprenta.

En la imprenta, claro. Quería convencerme de que una fotocopia cutre que luego había cortado a mano en su casa era un trabajo de imprenta. Ese hombre era un filón.

—En segundo lugar, ¿qué le hace pensar que tengo intención de realizar una

compra?

—¿Cómo dice?

—Me acaba de ofrecer un descuento. ¿Cree que llamo para realizar una compra? —insistí.

—Bueno, yo... —estuvo a punto de volver a perder la compostura, aunque aún mantenía el tipo—. ¿Por qué llama, entonces?

—Verá —empecé fingiendo un leve tono amenazante—, le llamo de la oficina de *Management* de CR7 en Londres. Hemos visto su anuncio y queríamos preguntarle por su número de licencia para reproducir su imagen.

—E-el... ¿número de licencia? —respondió desconcertado, aunque lo que me transmitía su voz en realidad era pánico.

—Supongo que dispone de licencia para usar la imagen de nuestro cliente. Aunque, ahora que lo compruebo... —tecleé a lo loco en mi teclado solo por hacer ruido— ... Magical..., ¿cómo era?

—Muppets —respondió con voz casi inaudible.

—Magical Muppets... —seguí tecleando— ... no aparece en nuestra base de datos. A no ser que se le concediera una licencia gratuita como organización benéfica. ¿Es ese el caso? ¿Es Magical... lo que sea, una ONG?

—Eh... No.

—Entonces, ¿quién le ha autorizado a fabricar muñecos con la imagen de CR7? ¿El propio señor Ronaldo?

—Bueno, veré... —empezó a explicarse el señor sin saber qué iba a decir—. Yo... a ver. Yo soy artesano, no pensé que tuviera que pedir una licencia para usar...

—¿Tiene abogado? —interrumpí.

—¿Abogado? —Me imaginé cómo el hombre se iba encogiendo poco a poco en su silla—. Mi cuñado estudió Derecho, pero trabaja de contable.

—Y le hace la declaración de la renta, no me diga más.

—Sí —respondió avergonzado.

—Pues a lo mejor debería ir pensando en llamarle porque mi equipo jurídico está redactando una demanda para presentar ante la corte británica. ¿Su cuñado habla inglés?

—Chapurrea, como todo el mundo.

—Pues vaya invirtiendo las ganancias de su negocio en un curso de inglés para usted y para su cuñado. Pero uno intensivo, no de «inglés en mil palabras» ni chorradas de esas.

—A ver... No... no nos pongamos nerviosos —replicó acorralado.

—Ah, ya entiendo, que ganancias, poquitas. Encima de aprovecharse de mi cliente, no ha sacado un euro de ello. Le van a condenar antes por inútil que por delincuente.

—Va-vamos por partes —Parecía un ratoncito en una jaula, buscando una salida para escapar—. En primer lugar, yo no pretendía...

—¿Qué es lo que no pretendía? ¿Hundir a mi cliente? —le interrumpí. No quería insistir en el tema legal, pronto se me vería el plumero.

—¿Hundir... a quién?

—¡A Cristiano! ¿Es consciente del daño psicológico que le ha hecho?

—Creo que no le entiendo.

—Le he visto llorar —dije sin más y fingiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas a mí también.

—¿Llorar? —El hombre no entendía nada. Justo lo que perseguía.

—Sí, como un chiquillo. ¿O es que no ha visto la crisis goleadora de la que es víctima?

—Yo... tampoco sigo mucho la actualidad deportiva.

—Se nota. Pues no es la edad, ni su estado de forma, ni que Messi le vaya a quitar otra vez el Balón de Oro. ¡Es usted! —sentenció.

—¿Yo?!

—¡Sí, usted! ¿No es consciente del muñeco que ha hecho..., mejor dicho, que ha perpetrado con su imagen? Desde que mi cliente lo vio, no duerme, no come, ¡no marca!

—Bueno, este domingo marcó un *hat-trick*. No es que esté al día, como le digo, pero ha salido en todos los informativos.

Pillado. Después de la política, los programas de La 2 y los Juegos Olímpicos de Invierno, el fútbol es la cosa que menos me interesa del mundo. Si no reaccionaba rápido, se me iba a caer todo el chiringuito.

—Caballero —proseguí—, mi cliente es, ante todo, un artista, lo cual no puedo decir de usted. Y a veces es capaz de meter la pelotita en la portería sin querer, aunque tenga los ojos bañados en lágrimas. ¿Sabe lo que quiero decir?

—Entonces, tan mal no está —dijo el hombre. Había encontrado una grieta y estaba dispuesto a tirar de ella hasta convertirla en una sima para colarse dentro y defenderse.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —cambiar de tema, un viejo truco—. ¿Le gustaría encontrarse con un muñeco creado, en teoría, a su imagen y semejanza, y comprobar que no se parece en nada a usted?

—Llevo mucho tiempo practicando conmigo mismo. El de su cliente no es el primero que hago.

Se me estaba subiendo a la chepa, el tío. No era tonto, desde luego. Iba a tener que echar el resto para reconducir la situación.

—¡Pues venda los muñecos con su imagen, cabeza de alcachofa!

—¿Cómo dice?

—Pero, ¿cómo se le ocurre hacer semejante despropósito? ¡Hasta yo he

creado obras mejores sentado en el «trono»!

—Le pido un poco de respeto.

—¿Respeto? ¿Me está pidiendo respeto? ¡¿Usted?! Que ha manipulado... ¡¿Qué digo manipulado?! ¡Profanado, violado la imagen del jugador más grande de todos los tiempos! Bueno, después de Di Stéfano. Y de Pelé. Y de Maradona. Y de Cruyff. Y de Messi, claro. Le voy a decir una cosa y espero no tener que repetirla: le pido..., no, le exijo, que retire inmediatamente del mercado todos los muñecos que existen de mi cliente.

—Solo hay uno. Es un prototipo.

—Pues... Pues... —era duro de pelar el hombre—. Destruýalo. O, mejor, mándemelo por correo. Creo que la única solución va a ser practicarle un exorcismo delante de Cristiano para que se quede tranquilo.

—¿Un exorcismo al muñeco?

—Sí. Para que mi cliente pueda destrozarlo, destriparlo. Que vuelva a sentir que es único, que no hay ninguno como él, que no existe en el mundo ni una sola réplica, y menos de la pésima calidad que ha perpetrado usted.

—¿Es esto una broma?

—Broma es lo que usted hace. Y de mal gusto.

—Si esto es una broma, le pido por favor que pare.

—¡Pare usted de fabricar esos muñecos! ¿No ve que es peligroso? ¡El día que haga uno de Trump, a lo mejor provoca la tercera guerra mundial!

—Pues ya es demasiado tarde —se defendió—. Tengo una serie de muñecos de líderes mundiales: Trump, Obama, Putin...

—¡Y de Rajoy, ¿no te digo?!

—No, de Aznar.

—Tócate los...

—También reproduzco escenas históricas, como el trío de las Azores.

Calificarle de friki se quedaba corto. Me estaba arrepintiendo de haber quemado ese filón en una llamada. Tenía que haberle pedido su catálogo, era incapaz de imaginar la cantidad de «maravillas» que debían de haber salido de su cabeza. Pero ya era tarde, estaba metido de lleno en el fregado y ya tenía que seguir.

—Ahora mismo llamo a la guardia civil para alertarles. No ya como manager de CR7, sino como ciudadano. ¡Tengo derecho a proteger a mis hijos de un monstruo como usted!

—¿Puedo saber su nombre? —contraatacó el hombre.

—¿Puedo saber el suyo? —reliqué a la defensiva.

—Donald Collins.

—Donald, como el pato —me mofé.

—Donald, como Trump —replicó amenazante.

—¿Es un chiste? ¿Qué es, cómico también?

—¡Deje ya esta broma! ¡No tiene gracia!

—Lo que no tiene gracia es que muñecos como los que usted hace circulen por ahí. ¡Que puedan verlos los niños!

—Como no cuelgue, llamo a la policía.

—Eso, hágalo, así me evito hacerlo yo.

—¡Cretino!

Mi «víctima» pasaba al insulto. Era hora de terminar antes de que la llamada se convirtiera en algo desagradable.

—Señor Collins —dije con otro tono, más conciliador—, tiene usted razón.

—¿Cómo dice? —respondió desconcertado.

—Esto es una broma. Soy Joel Graham y estoy realizando un vídeo para mi canal.

—¿De qué me está hablando? —no conseguía salir de su desconcierto.

—Que ni yo trabajo para CR7, ni CR7 ha visto sus muñecos, que yo sepa, ni nada.

—Esto es un vergüenza —respondió.

—No, solo es un vídeo —dije con la mejor intención. No quería más gresca, solo acabar de la mejor manera posible.

—Un vídeo humillante.

—Hombre, humillante... —repliqué a modo de excusa—. Dejémoslo en simpático.

—¿Usted cree que puede hacer estas cosas? ¿Llamar a cualquiera y hacerle pasar un mal rato solo para reírse de él?

—A ver, jefe, cualquiera, cualquiera, no es. No creo que a nadie se le ocurra vender muñecos tan... «peculiares».

—¿Y a usted qué más le da? Si no le gustan, pues no los compre y punto.

En eso tenía razón. No hacía daño a nadie fabricando y vendiendo sus muñecos. Solo a la vista, en cualquier caso.

—Esto no va a quedar así —amenazó.

—¿Qué va, a fabricar muñecos inspirados en mí? Me encantará verlos —dije con sorna—. Puede visitar mi canal para ver cómo soy y, de paso, darle al «me gusta». Aunque viendo el resultado, no creo que necesite fijarse mucho en el personaje original. Total, va a hacer el muñeco que le salga de las pelotas.

—¡Ya vale! —zanjó. Se estaba poniendo violento y eso me lo ponía muy difícil para poner fin al vídeo—. ¿No se ha reído lo suficiente de mí?

—A ver, señor Collins. —Esto era un duelo entre dos contendientes y ninguno de los dos estaba dispuesto a firmar la derrota—. No es reír, no lo malinterprete. Es... una labor social. Le estoy ayudando a que reoriente su carrera profesional y se dedique, no sé..., a jugar a la petanca, a mirar obras... Algo

inofensivo para la humanidad.

—Estoy viendo ahora su canal y, por lo que veo, no soy la única víctima. ¡Ya está bien! ¿Se cree que puede hacer lo que le dé la gana? Se siente protegido, ¿verdad? Ahí, en su cueva, burlándose de cualquiera, con millones de seguidores que le ríen las gracias, como si fuera un dios. Pues no, niñato, aquí, al otro lado, hay gente a quien todo esto no le hace ninguna gracia.

Me venía bien que hablara. Cuanto más lo hiciera, más tiempo me daba a mí para pensar en qué le iba a contestar. Y no me iba a quedar corto, ni mucho menos.

—A ver, alcaparra...

—¡Cállese! —me cortó—. ¡No quiero escucharle ni una palabra más!

—¿Y cree que yo sí?

—Solo voy a decirle una cosa —dijo impostando un tono pausado, como queriendo hacerme entender que controlaba su ira—. Voy a ir a por usted.

—¿Qué va, a llamar al abogado de Cristiano Ronaldo? —repliqué—. Porque, si quiere, puedo pasarle el número.

—Escúcheme, porque solo voy a decirlo una vez: esto no va a quedar así.

—Desde luego, espero que quede mejor. Me refiero a sus muñecos —dije. Pero Donald ya había colgado.

Me quedé mudo. Una pausa dramática para que se calmaran las risas de mis seguidores al otro lado de la pantalla. El final había sido mejor de lo esperado.

—Este es de la camorra, por lo menos —dije mirando a cámara—. Escúchame, Donald Collins, si tienes estómago para hacer muñecos como los que pretendes vender, tienes que tenerlo también para aguantar las críticas. Que va en el precio, amigo, no todo el mundo va a saber apreciar tu arte. Arte satánico, eso sí. Oye, y quién sabe, a lo mejor dentro de cien años, o doscientos, llega alguien y reconoce tu talento. Venga, Donald, que en la casa de Mickey Mouse te van a querer igual. ¡Salud!

Y corté el vídeo.

2.

Si hay algo que me agota de ser *youtuber* es el *business*: propuestas de anunciantes, firmas de autógrafos, sesiones de fotos, «ponte aquí», «lleva esta gorra», «haz esta entrevista»... Todo eso es el *business*. Y Kevin, mi representante, parece obsesionado con él. Lógico, es su trabajo. Hay días que no me deja respirar. Aparece en casa a las nueve, me saca de la cama, me mete en su coche, me lleva a tal sitio, me trae a otro, me taladra con su verborrea, me programa los siguientes siete días y, cuando ya no sé ni quién soy, me devuelve a casa.

Esa mañana, en cambio, me había levantado a tiempo y cuando Kevin llamó al timbre de la calle, ya estaba listo.

—Subo café y donuts. Y vístete antes de que suba, no me obligues a verte en calzoncillos —me dijo sin saludar, como siempre.

—Ya he desayunado, papá —dije con retintín—. Bajo enseguida.

—¿Estás levantado ya? —preguntó con sorpresa.

—Sí, pero no te comas los donuts, que son para mí. —Colgué el interfono y salí de casa impaciente. Quería ver la cara de Kevin antes de que se le pasara el asombro.

Kevin era como un padre, solo que en plan joven. Tenía unos treinta años y había estudiado periodismo. Quería ser reportero de guerra: Siria, Irak, Gaza y Cisjordania; siempre nombraba estos cuatro lugares, como si solo hubiera guerra en ellos en el mundo. Era su vocación, creía, pero cuando consiguió su primer trabajo de redactor en un programa de televisión, se dio cuenta de que la única guerra que iba a conocer era la de lograr meter el micro entre el de sus compañeros para conseguir la declaración del famoso de turno.

Le conocí en el *Meet and Greet* de uno de mis shows. En teoría, los *Meet* están reservados solo a los fans, los periodistas no pueden entrar. Ellos tienen otros momentos para entrevistarme y hacerme fotos. Reconozco que no suelo darles mucha bola. Siempre hacen eso de «sacar de contexto». Si una declaración puede tener dos caras, ellos siempre escogen la que no es. Si dices: «Nunca había tenido un recibimiento como el de hoy», ellos publican: «Joel Graham, decepcionado por la fría acogida de sus fans». No falla. Haciendo eso, como mínimo, se aseguran una segunda noticia donde Joel Graham tiene que explicar que sus declaraciones se han sacado de contexto. El periodista se ofrece a entrevistarte y, así, se asegura una tercera noticia. Para ser reporteros de guerra, no sé, pero para estrategias, la

facultad de periodismo les prepara a las mil maravillas. Cansado de que «me saquen de contexto», decidí que los periodistas, cuanto más lejos, mejor. Además, yo no soy noticia de nada. Soy un *youtuber*, punto. Ni mi vida, ni lo que hago fuera de mi canal, ni quiénes son mis amigos, le interesa a nadie.

En teoría, él no debía estar en el *Meet* donde lo conocí. Se coló. No aprovechó un descuido de la seguridad del show, ni se escondió en un armario, ni cosas por el estilo. Se hizo pasar por fan. Me siguió durante meses en mi canal, empezó a comentar mis vídeos, me escribía a mi correo. Firmaba como Sugar Kane, un nick como cualquier otro, pero con dos caras: era el nombre del personaje de Marilyn en *Con faldas y a lo loco* y el título de una canción de Sonic Youth, un grupo de la prehistoria que solo conocían padres enrollados de pasado *indie* y frikis como Connor. De hecho, fue Kevin quien me dio las dos referencias. Al principio, no reparé en él, de hecho, estaba convencido de que era una chica. Una «seguidora» más, pensaba. Pero sus comentarios destacaban sobre los demás y pronto llamó mi atención. Eran ingeniosos, diferentes, y sobre todo, divertidos. Llegó un punto en el que, cada vez que colgaba un vídeo, esperaba impaciente su comentario. Y siempre llegaba. Entre la tal Sugar Kane y yo se estableció un juego curioso. Yo metía guiños en mis vídeos y esperaba a ver si «ella» los pillaba. Y los pillaba.

Un día, cuando el juego estaba en pleno apogeo, Sugar Kane escribió un comentario en el muro de uno de mis vídeos en el que me reprochaba que era «repetitivo». Dijo algo así como: «... si segundas partes nunca fueron buenas, quintas, sextas, séptimas... Eso ya ni se comenta». Estoy acostumbrado a comentarios de todo tipo, no me voy a poner a llorar a estas alturas cuando me ponen verde (lo cual sucede con frecuencia); qué se le va a hacer, cosas de la fama. Pero en esa ocasión me dolió por venir de quien venía y, sobre todo, porque tenía razón. Había hecho un vídeo normalito, correcto, pero repitiendo ideas ya usadas. Mis seguidores lo habían acogido bien, pero Sugar me había cazado. No sabía quién era, si era una chica, un chico, joven, adulto. No sabía nada de esa persona, pero, tras meses de juego privado entre nosotros, su comentario me llegó al alma. Lejos de picarme, me propuse responderle a lo grande. Me encerré en casa durante varios días y estuve dándole vueltas a mi siguiente vídeo. Al final, se me ocurrió una idea. Fue entonces cuando hice mi primer vídeo de bromas telefónicas; hasta la fecha, el vídeo más visto de mi canal.

Sugar había logrado que me pusiera las pilas. Gracias a «ella» me había obligado a currármelo más y a sacar nuevas ideas. Sin sospecharlo, había logrado que mi canal pegara un salto hacia arriba. A cambio, Sugar desapareció. No volvió a comentar mis vídeos, ni a escribirme. Se esfumó. Parecía un ángel que había llegado a mi vida para cumplir una misión, y cuando la cumplió, se marchó.

La vida —y los vídeos— continuó. Al principio echaba de menos sus

comentarios, pero al poco tiempo, mi cabeza se ocupó en otras cosas y Sugar quedó relegada a un curioso recuerdo. Hasta el *Meet* en el que se coló. Ese día, tras el show, me junté con unos cien fans. Me encantan esos momentos. Es cuando pongo cara a mis seguidores. Comentamos los vídeos, nos hacemos fotos, nos echamos unas risas. Tras la hora de rigor, cuando ya me despedía de ellos, escuché voces en la entrada de la sala. El guardia de seguridad trataba de impedir el paso de un chico.

—El encuentro ha terminado —insistía.

—Tengo entrada, soy fan, estoy en la lista —replicaba el chico nervioso—. ¡Solo una foto!

Me quedé mirando con curiosidad. Para ser fan, casi doblaba la edad del resto. Pero no fue eso lo que me llamó la atención. Fue la camiseta que llevaba: por delante, la foto de Marilyn y por detrás, el logo de Sonic Youth. No había duda. Era él.

—¿Sugar? —dije en voz alta— ¿Eres un tío?

Los casi cien fans que me rodeaban se giraron a la vez hacia la puerta y miraron a aquel chico al que el guardia trataba de llevarse de ahí agarrado de la cintura. La imagen merecía la pena: un tipo de dos por dos agarrando con los dos brazos a un tipo más bien gordito mientras este agitaba brazos y piernas en el aire, como si nadara en una piscina imaginaria.

—Joel, dile a este gorila que me suelte, que me está apretando la tripa y voy a acabar por echar la pota —dijo. Así es Kevin: espontáneo, deslenguado—. ¡Que me sueltes o te meto la punta de la bota por... —y, sobre todo, bastante macarra.

—¡Suéltalo! —dije conteniendo la risa. El guardia se quedó quieto sin estar seguro de qué hacer, mientras sujetaba a Kevin a la altura de su cadera a modo de paquete.

—¿No lo has oído, Hodor? —dijo Kevin.

Los presentes estallaron en una carcajada y «Hodor», el guardia, molesto, soltó a Kevin sin más. El que estaba a punto de convertirse en mi representante, cayó al suelo de golpe.

—No era literal —protestó desde el suelo.

Unos minutos más tarde, Kevin repasaba los moratones en codos y rodillas y yo le escuchaba asombrado. Nos habíamos quedado a solas en la sala y él no paraba de hablar. Me contó que era periodista y que se había fijado en mí para hacerme una entrevista para la web de noticias para la que trabajaba.

—Y todo por veinte euros de mierda.

—¿Veinte euros? —pregunté alucinado.

—Es lo que pagan por artículo. Veintitrés si lleva foto. Como ves, es un trabajo para forrarse.

Pero cuando supo mi relación con la prensa y lo difícil que era convencerme

para conceder entrevistas, se le ocurrió una estrategia: infiltrarse como fan en mi canal, chica, para más señas, y llegar hasta mí de otra manera.

—Qué importante soy —dije con sorna—. Vas a conseguir sacarme los colores.

—De importante nada. Es que si logro colocar un reportaje en lugar de un artículo, me pagan cuarenta euros. Y me vales igual tú que las focas del Pacífico. El caso es que lo compre el jefe de redacción.

—Ya —respondí disimulando mi chasco—. Cuarenta y tres con foto, ¿no?

—No, cuarenta y seis. Los reportajes llevan varias fotos, pero a partir de la tercera ya no las pagan.

Empezó a comentar mis vídeos para llegar hasta mí y así lograr entrevistarme, pero, poco a poco acabó por engancharse al mismo juego al que me había enganchado yo con él: ese curioso diálogo virtual que mantuvimos durante algunos meses. No se olvidaba de qué le había llevado hasta mí: el deseo de hacerme una entrevista y colocar el reportaje en la web por cuarenta y seis miserables euros, pero a medida que fue creciendo nuestra «relación», empezó a pensar que no era muy ético haberme llevado al huerto solo por un interés personal. Por eso decidió desaparecer. Aprovechó mi vídeo más flojo para darme un toque de atención y dejarme el recado de que me estaba acomodando. Fue su carta de despedida, me contó.

—Entonces, ¿por qué has venido hoy? —pregunté desconcertado.

—Porque me han echado de la web.

—Vaya, lo siento —dije con sinceridad.

—Publiqué el *repor* de las focas del Pacífico —dijo con un hilito de voz—. Un fracaso. No llegó a las cien visitas.

—Uf —exclamé. Acostumbrado a millones de visionados de mis vídeos, no llegar a ni a cien visitas me parecía inimaginable.

—Y de *likes* y *shares*, ni hablamos.

Por primera vez desde que había irrumpido en la sala, Kevin se quedó callado. Estaba afectado por lo que le había pasado. En esos instantes de silencio, me dediqué a mirarle con un poco más de atención. Su verborrea era tan arrolladora que no te daba tiempo a otra cosa que a escucharle. Pero ahora que se había callado y que miraba al suelo, pude observarle. Tenía algo más de treinta años y estaba, por decirlo de forma elegante, bien alimentado. Llevaba unas gafas más grandes de lo que el tamaño de su cabeza aconsejaba y eso le daba un aire contradictorio: inteligente y gracioso a la vez, como si quisiera decir al mundo que no se tomaba muy en serio a sí mismo.

—Es la hostia, no me digas que no —soltó como conclusión de todo lo que me había contado—. ¿No te parece?

—¿Cómo dices? —respondí despertando de mi letargo.

—¿Te lo tengo que grabar en vídeo para que te enteres? —dijo retomando su tono deslenguado—. Cómo sois los de tu generación, si no os dicen las cosas desde una pantalla, no os enteráis de nada.

—Como si fueras un anciano —respondí.

—Comparado con todos los que estaban aquí hace un rato, soy del Pleistoceno.

—¿Cómo te llamas? —pregunté. Kevin me miró con el ceño fruncido. No estaba acostumbrado a que le pillaran a contrapié—. Porque Sugar no creo que sea, ¿no?

—Kevin. Y desde hoy, soy tu representante.

Sonrió y me ofreció su mano para sellar el trato. La propuesta me cogió desprevenido, pero no era descabellada. Conocía mi trabajo, se había preocupado en mirarlo de otra manera, era vivaz y espabilado. Su atrevimiento me pareció tan sorprendente que se la estreché.

—Pero olvídate del diez por ciento de comisión. Cinco, y vas listo.

—Puto explotador —dijo.

Desde entonces, Kevin es mi representante. Hasta ese momento, yo era quien llevaba mis asuntos. Me echaba una mano un abogado, colega del hermano mayor de Jan, mi amigo. Pero todo el tema de contrataciones, reuniones con anunciantes y demás, lo hacía yo. Por eso me iba como me iba: si me apetecía, lo hacía, si no, no. En el momento en el que Kevin empezó a trabajar conmigo, me olvidé de todo eso: de negociar, de seleccionar, de pelearme con unos y con otros por la pasta que debía cobrar. Y, por primera vez desde que empecé a ser *youtuber* tuve una agenda organizada. Y una vida organizada, también.

—Buenos días, Mary Poppins —dije nada más verle apoyado en el coche frente al portal de mi casa. Le llamaba así porque siempre lo arreglaba todo. Kevin lo odiaba, pero había decidido dejar de protestar: sabía que eso me motivaba para insistir.

—Buenos días, Peter Pan —respondió dando un bocado a uno de los donuts.

—Eh, que eran para mí.

—Tú tienes que cuidar la línea, que la pantalla engorda.

—Te lo descontaré de tu sueldo —repliqué mientras me subía al coche.

—Para lo que me pagas... —protestó.

—No te quejes, que al final me has sacado el quince por ciento.

—Y para lo que hago, me parece poco.

—¿A que te vuelves a la web de noticias a veinte euros el artículo publicado? —amenacé de broma. Comentarios así eran el pan de cada día entre nosotros.

—Al menos ahí el café era gratis. ¿Quieres uno? —dijo con una sonrisa

irónica mientras me ofrecía uno en vaso de cartón. Se lo cogí y arrancó.

De camino, Kevin me puso al día. Íbamos a reunirnos con los organizadores de un evento que iba a reunir a varios *youtubers* para una convención de cultura digital o algo así. Pero pronto la conversación tomó otro camino.

—Menudo bombazo el vídeo del tipo ese de los muñecos —dijo.

—Un crack, el tío. No quiero ni pensar cómo serán el resto de los muñecos que hace. Nunca había visto nada igual.

—Pues tus seguidores están como locos por comprarlos.

—No, si encima le voy a hacer rico.

—Pero ha desaparecido. No hay manera de contactar con él.

—¿Lo has intentado? —dije asombrado.

—Claro —dijo con una sonrisa afilada. De todas las sonrisas de su repertorio, esa era la que más miedo me daba—. ¿O es que crees que voy a dejar pasar una oportunidad de hacer negocio?

—Me das miedo —dije, arrugando el vaso del café que acababa de terminar.

—Pensé que podíamos asociarnos con él y vender los muñecos desde tu canal. En plan de coña, ¿sabes?

—Ni se te ocurra. No quiero que se me asocie a un producto como ese.

—Piensa con la cabeza, Joel —cuando adoptaba el tono de padre había que ponerse alerta—. Pensé que podíamos hacer un sorteo entre tus seguidores y el premio sería un muñeco del ganador hecho por ese pavo. La gente iba a pillar la gracia.

—Ni hablar —dije tajante—. No mezclemos las cosas. Además, el tío se mosqueó un huevo.

—No, si ya. Además, ha desaparecido del mapa, así que nada.

—Mejor —sentenció para zanjar el asunto.

—Pero es raro —reflexionó Kevin—. Nadie desaprovecha una oportunidad así para ganar pasta, aunque sea porque te has reído de él.

—Allá él —y no dije nada más. No quería darle más vueltas. El tío de los muñecos era pasado y ahí quería que estuviera: en el pasado.

La reunión fue aburrida y larga. Yo me dediqué a escuchar y a decir «sí» o «no», mientras Kevin negociaba los términos de mi participación con claridad y sin dejarse liar. Cuando la situación se ponía tensa y el cliente me miraba buscando complicidad, yo me limitaba a sonreír:

—Estoy totalmente de acuerdo con Kevin —decía. El cliente sabía entonces que tenía que entenderse con él sí o sí. Kevin era el mejor en eso: bastaba una mirada para que supiera lo que yo pensaba y lo que él tenía que transmitir. Éramos un equipo perfecto y, lo más importante, nos los pasábamos muy bien.

Al tercer bostezo que traté de disimular, Kevin entendió que ya era hora de terminar la reunión. Firmé un par de fotos para los hijos de los organizadores y nos

largamos de ahí.

—¿Te dejo en casa? —me preguntó de camino al coche.

—No, hoy tengo entrenamiento.

—¡¿Ahora?! —respondió con desagrado.

—Sí, ahora —respondí sonriendo—. ¿Me acercas?

El único punto de fricción entre Kevin y yo era el fútbol. No el deporte en sí, sino el hecho de quedar con mis amigos para jugar. Como representante intentaba que me dispersara lo justo y veía en mis amigos una amenaza constante.

—Un día te vas a partir la pierna y verás.

—Sería perfecto: un diario para mi canal donde se viera la evolución de mi lesión —dije bromeando pero, al mismo tiempo, considerando la opción.

—Uy, sí, interesantísimo —dijo con sarcasmo.

—¿Y si me escayolo y lo hago? Aunque no me parta la pierna de verdad.

—Ni hablar —dijo en serio.

Sonreí y me metí en el coche. Hacerle enfadar me encantaba.

En el campo ya me esperaban Connor, Jan, Silvestre y el resto del equipo.

—¡Tío! —me gritó Silvestre—. Llegas tarde.

—Lo siento, chicos —me disculpé—. Tenía que currar. Sabéis lo que es eso, ¿no?

—Expediente disciplinario —me amenazó Connor—. Quédate con esa idea.

Jugar al fútbol era mi vía de escape. Llevaba en ese equipo desde los quince años y no pensaba dejarlo por nada del mundo. Fue un poco incómodo cuando empecé a ser conocido por mi trabajo de *youtuber*: venía más gente a los partidos, los rivales me entraban con más dureza, mis compañeros me la pasaban más. Tonterías. Cuando vieron que soy peor que un jugador de regional, se relajaron y, aunque a mi equipo se le conoce como «el equipo del *youtuber*», ya están acostumbrados a jugar contra mí y me tratan como a uno más.

Entrenamos algo más de una hora, como era habitual, con partidillo incluido. Íbamos antepenúltimos en la liguilla y si no nos poníamos las pilas, corríamos el riesgo de descender. O desaparecer, porque en la competición en la que estábamos ya no se podía descender más. Mis compañeros estaban preocupados por eso, pero yo me lo tomaba con filosofía.

—Ya puestos, es mejor quedar los últimos: último clasificado de la última liguilla de la última competición del país. Destacar, destaca —dije para relajar los ánimos camino del vestuario.

—Típico consuelo de perdedor —replicó Connor.

—¡Es que no damos ni una! —protestó Silvestre con su tono de agonía habitual—. Ni achicamos, ni alineamos la defensa, ni respetamos en rombo...

—¡Para el carro, Van Gaal! —dije—. Que somos aficionados, hacemos lo que

podemos.

—Que es poquito, por lo visto —dijo Connor.

—Como sigamos así, yo pago mi cláusula de rescisión y me largo a un grande —dijo Jan de broma—. Que tengo ofertas, ¿eh?

—Sí, de recogepelotas —le respondió Connor.

—¡Venga esos ánimos! —insistió Jan—. Hoy invito yo al aperitivo.

—Invitas porque te toca, no vayas de enrollado. Que te he hecho tres caños —puntualizó Silvestre. Era el único que se lo tomaba en serio, estaba desesperado.

—Para Sil, una tila —dije mientras abría mi taquilla.

Pendiente como estaba de la charla, tardé una décima de segundo en darme cuenta de lo que acababa de suceder: al abrir la puerta de la taquilla se me vinieron encima un montón de bultos que se liberaron de la presión de estar embutidos dentro.

—¿Qué cojones...?

No me fue fácil procesar lo que veía. Los bultos no eran otra cosa que decenas de muñecos de peluche de un palmo de tamaño.

—Oh, nuestro mediocentro se trae los juguetes para jugar en el recreo —bromeó Connor.

Pero no tenía gracia. Mucho menos cuando me di cuenta de que los muñecos que se esparcían entre mis pertenencias dentro de la taquilla y mis pies eran obra de Donald Collins.

3.

La primera sensación que tuve fue de ira. Empecé a mirar a todos lados como si el responsable de haberme llenado la taquilla estuviera ahí, esperando a ver mi reacción y eso me permitiera ir hacia él para pedirle cuentas. Ser consciente de que eso era imposible me dejó desconcertado. Miré uno a uno a los presentes, como si ellos pudieran darme una explicación. Pero ni Connor, ni Jan, ni Silvestre, ni el resto de los chicos del equipo sabían de qué iba todo eso y me miraban interrogantes.

—Es el capullo de los muñecos —aclaré—. ¿Alguien ha visto algo?

Nadie contestó. Solo Connor se acercó hacia mí y se agachó para inspeccionar el «regalo».

—Al natural son mucho peores —dijo—. Una auténtica mierda.

—¿Cómo ha podido...? —No era capaz de entender lo que acababa de pasar.

—¿Está todo? —preguntó Silvestre.

—¿Cómo, todo?

—Tus cosas, tío. Si te ha abierto la taquilla, puede haberse llevado algo.

—¡Hostia!

Me giré hacia mi taquilla, tiré al suelo los muñecos que quedaban dentro y saqué mi bolsa. Dentro estaba mi ropa, mis deportivas, mi toalla... Y mis llaves y mi cartera. Respiré aliviado. Era una victoria ridícula en comparación con lo que me acababa de suceder, pero al menos podía entrar en casa.

—Tranqui, Joel, esto ha sido solo por joder —me tranquilizó Silvestre.

—Tómalo como una coña —dijo Jan. Siempre tan generoso y conciliador. Era su virtud, pero hay ocasiones en las que no se puede ser tan bien pensado.

—Pues no ha tenido ni pizca de gracia —dije—. Esto ha sido demasiado. ¡Me ha abierto la taquilla! Es mi intimidad.

—Tienes razón. Si yo usara calzoncillos de Pitufos como tú, tampoco me gustaría que nadie lo supiera —dijo Connor bromeando. Pero yo no estaba para risas.

—¿Y si no ha sido él? —preguntó Jan—. A lo mejor es algún seguidor tuyo.

—¿Y de dónde ha sacado todos estos muñecos? —La idea de Jan me parecía una tontería—. Nadie va a molestarse en fabricar... —intenté contar los muñecos que se esparcían bajo mis pies. Habría más de veinte— ... todo esto para hacer una

gracieta.

—No es la primera vez que alguien te «acosa» —insistió Jan.

—Ya, pero nunca han llegado tan lejos. Esto es cosa del tío de los muñecos.

—Pues denúnciale —sugirió Silvestre.

¿Para qué?, pensé. Sí, podía hacerlo, protestar en la recepción del polideportivo. ¿Y qué? Nadie haría nada, nadie sabría nada.

—¿Y qué pruebas tengo?

—¿Necesitas más? —preguntó Connor levantando uno de los muñecos.

—Esta mierda no prueba nada. Vosotros mismos lo estáis diciendo: podría ser uno de mis seguidores. Aunque yo sepa que no, cualquiera puede pensarlo.

—Pues entonces, mira el lado positivo: ya tienes regalos para todo el mundo las próximas navidades —dijo Connor sonriendo. Todos sonrieron. Yo también.

Agradecía el esfuerzo de Connor por quitarle hierro al asunto, pero lo que acababa de suceder era demasiado como para mirar hacia otro lado. Por primera vez desde que me dedicaba a hacer vídeos para mi canal, alguien traspasaba la línea que separa mi trabajo de mi vida. Siempre pensé que, a pesar de que mi canal soy yo y el que sale ahí soy yo y no un personaje, todo el mundo distinguía entre lo que sucede detrás de la pantalla y lo que sucede en mi vida real.

Es cierto que desde que mi canal tiene éxito, mi vida es diferente: me reconocen por la calle, me piden fotos, a veces la gente se pone un poco pesada — los padres de mis fans, los que más. Pero todo eso forma parte de mi vida. Trabajar con tu cara es lo que tiene. La fama me ha obligado a cambiar ciertos hábitos: salir menos de casa, no ir a lugares muy concurridos, cuidar mucho lo que digo y hago en público. Y lo acepto. A cambio tengo un montón de cosas y, sobretodo, puedo vivir de lo que me gusta. Pero eso no significa que vaya a pagar cualquier precio. Abrir mi taquilla y llenarla de muñecos era una intromisión que iba más allá de las reglas que yo y mis seguidores habíamos establecido de manera tácita: yo, aquí y ellos, allí. Cada uno tiene derecho a tener su espacio. Si ellos respetan el mío, yo respeto el de ellos. Lo que Donald había hecho no podía ser otra cosa que una declaración de guerra.

—Bah —dijo Jan—. Déjalo estar. Tampoco es para tanto.

—No, Jan —respondí con firmeza—. Esto no puede quedar así.

—Eso es justo lo que dijo el pavo de los muñecos al final de tu vídeo —me recordó Connor.

—Pues mira, en algo estamos de acuerdo —respondí.

Al abrir la puerta de mi casa me encontré un sobre en el suelo. El día iba de sorpresas, por lo visto. «Donald», pensé al tiempo que deseaba que fuera un aviso de lectura del contador del gas. Abrí el sobre apresurado, más que abrirlo, lo rompí. Dentro encontré un *flyer* parecido al anuncio que cogí del videoclub de

Silvestre.

—Donald —afirmé en voz alta. Como temía, todo era peor de lo que imaginaba.

El *flyer* tenía la foto de un muñeco de Trump. Era igual de pésimo que el de Cristiano Ronaldo, pero el significado era muy distinto. Le gustaban los juegos al hombre, pensé. Al lado, un texto, cómo no, escrito en Comic Sans. ¿Qué clase de hortera sigue utilizando esa letra?

¿Te ha gustado mi regalo? Pensé en llevártelo a casa, pero me pareció que compartirlo con los tuyos era mejor idea. Porque esto va de eso: de los «tuyos». No los del fútbol que, por cierto, son malos de narices, sino los que te siguen en tu canal. Esos millones de mocosos que te ríen todas las gracias. A ellos deberás dirigirles tu próximo vídeo: una disculpa pública por la llamada que me hiciste. Ya sabes cómo se las gasta nuestro amigo Trump. Y por si no lo sabes, él y yo somos bastante parecidos.

Leí el mensaje varias veces. En esas líneas había tantas cosas preocupantes que tardé varios minutos en moverme de la entrada de mi casa. No solo sabía dónde jugaba al fútbol, sino que sabía dónde estaba mi casa, quiénes eran mis amigos y, lo peor, quería que hiciera un vídeo a medida para él. ¿Qué clase de demente era ese tío?

—¡Ni hablar! —dije en voz alta.

Decidido, me dirigí al estudio. Iba a hacer un vídeo, sí, pero no exactamente el que me pedía Donald. Tal cual estaba, sin cambiarme, sin duchar, me senté frente a la cámara y empecé a grabar. Me salté mi clásico saludo y fui al grano.

—Esto no es un vídeo —empecé serio—. Es una carta. Una carta, un mensaje, una notificación... Sí, como las que te mandan de Hacienda. O las que te aparecen en las aplicaciones del móvil. Da igual. Un aviso. Es todo eso. Y, como me ha pedido mi..., ¿cómo llamarlo?..., «amigo» Donald, la hago pública, aunque en realidad solo va dirigida a él.

Hasta yo me estaba asustando de mi tono. Sentía tal rabia dentro de mí que tenía que hacer verdaderos esfuerzos por no perder los papeles. Respiré hondo antes de continuar.

—Os acordáis de Donald, ¿no? El gran artista de los muñecos —hice una pausa. Aquí iba a editar un fragmento del vídeo de la llamada—. Pues parece que no ha tenido suficiente. El hombre está dolido. Sí. Muy dolido. No entiende de qué va esto: una llamada, una broma, unas risas y todos amigos. No. Él no está dispuesto a pasar página. Hoy el tal Donald ha dado un paso importante. Para él, sin duda, pero para mí también. Ha traspasado todos los límites y me ha pedido, en realidad, me ha exigido, que grave un vídeo de disculpa —silencio. Era el momento en el que esperaba que mis seguidores digirieran lo que acababa de

decir—. Sí, quiere que me disculpe por la llamada que le hice el otro día.

Hice una nueva pausa. Pensaba editar aquí alguna de las amenazas que me dirigió durante la llamada.

—¿Disculparme? A ver, Donald, uno se disculpa cuando ha hecho algo mal y una broma, puede que no te guste, pero no es algo que esté «mal». No es un delito, no es un ultraje, no es más que una broma. En cambio, amenazarme, amedrentarme, violar mi intimidad —no quería dar detalles de lo que había hecho, abrirme la taquilla o dejar un anónimo en mi casa, no fuera que eso le diera ideas a algún pirado más—, eso sí que es algo por lo que pedir disculpas. Lo entiendes, ¿alcaparra? Seguro que no —mi tono iba subiendo de intensidad—. Por eso, voy a hacer lo que me pides. Sí, te voy a pedir disculpas pero no aquí, no ahora. Te las voy a pedir cara a cara. Tú me ves, ¿no? Sabes quién soy —y dónde vivo, pensé—, pues yo quiero lo mismo. Quiero verte. En persona. Donde quieras y cuando quieras. Y ahí, en tu cara, te pido disculpas. Si quieres, lo grabamos y lo cuelgo. Pero que todo el mundo te vea, que te escuche, que entienda por qué yo me tengo que disculpar y tú no. Porque yo no lo entiendo. A lo mejor, si nos lo explicas bien a mí y a los «mocosos» que me siguen, todos aprenderemos algo de ti. No a hacer muñecos, está claro, eso mejor no se lo enseñes a nadie. Pero sí a ser mejores personas, como tú. Así que, cuando quieras, quedamos para que nos des esa clase. Te espero, Donald.

Y corté la grabación.

Lo odiaba. Odiaba despertarme con el timbre de mi casa. Mi cerebro estaba entrenado para no activarse cuando sonaba, pero todo tenía un límite y cuando llevaba varios minutos escuchándolo dentro de mis sueños acababa por desvelarme y ponerme de mala leche. Solo podía ser Kevin. Y esperaba que fuera él, porque como fuera otra persona, estaba dispuesto a acabar con su vida. Me levanté tambaleándome y me dirigí a la puerta chocándome con todo mueble que había en mi camino. Al llegar a la puerta, la abrí sin más.

—¿Tú te crees que puedes llamar de esta manera? —Efectivamente, era Kevin. Entró sin decir nada—. Buenos días, ¿eh? —Respondí molesto.

—Si me dieras un juego de llaves, esto no pasaría —respondió sin mirarme y yendo directo a mi estudio.

—¿Adónde vas? —pregunté alarmado.

—A borrar tu último vídeo —dijo entrando en el estudio—. Y vístete, anda, que no me pagas para verte en gayumbos.

Apreté varias veces los ojos para despejarlos de legañas. No estaba seguro de ver lo que estaba viendo. O, mejor dicho, de escuchar lo que Kevin me decía.

—¿A borrar, qué?!

Fui directo al estudio tropezándome de nuevo con los mismos muebles que

antes y tirando, de paso, una estantería de DVD. Al entrar, me encontré a Kevin manejando el ratón frente a mi ordenador. En condiciones normales me hubiera abalanzado sobre cualquiera que se atreviera a hacer algo así. Pero que fuera Kevin, con quien tenía total confianza, solo me hacía pensar que estaba presa de un ataque de enajenación, lo cual me aconsejaba actuar con prudencia.

—Kevin, tío, vale que seas mi *repre*, pero... Mi ordenador es sagrado.

—Si te levantas a la misma hora que el resto de los mortales, ya sabrías de qué va todo esto. Tu vídeo es *trend topic*, ha batido récord de visitas, no se habla de otra cosa en las redes sociales —dijo mientras movía el ratón frenético entre las carpetas de mi escritorio—. ¿Dónde coño...?

Me acerqué a él y le arrebaté el ratón de las manos.

—Si me dices que buscas, igual puedo ayudarte. Total, es mi disco duro —dije con ironía. Kevin me miró con los ojos fuera de sus órbitas. No tenía duda: mi representante estaba poseído por el maligno.

—¿No eres consciente de la que has montado? —gritó.

—Eh, eh... —respondí—. No me hables así, que no eres mi madre ni nada que se le parezca.

—¿Cómo se te ocurre hacer un vídeo así? —continuó furioso, ajeno a mi comentario.

—Un vídeo... ¿Cómo?

—Me dijiste que ibas a dejar estar el tema del tío de los muñecos.

—No sabes lo que pasó ayer —respondí a la defensiva—. Ese tío me llenó la taquilla del vestuario de muñecos. No podía dejarlo pasar. Si no corto este tipo de cosas de raíz, me comen.

—¿Y la mejor manera de hacerlo es humillándote? —No entendía a qué se refería, no entendía nada.

—¿Humillándome? Al contrario. Le he dejado las cosas claras. Es lo que se merecía.

—Pues no pilló la gracia, Joel. Nadie la pilló.

—Gracia, ninguna. —Ya me estaba hartando de no saber qué pasaba—. No sé qué mosca te ha picado, pero esto está empezando a tocarme las narices.

—¿A ti esto te parece normal?

Me arrebató de nuevo el ratón de las manos y abrió la página de mi canal. Mi primera mirada se dirigió al contador de visitas, un tic que ya no podía quitarme. Como me acababa de decir Kevin, tenía más visitas que ningún otro de mis vídeos. No voy a negar que en ese momento me sorprendió. Pero la sorpresa fue mayor cuando el audio del vídeo empezó a penetrar en mis oídos.

—... *perdóname, Donald, te lo suplico...*

—¿Qué cojones...? —murmuré.

Levanté la mirada del contador a la imagen y lo que vi casi me fulmina. Un

muñequito que, en teoría me representaba a mí, aparecía de rodillas frente a otro que representaba a Donald Trump. Era una animación cutre, solo superada por la pésima calidad de los muñecos. Era tan alucinante que en décimas de segundos recorrí la pantalla para asegurarme de que estaba viendo mi canal.

—... No, pequeño Joel. ¡No hay perdón para los malvados! —Se escuchaba en el vídeo.

—¿De dónde ha salido esta mierda?

—Llevo haciéndote esta pregunta desde que he entrado en tu casa.

Paré el vídeo y miré a Kevin. Era incapaz de seguir mirando. Era incapaz de decir nada.

—Supongo que tienes una explicación. Esto no es que baje el nivel de tu canal. Lo deja bajo tierra.

—Yo... —Me costaba hasta encontrar las palabras—. Yo no he hecho esto.

En cuanto pronuncié estas palabras, como me pasó frente a la taquilla del vestuario la tarde anterior, reaccioné y, sin dudar, me pegué a la pantalla del ordenador. Quería entrar en mi cuenta y eliminar el vídeo de inmediato.

—¿Qué haces? —preguntó Kevin. A pesar del momento de nervios, parecía más tranquilo. No le había costado mucho creer que no había sido yo quien había hecho esa basura.

—No sé cómo, pero el capullo de Donald lo ha colgado en mi nombre. Voy a borrarlo.

Aún no había procesado lo que estaba sucediendo. Otro ataque de Donald, otra intromisión en mi intimidad, *hackear* mi cuenta. De eso me ocuparía después. En esos momentos la prioridad era eliminar semejante despropósito de mi canal. Pero cuando traté de acceder a mi cuenta, fui consciente de la envergadura de lo que tenía sobre mis hombros.

—No me deja —dije desconcertado.

—No te deja, ¿qué?

—Acceder.

—¿Estás metiendo bien la contraseña? Mira que aún no te has lavado la cara.

—Tranquilo, se me han caído las legañas del susto. —Volví a teclear mi contraseña, tecla a tecla, por si se me estaban yendo los dedos de sitio. Nada, imposible—. No. No puedo entrar.

En la pantalla apareció un aviso de la plataforma. Se denegaba el acceso a la cuenta desde mi IP por introducir la contraseña incorrecta tres veces.

—Cojonudo —dijo Kevin—. ¿Dónde tienes el whisky?

—No bebo, ya lo sabes.

—Pues saca el cianuro, va a ser más eficaz.

Miré a la pantalla y actualicé el navegador. En esos pocos minutos, el

número de visitas había crecido en varios miles.

Seguía en *shock*. Sentado en el sofá, miraba a una pelusa que bailaba al ritmo de los pasos de Kevin mientras hablaba por su móvil caminando de un lado a otro del salón.

—... Ha habido un acceso fraudulento a la cuenta de mi cliente, ¿no lo entiende? —bramaba al auricular—. ¡Es uno de los canales más visitados, no pueden quedarse de brazos cruzados!

No sabía qué hacer. En mi vida me había sentido tan acorralado. De repente, todas las normas con las que había vivido se habían desmoronado. Cuando eres niño te dicen: «no te quedes mirando a la gente, no señales con el dedo, no hagas esto o aquello que pueda hacer sentir mal a los demás». Luego te dicen: «respetar a los que te rodean, no te metas con nadie...». Mensajes para no invadir el espacio del otro. Es lo mínimo para que podamos vivir juntos en el mismo mundo. Así te sientes a salvo, protegido. Es tu intimidad, tu propio reino. No imaginas que nadie se atreva a violarlo.

—Si no actúan de inmediato, mi cliente está dispuesto a cerrar el canal e irse a Vimeo —amenazaba Kevin.

Su voz me llegaba como si yo estuviera bajo el agua y él en la superficie. Todo me parecía lejano. Que Donald hubiera entrado en mi taquilla el día anterior me hizo sentir furioso. Que entrara en mi canal, era peor. Era equivalente a haber entrado en mi habitación para fisgonear en mi cajón de la ropa interior. Mi canal era mi espacio, mi casa. Era un lugar en el que solo yo tenía derecho a entrar.

—De acuerdo, gracias —dijo Kevin. Y colgó. No había escuchado las últimas frases, perdido como estaba en mis pensamientos, pero por la cara de satisfacción de Kevin, entendí que había resuelto el problema—. Lo eliminan ahora.

—Gracias —respondí lacónico. Kevin vino a sentarse junto a mí. El impulso de sus pasos hizo que la pelusa describiera un arabesco en el aire y terminara perdiéndose debajo del mueble de la tele.

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

—No.

—Vístete, anda, tenemos que ir a comisaría.

Seguía en calzoncillos y camiseta. Ni siquiera había desayunado.

—Paramos a comer antes, ¿no? —dije.

—Claro —dijo paternal. Por lo general, la pose de padre de Kevin era para echarme la bronca. Solo a veces, como esta, era para darme ánimos—. Vamos a pasar página. Esta tarde actúas.

—¿Cómo?

—Tienes show, ¿no te acuerdas?

Lo que había sucedido me había sacado del mundo real. Un show delante

de cientos de personas es lo último que quería hacer esa tarde.

—Suspéndelo —respondí.

—No es la mejor idea. Después de esto, hay que aparentar normalidad.

—No puedo aparentar algo que no es.

—Voy a emitir un comunicado en las redes sociales explicando lo sucedido.

Es tan obvio lo que te ha pasado que todo el mundo lo va a entender —explicó Kevin.

—El problema no son mis seguidores. El problema soy yo. ¿Crees que estoy para actuar hoy?

—Pues lo estarás —dijo Kevin regresando al modo «padre-bronca»—. Aún quedan unas horas. Te duchas, comemos, nos calmamos... y cuando sea la hora del show, ni te vas a acordar de lo que ha pasado.

—Ni de coña —afirmé.

4.

A las ocho de la tarde estaba en el *backstage* de la sala donde se iba a celebrar el show. Como era de esperar, Kevin se había salido con la suya. No voy a negar que tuviera razón: seguir con mi actividad normal era la mejor respuesta que podía dar después de la jugada de la que había sido víctima por parte de Donald. Antes de ir al show, habíamos parado en una comisaría donde habíamos denunciado lo sucedido. No confiaba mucho en la utilidad de hacerlo, pero Kevin había insistido. No podíamos quedarnos de brazos cruzados, decía. La persona que había hecho eso no podía quedar impune. Tampoco pude negar que tuviera razón en eso.

Kevin había colgado una nota en las redes sociales explicando lo sucedido. Decía que mi cuenta había sido *hackeada* y el vídeo que todo el mundo había visto no era obra de Joel Graham. No daba más detalles, ni citaba a Donald, ni hacía referencia al vídeo de la llamada que había generado todo lo sucedido. No quería darle protagonismo a mi acosador, me explicó. Tan solo defendía mi derecho a que se respetara mi privacidad y se mantuviera la línea que separaba mi trabajo de mi vida.

A pesar de los esfuerzos de Kevin, lo sucedido era la noticia del día en la comunidad *youtuber*. Una sociedad ávida de sucesos a cada segundo solo necesita que se prenda la mecha para tener algo de lo que ocuparse el resto del día. O algo sobre lo que escribir en los muros de sus perfiles. De la noche a la mañana me había convertido en el blanco de todos los comentarios. Unos, los menos, me defendían. Otros, los más, aprovechaban para hacer chistes, memes o, los peores, para cebarse conmigo. El éxito de mi canal era mi mejor escudo ante mis detractores. Hasta ese momento, que mis vídeos gustaran y funcionaran restaba argumentos a todos aquellos que me tenían ganas. El poder del «me gusta» era imbatible y cualquier disidente que me pusiera verde sin motivo entraba de inmediato en la categoría de *troll* y era silenciado por todos los demás. Mis propios seguidores actuaban como centinelas de mi canal, lo cuidaban y lo protegían. Una «policía» cibernética espontánea. Es una de las cosas que más me gustan de internet: la autogestión que surge en un medio donde apenas hay normas y donde, desde el anonimato, se pueden decir barbaridades. Si eres legal con los demás, los demás lo son contigo. Es un acuerdo no escrito entre las partes que permite que, en la jungla de la red, la convivencia sea posible.

A cambio, cuando alguien salta la barrera y le sale bien, los efectos son

incontrolables. Era lo que me acababa de suceder con Donald. Su disparo había dado en el centro de la diana. El vídeo que había colgado en mi canal había desbordado cualquier intento de mis seguidores más fieles por contenerlo. Primero, porque nadie imaginaba que no fuera mío. Luego, porque, una vez hecho el daño, cualquier explicación llegaba tarde y sonaba —como había advertido Kevin—, a excusa barata. Cuando el vídeo hubo desaparecido del canal, ya podía verse en decenas de cuentas de Twitter, en muros de Facebook y en otras plataformas de vídeo *online*. Otra de las cosas de internet que, a veces, se vuelven en tu contra: lo difícil que es tener control sobre lo que cuelgas. Cuando va a tu favor, todo es maravilloso. Pero cuando se trata de algo que quieres que nadie vea, es una pesadilla.

—Sales en cinco —me dijo uno de los organizadores.

—¿Ya? —respondí sorprendido—. Si aún no hay gente.

—Está a tope.

Era raro. Siempre escuchaba el rumor de la gente que esperaba mi aparición en la sala antes de salir. Y según se acercaba la hora, el rumor iba creciendo. Pero esta vez, no llegaba nada a mi camerino.

—¿Y hoy que han venido, mudos? —pregunté con mala idea.

—Están tranquilitos —me soltó el organizador con prudencia—. Pero se mueren de ganas de verte actuar. Ahora vengo a buscarte para llevarte al escenario. —Y salió.

Tranquilitos. Ya. Algo pasaba y no acertaba a saber el qué. Kevin entró sin mirarme y fue directo a la mesa de las bebidas sin decir nada.

—¿Qué pasa? —pregunté extrañado. Si de normal Kevin era un torbellino, antes de un show, era un terremoto.

—Nada —dijo con una sonrisa tímida—. Está a reventar. ¿Quieres calentar la voz?

—¿Qué coño pasa, Kevin? —insistí molesto.

—¡Nada, joder! —respondió nervioso. No me gustaba el tono—. ¿Calentamos?

—Kevin, tío... —di dos pasos y me puse frente a él—. Pasa algo y no quieres decírmelo.

—Me han llamado de comisaría —dijo tragando saliva—. No existe nadie con el nombre de Donald Collins.

—¿Cómo? —No entendía.

—Que no existe. Es un nombre inventado.

—¿Y el teléfono?

—No da señal. Está dado de baja.

—Pero podrá saberse a quién pertenecía, ¿no? —Me parecía tan fácil averiguarlo, que no entendía cómo Donald, o como se llamara ese tío, no estuviera

detenido ya a esas horas.

—Supongo —respondió sin más. Apremiado por mi mirada interrogante, se vio obligado a continuar—. Pero tu caso no es una prioridad, entiéndelo.

—¿Ah, no? —respondí furioso—. ¿Que destrocen mi reputación no es una prioridad?

—No —afirmó Kevin—. En un mundo donde hay robos, asesinatos, estafas y esas cosas, *hackear* un canal de YouTube no lo es. Las cosas son así.

Genial. Una agresión de esa magnitud iba a quedar impune. Lo que me faltaba. Ya no solo me sentía acorralado, humillado, despreciado. Ahora también me sentía desprotegido por la ley.

El organizador se asomó por la puerta.

—¿Vamos, jefe? —Le miré desubicado. ¿Era de verdad el mejor momento para salir a un escenario?

—Luego nos ocupamos de esto, Joel —dijo Kevin—. Ahora hay que salir ahí a darlo todo.

Resoplé y traté de recorrer en mi cabeza el camino que había entre mis problemas y lo que iba a suceder en unos segundos. Era como si tuviera que hacer un viaje transoceánico en medio minuto. Salí del camerino. Kevin me miró con una media sonrisa mientras sujetaba un vaso de zumo de naranja en sus manos. Por primera vez en mi vida le vi frágil. Era una roca y me metía mucha caña, pero en ese instante me di cuenta de que todo lo que había pasado también le afectaba. Por un instante se me encogió el corazón. Pero si no podía permitirme dejar sitio a la rabia que sentía en ese instante por las malas noticias sobre Donald, tampoco podía hacerlo para ocuparme de la impotencia de Kevin. Así que vacié mi cabeza de cualquier pensamiento y fijé mi mirada en la espalda del organizador que me precedía por el pasillo que conducía al escenario. Al llegar, el organizador me hizo una señal para que me detuviera. La megafonía anunció mi nombre y el chico me abrió el paso moviendo la palma de su mano hacia delante. Como un autómatas, salí al escenario sin ser consciente de verdad de lo que estaba haciendo. Y os juro que en ese momento, mi cabeza estaba en cualquier sitio menos en ese.

—¡Buenas noches! —grité al micro.

Silencios. Murmullos. Miradas y risitas. Antes lo había dicho de coña, pero, ¿eran mudos? Los focos me impedían ver con claridad, pero, como me habían advertido, la sala estaba hasta la bandera. Sin embargo, por un instante no se oía ni una mosca.

—¿Buenas noches? —pregunté intimidado. Algo no estaba cuadrando: tal vez el micro no funcionaba; tal vez, no estaba bien iluminado...— ¿Hay alguien ahí? —insistí tratando de hacer un chiste.

—«Perdóname, Donald, te lo suplico» —dijo alguien entre el público imitando burlón la voz del vídeo. Al instante, la sala entera estalló en una

carcajada.

—¿Cómo? —dije sin pensar. Lo había escuchado a la perfección, pero no podía creerlo. La sala estaba revolucionada, nadie parecía prestarme atención—. ¡¿Qué cojones os pasa?!

Se hizo el silencio. Solo escuché los pasos de Kevin acercándose corriendo entre bambalinas.

—¿Alguien quiere decirme algo? Porque si es así, le invito a que suba aquí y estaré encantado de hablar con él. O ella.

Miré al público desafiante. Nadie me miraba a los ojos. Medio cegado por los focos solo podía advertir alguna cara de cachondeo. Me sentí como el típico profesor al que se le revoluciona la clase y no sabe cómo reconducirla. Echar la bronca nunca funcionaba en esos casos, pero ahora entendía que era el único recurso. Cómo me compadecí de todos los profesores que había tenido en mi vida.

—«¡No hay perdón para los malvados!» —dijo otro. Nueva carcajada.

—¡Dad las luces de la sala! —grité—. ¡Quiero veros!

Esta vez, los asistentes respondieron con abucheos. El nivel de provocación crecía por momentos.

—¡Que deis las putas luces! —insistí fuera de mí. Solo el micro me daba una ligera ventaja. Pero ellos eran más y tenían ganas de pasarlo bien a mi costa. Como las luces no se encendían, me dirigí al borde del escenario dispuesto a bajar y enfrentarme con todos ellos. No veía caras, solo móviles enfocando hacia mí.

—Uhhhhhh —respondieron con sorna.

—Os vais a enterar, desagradecidos —ya iba a saltar al patio de butacas cuando sentí unas manos en mis axilas que me levantaron en el aire y me sacaron de ahí. Después de eso, apenas recuerdo nada.

Según me contó Kevin después, fueron dos *relaciones* de la sala los que me sacaron del escenario. El trayecto hasta sacarme de ahí fue patético —eso no me lo dijo Kevin, pero está grabado desde infinidad de puntos de vista. Soy yo suspendido en el aire y pataleando mientras gritaba furioso al público. En el camerino, hicieron falta varias personas para reducirme y hasta que llegaron del Samur y me inyectaron un tranquilizante, no lo consiguieron del todo. Por suerte, nadie grabó esa escena. Después de eso, me llevaron a casa. O eso me ha contado mi *repre*, porque yo solo recuerdo abrir los ojos a las doce del mediodía y no saber dónde estaba. Había dormido desde la noche anterior y al levantarme de la cama, casi me desmayo de debilidad.

—Come, hijo, estás en los huesos. —Era mi madre quien me insistía. Debe de ser una frase que injertan en el cerebro de todas las madres del mundo. En esta ocasión le hice caso, estaba canino—. Ya te dije que esto de internet no era de fiar. Que si te lo pasas bien, vale para un ratito, pero que tenías que buscarte otra cosa

por si acaso. —Otra típica reflexión de madre.

—Es mi trabajo, mamá.

—Trabajo... —respondió escéptica mientras ahuecaba los cojines de mi sofá. Kevin la había llamado y le había faltado tiempo para venir a mi casa para cocinar para mí y ya, de paso, recoger la casa. Típico de madre. No tenía duda: las madres tienen un chip implantado que solo tienen ellas.

—Y bien que me gano la vida —me defendí.

—Pues no es lo parece, hijo. Mírate —Me observó con pena—. Come, anda.

Mi hermanita Grette asomó desde el pasillo.

—Joel... ¿Me dejas la *tablet* para jugar a *Frozen*?

—Claro —sonreí—. Ya sabes dónde está.

Grette tenía nueve años y era adorable. En su vida había dos pasiones: sus amigas del colegio y yo. Nos veíamos poco, mi día a día no era muy familiar, sobre todo desde que me fui a vivir solo hacía ya unos años. Mi trabajo, o «eso que hacía en internet», según mi madre, me tenía bastante ocupado. Pero siempre que podía, buscaba el momento para estar con ella.

Grette salió por la puerta feliz, momento que aprovechó mi madre para sentarse frente a mí en la mesa. Yo seguía devorando los macarrones de mi plato, aunque sabía que se avecinaba charlita de madre.

—Kevin me lo ha contado todo. —¡Maldito Kevin!—. Me ha dicho que tuviste un ataque de ansiedad.

—Bah, no fue nada. Estrés —disimulé.

—¿Seguro? —Metió su mano en un bolsillo de la chaqueta y sacó una caja de comprimidos—. Me dijo que te diera esto, es lo que ha recomendado el médico que tomes.

Miré la caja sorprendido. Eran tranquilizantes.

—A ver... —dije tratando de controlar mi enfado—. Que un ataque de nervios lo tiene cualquiera.

—De ansiedad —puntualizó mi madre.

—¡¿Qué más da?! —exploté. De inmediato me di cuenta de que mi reacción había estado fuera de lugar.

—¿Lo ves? —dijo mi madre otra vez con ese tono de madre que te indica que tiene razón—. ¿Por qué no vienes a casa unos días y descansas?

Te pase lo que te pase en la vida, solo hay una cosa segura: tu madre siempre te va a dar cobijo. No lo valoramos lo suficiente, pero es la única persona que va a salvarte cuando ya no quede esperanza.

—Gracias, mamá —respondí avergonzado por mi reacción anterior—. Pero...

—¡Pero nada! —afirmó autoritaria—. Te vienes y punto.

—Te lo agradezco, mamá, pero estoy bien, de verdad. He tenido algún

problemilla con mi canal, pero todo va a solucionarse.

Mi madre me miró compasiva. Sabía que no iba a ir se pusiera como se pusiera. Si ellas tienen un chip, los hijos tenemos otro, y es el de no hacerles ni caso. Y menos a cierta edad como la que yo tenía.

—¿Estarás bien? —me preguntó preocupada.

—Sí, tranquila —sonreí.

Un rato más tarde, mi madre y Grette se despedían de mí no sin antes prometerle que comería y dormiría lo necesario. Sahara, mi nevera, estaba repleta y la casa olía de maravilla. El orden que había dejado mi madre a su paso contrastaba con el caos que había en ese momento en mi canal. Por eso, cuando se cerró la puerta y me quedé solo, miré hacia el fondo del pasillo con pavor. La puerta de mi estudio estaba entreabierta y de él salía el leve zumbido de los ventiladores de mis discos duros. Había una fuerza extraña que salía de ahí, algo que me llamaba pero que, al mismo tiempo, me impedía acercarme. Después de todo lo sucedido, me di cuenta de que tenía miedo a mi propio canal, a mi trabajo, a mis vídeos. A mis seguidores. El corazón empezó a latirme con fuerza. Recordé las pastillas que me había recomendado el médico. ¿Estarían en la salita? Alguien llamó a la puerta con los nudillos. Me sonó a gloria, a una buena razón para no tener que enfrentarme a lo que estaba al final del pasillo. Abrí sin pensar.

—¿Qué os habéis dej...? —dije dando por hecho que eran mi madre y Grette. Pero no, eran Connor, Jan, Sil y Flavia.

—Tío... —protestó Silvestre—. Seis a uno.

—Y menos mal que he marcado el del honor en el último minuto —apuntó Jan.

—Porque te necesitamos en el equipo, que si no, te dábamos la carta de libertad —amenazó Connor.

Los cuatro hicieron ademán de entrar en casa, como hacían siempre, pero esta vez no me moví para abrirles paso. No lo hice de manera consciente, fue un acto reflejo. Eso provocó que Flavia se diera de bruces con la espalda de Silvestre.

—¡Flavia, tía, mira por dónde vas! —protestó Sil.

—Si no entras... —se quejó Flavia.

La situación era incómoda: yo, frente a ellos, con el brazo extendido sujetando la puerta, haciendo una barrera para que ninguno de los cuatro entrara.

—Tío, ni que fuéramos comerciales de Tecnocasa que venimos a tasar tu piso —dijo Connor consciente de que se habían quedado a medio camino de entrar en mi casa.

—Estoy liado ahora —dije como excusa, poco creíble, por cierto.

—¿Estás bien? —preguntó Jan preocupado.

—Sí, sí... Lo único que necesito es estar solo.

—¿Después de lo que te ha pasado? Anda, quita —dijo Silvestre tratando de

avanzar hacia el interior de la casa y haciendo honor a la frase de que «la confianza da asco».

Me mantuve firme. No quería compañía en esos momentos. Saber que mis mejores amigos estaban al corriente de lo que había pasado me avergonzaba bastante.

—Venga, Joel, hemos traído un huevo de frikadas para hacer un maratón —dijo Connor levantando una bolsa a rebosar de películas.

—De Serie Z para abajo —puntualizó Jan—. Hay hasta gore indonesio, ya conoces a Connor.

—¿No las habrás cogido de mi videoclub? —preguntó Silvestre alarmado. Connor le respondió con una sonrisa pícaro—. Joder, cómo se entere mi jefe, me mata.

—Que no, tíos. Otro día —afirmé rotundo. Los cuatro me miraron decepcionados.

—¿Puedo ir al baño, al menos? —preguntó Flavia, como siempre, a lo suyo.

—No, Flavia —dijo Jan consciente de que era el momento de irse.

—Nos vemos otro día, ¿vale? —dije.

—En el entrenamiento, ¿no? Solo quedan tres partidos para acabar la temporada y aún podemos evitar el descenso —preguntó Silvestre, siempre preocupado por cualquier cosa.

—¿Descenso a dónde? Ya no se puede bajar más de nuestra categoría —precisó Connor.

—Ya veremos —respondí. Y avancé un paso hacia delante mientras cerraba la puerta de casa. Los cuatro retrocedieron al rellano a la vez—. Chao.

Cerré la puerta y me arrepentí en seguida. No estaba seguro de querer estar solo, pero aunque no sabía por qué, era la decisión que había tomado. Pasar la tarde con mis amigos viendo gore indonesio era un plan que, en otras circunstancias, nunca habría rechazado. Pero esa tarde, no era lo que necesitaba. Tenía que ordenar mis ideas, tomar tierra después de un vuelo con demasiadas turbulencias. Decidido, avancé por el pasillo camino de mi estudio, pero al llegar a la altura del salón me detuve. El estudio, mejor para más tarde, pensé. Una fuerza extraña me impedía entrar ahí por el momento. Lo que tenía que hacer entonces, bien podía hacerlo en el sofá.

Tumbado, mirando al techo, traté de dibujar un mapa mental del lugar en el que estaba. Todo era normal hasta que un maldito *flyer* cayó en mis manos. Por alguna razón intuí que ese papelito ridículo era especial. No imaginaba que lo fuera de la manera en la que lo estaba siendo; más bien creí que tenía en mis manos una gran idea para mi canal. El vídeo había sido un éxito, pero terminó lleno de amenazas y reproches. No era inusual, tampoco nos engañemos: muchas llamadas terminaban así. Pero sí era cierto que el tono de Donald —aunque ya sabía que no

era su nombre real, era la única manera que tenía de referirme a él— era algo diferente. Había un punto de dolor en sus amenazas, como si la broma no solo le hubiera enfurecido, sino que también le hubiera tocado algo por dentro. Algo doloroso. Era imposible para mí imaginar el qué. Era imposible imaginar que una tontería sin importancia como una broma telefónica provocara ese daño. Pero así había sido. Y, como consecuencia, Donald había atacado como un animal herido: con los dientes y las garras afiladas. Y provocando, de paso, un daño enorme.

Un punto negro en el techo parecía moverse. ¿Un insecto? Estaba demasiado concentrado en mis pensamientos para ocuparme de ello. Además, cuando miras mucho rato un punto lejano parece que se mueve aunque no lo haga. Sonreí para mí. Era como me sentía yo: inmóvil, incapaz de moverme por mucho que alguien me mirara mucho rato. Donald no había actuado de manera azarosa y desordenada. Tenía un plan y lo había llevado a cabo sin fisuras. Primero, abrió mi taquilla y la llenó de muñecos. Ahora entendía que lo único que perseguía con eso era provocarme, cosa que consiguió, ya que corrí a casa a grabar un vídeo de amenaza. Ese vídeo fue su excusa para entrar en mi cuenta y colgar uno que se había tomado la molestia en grabar, molestia mínima porque el vídeo era un despropósito. Gracias a eso, perdí los papeles en el show e hice el mayor ridículo público que se pudiera imaginar. Visto así, una cosa siempre había llevado a la otra. Donald actuaba con un plan, eligiendo sus movimientos con esmero y logrando mi respuesta, siempre para hacerme el mayor daño posible. ¿Cómo no me había dado cuenta? Lo que estaba haciendo mi acosador era dialogar conmigo. Solo que, hasta ese momento, el que llevaba las riendas de la conversación era él y yo no podía más que responder a la desesperada.

Suspiré profundamente. Intenté localizar el punto negro en el techo, pero fui incapaz. O era un insecto y había volado, o nunca hubo tal punto negro. Llegar a esa idea, la del diálogo que Donald había establecido conmigo, me dio cierta tranquilidad. Al menos podía entender algo de lo que estaba sucediendo. Sin embargo, una nueva sombra apareció en mi cabeza. Si esto era así, la siguiente línea la iba a escribir él. Después del incidente del show, era su turno. Y conociéndole, ya estaba tardando. Aunque, al mismo tiempo, acariciaba la idea de que la conversación siniestra que manteníamos hubiera llegado a su fin. Más bajo no podía hacerme caer, pensaba. O sí. Su exigencia había sido clara: quería un perdón público por mi parte. Y eso no lo tenía. Mi corazón empezó a latir con fuerza de nuevo. Cuando me incorporé del sofá no me cabía ninguna duda: Donald iba a volver a atacar y era imposible saber dónde y cómo iba a hacerlo. En ese momento, sonó el teléfono. Agradecí la interrupción; no quería seguir con la losa que representaba la supuesta amenaza Donald sobre mi cabeza. Era el fijo, cosa rara, nadie llama ya a los fijos. Corrí a descolgar cuando recordé dónde estaba el aparato.

—¿Quién es? —contesté al tiempo que la idea de que se tratara de Donald cruzaba por mi cabeza.

—Inspector Harris, de la comisaría de centro. ¿Podría acercarse a responder a unas preguntas? —dijo de forma contundente, como si estuviera enfadado.

—¿Sobre qué? —quise saber, asustado.

—Sobre el caso de Donald Collins. Creo que usted y yo tenemos mucho de qué hablar.

Fui incapaz de responder. En lo más profundo de mí temía que estuviera ante el siguiente movimiento de Donald.

5.

No puedo decir que me gusten las comisarías. Tampoco que no me gusten. En realidad, hasta que acudí aquella tarde a la llamada del inspector Harris, nunca había pisado una. No soy de meterme en líos, mucho menos en líos que acaben delante de la policía. Lo que más me sorprendió cuando entré fue descubrir lo poco que se parece una comisaría de verdad a las que salen en las películas. Pero, sobre todo, lo poco que se parecen los polis a los que salen en ellas.

Al entrar, me acerqué dubitativo al mostrador donde una mujer de uniforme tenía la cabeza entre un montón de papeles. «No tengo nada que temer», me dije. «Estoy en un lugar seguro». Pero después de todo lo que me había pasado en los últimos días, no tenía la certeza de que eso fuera verdad. ¿Qué era lo seguro y qué no? Un manotazo y todo lo que creemos sólido se desmorona como un castillo de arena en la orilla de la playa.

—¿Denuncia? —preguntó la mujer sin levantar la vista de sus papeles.

—¿Perdón? —dije como un chaval asustado. La mujer me miró con los ojos cansados.

—Que si viene por una denuncia. —Como tardaba en responder, resopló—: Aquí no comemos a nadie, joven. A no ser que venga a entregarse —añadió tratando de hacer un chiste.

—No, yo... Me ha llamado el inspector Harris.

—Ah, usted es... —no recordaba mi nombre, pero en seguida supo quién era— el de internet. —Y su cara anunció una sonrisa, tan imperceptible, que solo se manifestó en las patas de gallo de sus ojos. Hasta esa mujer sabía lo que me había pasado. Se volvió a un lado y gritó—: ¡Harris!

Harris se asomó al instante, la camisa arrugada, la cara arrugada, el humor arrugado. No era lo que se podía esperar de alguien que inspira confianza.

—¿Graham? —dijo con el mismo tono que había empleado por teléfono—. Acompáñeme. —Y desapareció por la misma puerta por la que se había asomado. Me quedé inmóvil, sin saber si seguirle o salir corriendo de allí.

—Vaya, joven. Harris tiene muy malas pulgas —me advirtió la mujer. Me vio tan cohibido que se vio forzada a adoptar un tono algo más maternal—. No comemos a nadie, recuerde.

Harris me invitó a sentarme frente a él. Lo hizo señalándome una silla al otro lado del escritorio mientras rebuscaba en sus carpetas.

—¿Pasa algo, inspector? —pregunté temeroso. La sospecha de que me hubiera llamado por algo que desconocía crecía por momentos. Era incapaz de imaginar qué podía haber tramado Donald para llevarme hasta ahí.

—Eso me lo tendrá que decir usted —respondió sin mirarme. No iba a ponérmelo fácil, estaba claro—. Aquí está —dijo malhumorado. Abrió la carpeta; dentro solo había un folio—. Bien. Delito informático, ¿no?

—No sé, inspector —respondí siguiendo su juego de ambigüedades—. Eso me lo tendrá que decir usted, no conozco la jerga.

Harris me miró por primera vez y sonrió. No debía de estar acostumbrado a que la gente le replicara con ironía. Era un riesgo, sin duda. Siempre es un riesgo retar a la autoridad: ellos llevan esposas y pistolas y tú, no.

—Delito informático —concluyó—. El denunciado está ilocalizable y su número de teléfono no está operativo.

Respiré un poco más tranquilo. Parecía que Donald no estaba detrás de mi presencia allí esa tarde.

—¿Han hablado con la compañía telefónica para averiguar a nombre de quién estaba la línea?

—No hemos tenido tiempo. En este momento hemos movilizado a todas nuestras unidades terrestres y aéreas para rastrear al sospechoso. Los servicios secretos también están sobre el caso —dijo con total seriedad.

—¿Y el ejército? —dije. No me hacía gracia que me tomaran el pelo, aunque la interpretación del inspector hubiera sido impecable.

—Eh, compañeros —dijo Harris levantando la cabeza al resto de la oficina—. Tenemos a una estrella del humor aquí. —Por suerte, nadie le hizo el menor caso—. Señor Graham, estamos hablando de una gamberrada de internet. Le he llamado porque aquí atendemos todas las denuncias, pero, como comprenderá, su caso es el último del que me apetece ocuparme.

Su actitud me pareció tan desagradable que por un momento estuve tentado de levantarme e irme. Harris sería una buena víctima de una de mis bromas telefónicas, pensé. «Pero ellos llevan esposas y pistolas y tú no», me repetí para ahuyentar cualquier impulso de hacerlo.

—Bien —respondí tranquilo—. Entonces solo estoy aquí para que los dos perdamos el tiempo un rato.

—Exacto, veo que nos vamos entendiendo. —Volvió a mirar el solitario papel que mi caso merecía—. Y ya que estamos, sigamos el procedimiento. ¿Sabe en qué ciudad vive el denunciado?

—Ni idea.

—¿Qué relación tenía con el denunciado?

—Ninguna. Solo le llamé por su anuncio.

Harris miró en el papel.

—El hombre vende muñecos, ¿no?

—O eso intenta.

—¿Le compró alguno?

—No, no llegué a hacerlo —respondí sorprendido. No podía creer que fuera la única persona en el mundo que no estuviera al tanto de la burla de la que el hombre había sido víctima.

—¿Algún número de cuenta para ingresar el dinero de los pedidos?

—¿Para qué me lo iba a dar?

—¿Tiene usted algo que nos sirva para localizarle? —dijo irritado.

La pregunta era más seria de lo que parecía. Me hizo ver que no tenía nada. En cambio, Donald lo tenía todo: sabía quién era, dónde vivía, quiénes eran mis amigos, dónde entrenaba. Todo. Era la diferencia entre estar a un lado o estar al otro de la pantalla. Aunque mantuviera mi vida privada al margen de mi trabajo, mi nivel de exposición era inmenso. En cambio, el de mis seguidores o el de cualquiera que me viera, era mínimo. ¿Qué tenía de Donald? Solo una voz y un *flyer*. Harris acababa de ponerme un espejo delante y había visto quién era yo en realidad y quién mi adversario.

—Nada —respondí lacónico—. Abrió mi taquilla en el vestuario del campo de fútbol donde entreno, igual hay huellas... —Al ver la cara de incredulidad de Harris, no continué—. Pero vamos, que la chica de la limpieza seguro que las ha borrado.

—Seguro. Haremos todo lo que podamos, señor Graham. —Y me tendió la mano para despedirme. Me la estrechó con firmeza y mirándome a los ojos. Era un capullo, pero ese gesto me reconfortó.

—Gracias, inspector.

La visita a la comisaría no había servido para nada. No para dar con Donald, al menos. Solo una sucesión de casualidades podría hacer avanzar el caso. Era una vía muerta, pensé. En esos momentos, más que nunca, supe que estaba solo en eso. Solos Donald y yo.

Caminé por la calle hasta mi casa. No era demasiado tarde, pero apenas había gente. Tuve la sensación de que me observaban. Miré hacia atrás, a los lados. Donald podía estar en cualquier sitio y yo no iba a enterarme. La lucha era desigual y yo no tenía ninguna ventaja. Podría ser ese señor que paseaba a su perro, ese que cruzaba hablando por el móvil. Cualquiera podía ser mi acosador. Descubrir que no sabía nada de él me puso en mi sitio. Y me hizo sentir peor. Por un instante asomó cierta culpa: ¿había utilizado a Donald para mi beneficio sin pensar en nada más? Sin preocuparme por saber quién era, qué hacía, dónde vivía. No hubiera tenido sentido hacerlo, en realidad. La inmediatez de internet era así. Todo va muy deprisa en la red y una cosa sucede a otra antes de que nadie pueda

digerirla. Eso tenía una ventaja: antes de lo que imaginaba, lo que había pasado conmigo pasaría al olvido. A no ser que Donald se encargara de mantener la llama encendida. Y ahí fue cuando cualquier tentación de sentirme culpable desapareció: fuera lo que fuera lo que yo había hecho, nunca podría causar una respuesta tan desproporcionada por parte de nadie. En caso de que Donald hubiese tenido razón, después de todo lo que había hecho, la había perdido.

—Tallarines fritos con curry rojo, teppanyaki de pollo y... un Shao Mai —al llegar a casa lo primero que hice fue encargar comida asiática. Aunque mi madre me había dejado la nevera llena, esa noche me apetecía darme un homenaje.

—¿Quiere algo más? —preguntaron al otro lado de la línea.

—¿Le parece poco? —Reí—. No, nada más.

Era mi restaurante a domicilio favorito. Casi todas las semanas hacía al menos un pedido. Después de varios días intensos, me apetecía comerme un buen menú asiático, lo veía como si fuera a hacerme un *reset*. Seguro que después de eso, vería las cosas de otra manera.

—Dieciséis con veinte —me anunció el repartidor cuando llegó a casa. Llevaba el casco puesto y su voz sonaba apagada. Le di diecisiete.

—Quédate con el cambio.

—*Sus órdenes, mister* —dijo con un tono entre servicial y burlón.

Sentado en el sofá, me dispuse a desplegar toda la comida. Saqué las tarrinas, los envases con las salsas, la servilleta, los palillos. Al fondo de la bolsa de papel descubrí un papel. No era el tique, era una hoja arrancada de una libreta de cuadrícula. Desconcertado, la saqué y la desdoblé. En ella, confeccionada con letras recortadas, una dirección web.

—Donald. —Suspiré. Ahí estaba su siguiente movimiento.

El corazón volvió a latir con fuerza, pero esta vez, además, la intensidad de los latidos era muy superior: profunda y poderosa, como si alguien estuviera tocando un tambor dentro de mi pecho. Miré alrededor en busca de la caja de tranquilizantes. ¿Dónde narices la había puesto? No. No quería recurrir a ellos. Podía con eso. Con eso y con todo, me dije. Me olvidé de la cena, cogí el papel, me levanté y salí hacia mi estudio. Esta vez no me detuve en la puerta. La abrí de golpe y entré.

La primera sensación al entrar fue extraña. Si antes me había quedado clavado en el pasillo incapaz de entrar, ahora me detuve nada más cruzar la puerta. Una fuerza invisible me impedía avanzar más allá y acercarme al escritorio donde estaba mi ordenador. Con el papelito en la mano, miré hacia mis cosas, tan familiares que hacía tiempo que no les prestaba atención: la mesa, la silla acolchada, la pantalla ahora en reposo, mis botes de bolígrafos, mis muñequitos, mis fotos colgadas en la pared. Ese era mi espacio: el lugar donde pasaba la mayor parte del tiempo y que ahora me costaba sentir como propio. Me lo habían

arrebatado, ya no era mío.

Despacio, me acerqué a la silla. Me acompañaba el zumbido de los ventiladores del disco duro que, según me aproximaba, iba en aumento. Parecía el rugido de la afición de un equipo de fútbol que, según te acercas al estadio, se escucha más cerca. Pero no era un estadio el lugar al que iba. No iba a ponerme delante de mi afición que me esperaba impaciente. Tenía la sensación de que, más bien, me dirigía al circo romano, a luchar con animales salvajes con la única ayuda de un machete y bajo la mirada de un público ávido de sangre y vísceras. Me senté en la silla y miré la pantalla en negro. Respiré hondo y pulsé una tecla cualquiera para sacar a mi ordenador del reposo. El zumbido de los ventiladores aumentó. Era el público enloquecido ante la inminencia del comienzo de la función. El espectáculo estaba a punto de comenzar.

La dirección que figuraba en el papelito era la de un portal de videoconferencias en directo. No lo conocía, pero imaginé que era uno de tantos de los que había para hablar por la red. Tecleé la dirección, pero antes de dar al *enter*, me tomé un instante para respirar. Estaba a punto de empezar un nuevo *round* y no quería caer sobre la lona al primer asalto.

Enter.

Tras un segundo, la página se cargó y, ante mí apareció la imagen del muñeco de Trump sentado en un butacón. Ridículo. Acepté activar mi cámara y mi micro. Quería demostrar que yo sí daba la cara aunque a quien tuviera delante fuera a una patética representación del loco más grande que había en el mundo en ese momento.

—¿Me vas a hacer hablar con un muñeco, Donald? ¿O cómo debería llamarte? —dije para tomar la iniciativa de la conversación. Esta vez no quería ir a remolque de Donald.

De fondo solo se escuchaba una melodía apagada de violín. Frases de una partitura que se repetían una y otra vez. Alguien estaba practicando en algún lugar cercano al ordenador desde el que transmitía Donald. Al cabo de unos segundos, unos pasos se acercaron al ordenador.

—Amigo Joel —respondió Donald con una voz sorprendentemente jovial, nada que ver con el tono que escuché en la primera llamada, sombrío y cansado—. Pensé que antes de hablar conmigo cenarías.

—Al grano. —No quería empezar ninguna conversación intrascendente con él—. ¿Qué quieres?

—Saludarte, nada más.

—Pues ya me has saludado. Hasta luego. —E hice ademán de cortar la llamada. Esperaba que Donald lo evitara.

—Adiós, amigo —respondió tan tranquilo. Me equivoqué en mi suposición: Donald estaba dispuesto a terminar ahí. Me quedé con la mano suspendida en el

aire camino del ratón.

—Adiós. —No iba a ceder, no esta vez.

—¿Todo bien, entonces? —dijo cuando el puntero de mi ordenador ya se estaba posando sobre el icono de cerrar ventana.

—¿Te interesa, acaso?

—No sabes lo que me está divirtiendo todo esto, amigo.

—¡No me llames amigo, desgraciado! —En seguida me arrepentí de haber levantado la voz, pero no pude contenerme.

—Tranquilo, Joel. —Su tono era condescendiente. Mi reacción había sido una metedura de pata; perdiendo los nervios solo conseguía darle a Donald toda la ventaja—. ¿Por qué no te relajas y disfrutas del juego, como hago yo?

—No he dicho que quiera jugar. Y esto será un juego para ti, pero te puedo asegurar que para mí no lo es.

—¿Ah, no? ¿Y qué era tu llamada sino eso?

—No compares. No es lo mismo una llamada inocente que destrozar la reputación de una persona.

—¿No hiciste tú lo mismo riéndote de mí y de mi trabajo delante de millones de personas?

—Tu trabajo es ridículo por sí mismo.

—Eso es opinable —respondió. La melodía de violín seguía sonando de fondo.

—Claro. Siempre habrá algún tarado al que tus muñecos le parezcan buenos.

—A mí.

—Un tarado —sentencié.

—Un tarado al que tus vídeos le parecen una mierda.

—Eso es opinable —dije utilizando sus mismas palabras. Mostrar mi cara me permitía dar matices con gestos y miradas a lo que decía. Esto último lo subraye bien con una amplia sonrisa irónica.

—Y lo único que he hecho —prosiguió—, es lo mismo que tú: mostrarle al mundo que tu trabajo me repugna, igual que tú mostraste al mundo lo que te parecía el mío.

—Hay una diferencia —me defendí—: yo lo hice en mi canal y a cara descubierta. No cometí ningún delito.

—La justicia... —dijo Donald dejando en el aire la última sílaba, prólogo de una reflexión—. Solo nos acordamos de ella cuando nos sentimos agredidos, ¿verdad? Pero, ¿qué pasa cuando se insulta, se humilla, se mofa de los demás? De eso no se ocupa la justicia. De eso solo se ocupan las personas.

—A no ser —repliqué—, que por el camino uno se salte la ley. Y eso es lo que tú has hecho abriendo mi taquilla o *hackeando* mi cuenta. Estaba respondiendo

a sus argumentos y no me gustaba. Otra vez caía en sus redes.

—Es una cuestión de matiz —resumió.

—A los jueces les importan un pimiento los matices. Pero el día del juicio eres libre de contarles toda esta filosofada que me estás vendiendo.

—Lo haré, no te preocupes. Pero antes espero llevarme por delante todo esto. —Su tono se volvió agrio y duro al decir esto.

—¿Todo esto? —quise saber, aunque me lo imaginaba.

—Sí: a ti y a todos los niños como tú que os creéis los amos del mundo, que pensáis que una pantalla os da todo el poder para decir lo que os venga en gana. El mundo era mejor cuando había normas, cuando se respetaban los límites entre lo que está bien y lo que no...

—Y tú te los has saltado para dar ejemplo, ¿no? —dije sarcástico.

—Me los he saltado porque jugando con mis reglas no tengo nada que hacer. Así de triste es este mundo.

—Yo no pongo las reglas, no puedo ayudarte.

—Lo sé, pero bien que te beneficias de ellas.

—Simplemente sigo la corriente, tío, ¿qué quieres que haga? Es lo que hay, acéptalo.

—¡Me niego! —gritó. Bien: empezaba a perder los papeles, la ventaja volvía a mí—. Me niego a ser un borrego que sigue a la manada. Tu llamada me ha abierto los ojos. Alguien tiene que acabar con todo esto y ese voy a ser yo.

Qué pena no estar grabando la conversación. A pesar de lo que me acusaba Donald, yo tenía una ética, y una conversación privada, era privada. Aunque, lo reconozco, me arrepentía de no poder usar lo que estaba pasando para mi canal.

—Ahí le tenemos: el justiciero de YouTube —dije riéndome—. El Donald Trump de internet.

—Me gusta eso —respondió más calmado—. No sé si justiciero o combatiente. Pero sí: ya va siendo hora de que alguien os pare los pies a ti y a todos los críos maleducados que circuláis por aquí.

—No entiendes nada, «amigo» —dije—. Nada de nada.

Y era verdad. Gustara o no, el mundo ya no funcionaba como antes. No es que cualquiera pudiera llegar y hacer lo que le diera la gana, pero la libertad de decir lo que uno quisiera era mayor que antes. O, más bien, la libertad era la misma, solo que ahora había muchísima más gente escuchando al otro lado. Y eso significaba dos cosas: una, que cualquier tontería —a veces tonterías insufribles— tenían mayor repercusión; y otra, que se producía un curioso mecanismo de selección natural: lo que interesaba y era bueno, tenía éxito. Lo que no, era olvidado al instante. Eso era lo que no entendía Donald. Ante esa democracia espontánea en la que todo el mundo podía hablar, él quería sacar la espada y empezar a cercenar cualquier contenido que considerara «fuera de orden». Si no le

gustaba algo, que mirara para otro lado, es lo que hacemos todos en internet.

—Creo que el que no entiende nada eres tú. Y por eso estás como estás. ¿Has visto el éxito de tus últimos vídeos? #joelgraham es eso que llamáis... *Trend Topic*, ¿no? Es tronchante.

—¿Qué quieres, Donald, dinero?

—Dinero... —rió—. Primero los jueces, ahora dinero... Dices que no aceptas las normas, pero en cuanto puedes, recurres a ellas. Eres tan inocente.

—Entonces, ¿qué? ¿Qué quieres para acabar con esto?

—¿Quién quiere que se acabe la fiesta cuando te lo estás pasando bien? — Así que, para Donald, eso era todo lo que estaba pasando: una fiesta.

—¿No has tenido suficiente? Ya me has destrozado, ¡¿qué más quieres?!

—Acabar contigo.

—¡Cabrón!

Pero ya no lo escuchó. Había cortado la comunicación.

6.

Salí decidido de mi estudio. En cierto modo, la llamada de Donald me había liberado. Ahora sabía que no iba a parar y, aunque no tenía ni idea de qué era lo siguiente que iba a hacer, al menos tenía una idea clara: esto era una fiesta y yo estaba invitado a ella. Y cuando te invitan, hay que ser agradecido y estar a la altura.

Sentado en el sofá, aparté la comida que había pedido y que ya debía de haberse quedado fría y saqué una libreta. ¿Qué tenía? Poca cosa. El número de teléfono al que llamé la primera vez ya no pertenecía a Donald. Anoté «teléfono» en la libreta y lo taché. ¿Qué más? La nota en la bolsa del pedido. Alguien debió de dejarla ahí, incluso el propio Donald. No recordaba al repartidor. Era imposible, me entregó el pedido con el casco puesto. Era un chaval con acento latino, creí percibir. ¿Estaría compinchado con Donald? Podía ser, de él podía esperar cualquier cosa. Anoté en mi libreta: «nota», «repartidor», «ruta de reparto», «restaurante», «salida de pedidos a domicilio». La nota era una gran pista, me di cuenta. ¿Qué más? Pensé. Solo se me ocurrían las típicas cosas que salen en las películas: huellas dactilares, nada; cámaras de seguridad del polideportivo, nada; confidentes... Me reí. Aunque mi vida se había convertido en una película de terror, pensar en que iba a encontrar la solución en el cine me parecía una tontería.

Seguí dándole vueltas a ver si había algo más que pudiera ayudarme. Se me había pegado la melodía de violín que se escuchaba de fondo durante mi conversación con Donald y no dejaba de tararearla una y otra vez. Una y otra vez..., una y otra... ¡La melodía! Me resultaba familiar desde que empecé a oírla y no sabía por qué. Cogí mi *tablet*, entré en mi canal y busqué el vídeo de la llamada a Donald. Avancé unos segundos, cuando la conversación estaba en marcha y... Ahí la tenía. Durante toda la broma telefónica, como hacía unos instantes, se escuchaba esa melodía de fondo. Alguien que estaba estudiando una partitura. Anoté: «melodía», «estudiante violín», «¿academia de música?». Esto último lo dudaba, pero no estaba en disposición de descartar nada. «Profesor particular». Eso me sonaba mejor. Si había un estudiante de violín, podía haber un profesor a su lado. Mi hermana Grette era una de ellas. Para que no estuviera todo el día en el mundo de *Frozen*, mi madre la había apuntado a música. Por desgracia, escogió el violín como instrumento. Solo los que conviven con alguien que está aprendiendo a tocar un instrumento lo entienden. «Estudiante de violín en casa de Donald».

¿Tenía hijos pequeños? Es raro que un adulto empiece a estudiar música. Pero Donald parecía mayor, no le pegaba tener hijos menores de diez años. «Un vecino», apunté.

Me eché para atrás en el sofá y resoplé. Miré la libreta. La pista de la melodía era muy jugosa pero era inabarcable. ¿Cómo dar con un estudiante de violín en una ciudad con miles de habitantes? Aparté la idea de investigar por ahí de momento y me centré en lo otro: la nota que había aparecido en la bolsa del pedido de comida.

—Buenas noches —saludé al teléfono al encargado de coger los pedidos del restaurante unos minutos más tarde—. He hecho un pedido hace cosa de una hora...

—¿No le ha llegado? —preguntaron al otro lado de la línea.

—Sí, sí, todo bien. Solo que...

—¿Ha llegado tarde o algo? —El tono del encargado era nervioso y apresurado. Me estaba estresando.

—No, a ver, si me deja terminar, solo quiero saber quién me ha traído el pedido a casa.

—¿Por?

—Porque sí. ¿Puede ser? —respondí irritado.

—Sí, claro... —recoló el encargado. El cliente siempre tiene la razón, pensé. O casi siempre—. Lo que pasa es que servimos más de cien pedidos cada noche y tenemos diez repartidores, ahora mismo estamos hasta arriba. ¿Podría llamar más tarde?

—Es urgente.

—¿Ha pasado algo con el chico del reparto?

—No lo sé, por eso quiero saber quién es.

—Un segundo, ahora le atiendo. —Escuché cómo posaba el auricular sobre el mostrador y levantaba otro teléfono—. Buenas noches, ¿quiere realizar un pedido? —Oí.

Colgué el teléfono. No iba a conseguir nada de esa manera, así que me levanté de un salto y medio minuto después ya estaba en la calle rumbo al restaurante.

Al llegar comprendí por qué no era tan sencillo que me prestaran atención. Nunca había estado ahí, solo había hecho pedidos por teléfono y aquello parecía una factoría de cocinar y servir solo comparable a una cadena de montaje. Desde fuera se veía la cocina en la que se trabajaba a gran ritmo; en el mostrador, tres chicos atendían a los clientes que iban ahí a pedir su comida y cogían pedidos por teléfono; varios camareros servían comida en las mesas del local. La puerta era un enjambre de repartidores que salían con las típicas bolsas de papel con los pedidos. Observé el detalle de que iban cerradas en sus manos antes de meterlas en las cajas

de reparto de las motos. Si esto era así, ¿en qué momento habían metido la nota en la mía?

Entré en el local y me invadió el mismo olor que desprendía la comida que recibía en mi casa. Eso me dio tranquilidad: era como estar en el sofá viendo la tele. Nadie parecía estar desocupado y, lo peor, nadie paraba quieto ni un segundo.

—Disculpa... —me aventuré a decir a un camarero. Me ignoró. Miré alrededor. Fui al mostrador—. Perdón...

—Póngase a la cola —me reprendió un cliente.

—Solo es una pregunta —dije disculpándome.

—Cuando sea su turno —me confirmó el dependiente.

No había manera. Al menos si no quería salir de ahí a golpes. Desesperado, busqué una solución. Había ido hasta ahí y no pensaba marcharme con las manos vacías. Seguí con la mirada a un repartidor y vi cómo iba directo a una ventanilla que comunicaba con la cocina. Ahí recogía la bolsa con el pedido y, tras enfundarse el casco, salía pitando camino de su moto. Era mi última opción.

—Hola —dije a la ventana vacía. La persona al otro lado estaba a unos metros, de espaldas, metiendo tarrinas de un pedido en una bolsa al tiempo que consultaba una nota. No parecía más desocupado que los demás, pero al menos no estaba atendiendo a nadie y no tenía pinta de ir a moverse de ahí—. ¿Tienes un momento?

El chico que preparaba el pedido se giró, no porque quisiera hablar conmigo, sino porque esperaba encontrar a un repartidor en mi lugar.

—¿Trabajas aquí? —me preguntó desconcertado.

—No, solo quiero...

—¿No hay repartidores o qué?! —gritó hacia la puerta tras asomar su cabeza por la ventanilla. Ese gesto me obligó a echarme un paso hacia atrás. Un chico que no debía de tener más de dieciocho años acudió corriendo.

—Perdona, tío, llevo toda la noche sin parar, estaba echando un pito —se excusó.

—¿Te pagan por fumar? —respondió el chico autoritario. Tenía más o menos mi edad y parecía tener algo más de responsabilidad que el resto. El repartidor cogió la bolsa sin decir nada y se largó hacia su moto.

—Gilipollas... —murmuró entre dientes mientras salía. Miré al chico de la ventanilla sorprendido.

—Le he oído, no te preocupes. Es lo más suave que me han dicho hoy —dijo tan tranquilo—. ¡¿Las tarrinas de buey caramelizado cómo van?! —gritó a la cocina.

—¿Puedo preguntarte algo? —insistí.

—No —dijo el chico que metía más comida en una nueva bolsa—. Pero lo vas a hacer igual.

—Estoy buscando al chico que me ha traído el pedido esta noche a mi casa.

—Y yo estoy buscando una ración de Dim Sum. ¡Llevo esperando un Dim Sum desde hace cuatro horas! —gritó a los cocineros.

—¿Podría saber quién ha sido?

—Claro —respondió. Pero no dijo nada más.

—¿Y? —Le miré interrogante.

—Puedes saberlo, pero no ahora. ¿No ves cómo estamos? —hablaba abriendo bolsas, metiendo dentro tarrinas de comida, cerrándolas con grapas—. En una horita, baja la cosa. Si puedes volver entonces, te lo miro.

—De acuerdo. —Y me alejé satisfecho. Era el mejor trato que podía conseguir ahí esa noche.

Una hora y pico más tarde, vi, como me había asegurado el chico de la ventanilla, que la actividad bajaba bastante. Durante ese tiempo había estado en la calle, junto a la puerta del local, observando las idas y venidas de los repartidores. Nada hacía sospechar que hubiera sido alguno de ellos quien metió la nota en mi bolsa. Al menos ahí. Si fue un repartidor, tuvo que parar la moto, abrir la bolsa y meter dentro la nota. De locos.

—Eh, detective —me llamó el chico de la ventanilla. Había salido a la puerta del local con un refresco. Me acerqué a él.

—¿Servís comida todavía? —dije. A esas horas, tras estar un buen rato viendo circular pedidos delante de mis ojos, estaba muerto de hambre.

—Cocina cerrada —respondió con una sonrisa—. Anda, entra, que siempre sobran un huevo de cosas. Soy Will.

—Joel. Gracias.

Un rato más tarde, devoraba unos tallarines mientras el chico miraba uno a uno los tiques de pedidos de esa noche. Había un buen taco. Está claro que a la gente no le gusta cocinar en casa.

—Un pedido con Shao Mai, ¿no? —me dijo Will—. Va a ser fácil, nadie pide ese plato.

—Pues está cojonudo.

—Totalmente de acuerdo. —Me miró—. La gente no tiene ni idea. —Volvió a los tiques—. Este es —dijo apartando un tique del resto.

—Genial. —Y alargué mi mano para cogerlo.

—Eh, eh... —dijo apartando el tique—. Antes podrías decirme por qué tanto interés en saber quién es, ¿no?

—Me gustaba su casco —mentí—. Es una historia muy larga. Dime quién es y ya.

—Soy el encargado de los pedidos del turno. —Se puso serio de golpe—. Tengo que saberlo.

—Ya. —Resoplé. No tenía muchas ganas de contar la historia, pero si quería

la información, no tenía más remedio que hacerlo—. En resumen: me he encontrado un mensaje dentro de la bolsa.

—¿Un mensaje? —preguntó extrañado.

—Sí, un mensaje dirigido a mí. No puede haber caído ahí por casualidad.

Alguien tuvo que meterlo.

—¿Estás seguro?

—Completamente.

—¿Y qué decía el mensaje?

—Eso no tiene importancia —me excusé.

—Depende. Si era una amenaza o algo así, el restaurante tiene mucha responsabilidad. Bueno, y si no, también. Alguien ha manipulado el pedido y eso no es ninguna tontería. ¿De qué va todo esto?

Miré a Will un instante. Parecía un buen tipo. Y me estaba ayudando. Dudé si contarle la verdad o inventarme una película. Cualquiera de las dos cosas iba a resultar igual de inverosímil.

—¿Me dirás quién es el repartidor? —Quise saber.

—Claro. Y si ha sido él, hoy ha sido su último turno.

Le conté la historia completa, desde que vi el *flyer* en el videoclub de Silvestre hasta la videoconferencia de hacía unas horas, melodía de violín incluida. Will no cerró la boca ni un segundo del estupor.

—Menudo cabrón —dijo cuando terminé.

—¿De verdad no sabes quién soy? —pregunté con asombro—. Desde hace dos días nadie habla de otra cosa en la red.

—Yo paso de esos rollos. Ni estoy en redes sociales, ni veo vídeos online, ni nada. Costaba creerlo pero, ¿por qué no? No todo el mundo tiene por qué hacer lo mismo.

—¿Me vas a decir ahora quién es el repartidor?

—Rick. Un chaval majo. Lleva poco tiempo. Me extraña.

—Rick —repetí—. ¿Dónde puedo localizarle?

—Mañana empieza a las ocho. Pásate y hablamos con él.

—¿No podemos llamarle ahora? —insistí.

—¡Ostras! Tengo que irme, tío —dijo de repente apurado mientras miraba la hora en el móvil—. Pierdo el último bus para llegar a casa. —Y se levantó sin que pudiera retenerle.

—Pero... —protesté.

—No te preocupes por la cena, invita la casa. ¡Hasta mañana!

Y se fue. Me quedé ahí, sentado frente al resto de tallarines, desconcertado por la súbita desaparición de Will. Me sentí un poco desolado. Había contado toda mi historia a un desconocido y apenas había recibido nada a cambio. Un nombre, Rick, pero nada más. Esperar al día siguiente se me antojaba eterno. Solo me

tranquilizó una cosa: pensar en que en mi juego con Donald, el siguiente movimiento me tocaba a mí. Eso, si las reglas del juego eran las que había imaginado. A falta de saber más, di por buena esa idea. Era lo único a lo que podía agarrarme, lo único que daba un orden.

De camino a casa reflexioné. Mis movimientos hasta entonces habían sido torpes y desesperados. Donald había golpeado y yo, desde la lona, había reaccionado de cualquier manera. Ahora no iba a cometer el mismo error. Investigar qué podía estar pasando me daba un poco de aire. No mucho, pero al menos estaba tomando las riendas de la situación. Si averiguaba algo, por pequeño que fuera, podría empezar a igualar fuerzas con mi adversario. Y si él no sabía por dónde estaba yendo, pronto le alcanzaría.

Con el ánimo renovado, llegué a casa y me acosté. A pesar de que había dormido hasta mediodía, estaba reventado. Mañana sería otro día. Esperaba que el día en el que empezara a ver un poquito de luz en el caos de vida en el que me había instalado.

Antes de las nueve, empezó a sonar mi despertador particular: Kevin. No tengo despertador como tal, ¿para qué, si tengo un *repré* que se encarga de ello?

—Joder, Kevin, ya te vale, que aún es de noche —dije tras abrirle la puerta de mala gana.

—Hace horas que ha amanecido —dijo entrando como una bala y yendo hacia el salón—. Al menos para el resto de los mortales.

—¿No traes desayuno?

—Aquí tienes comida de sobra —dijo olisqueando las tarrinas que habían quedado intactas la noche anterior—. Además, ayer estuvo aquí tu madre. Debes tener a Sahara a tope —dijo refiriéndose a mi nevera.

—Gracias por chivarte, por cierto —le reprendí.

—Madre no hay más que una, Joel. Y no soy yo —respondió como una advertencia—. Tenías que haberte visto después del show.

—Tranquilo, cuando tenga curiosidad por verlo lo busco en Twitter. ¿Algún motivo para honrarme con tu presencia o solo has venido a tocarme las pelotas?

—Lo segundo. Ah, y también porque tengo una noticia que te va a gustar —dijo sonriente.

—Dejas de representarme.

—No tan buena, lo siento. ¡Tienes una oferta! —soltó abriendo mucho los ojos, como si eso fuera increíble.

—¿Y? —pregunté interrogante—. No es la primera que tengo en mi carrera.

—Pero sí después de toda la movida. ¿Ves? La gente olvida rápido. Por suerte —puntualizó aliviado—. Te quieren para el lanzamiento de una marca de refrescos. Suena bien, ¿no?

—Buf —resoplé. No como hacía siempre que me proponían hacer *publi*, lo cual me daba una pereza infinita. Resoplé porque en esos momentos solo pensaba en cazar a Donald.

—¿Buf? —me contestó Kevin de mala leche. Se avecinaba bronquitos—. A pesar de todo lo que te ha pasado, y de tus cagadas, que también las has hecho, aún hay gente que quiere trabajar contigo. ¿Eso merece un «buf»?

—Ahora tengo otras prioridades.

—¿Cuáles, hundir más tu carrera?

—No, evitar que eso suceda. Ayer Donald dejó un anónimo en mi pedido de comida, estoy investigando cómo llegó hasta ahí. Además, tengo una melodía que escuché en su llamada, una melodía de violín...

—Para, para... —me interrumpió Kevin—. ¿De qué coño me estás hablando?

—De que voy a por Donald.

—Joel —me dijo conteniendo la ira—, olvídale. Ya está. Ese tío ya te ha jodido suficiente. La policía está en ello, déjales hacer su trabajo.

—La poli no tiene ningún interés en esto. Ayer estuve ahí y...

—Ya. Harris —me interrumpió de nuevo—. Es un capullo, pero está investigando. —Le miré alucinado—. También me he pasado por ahí, quería saber cómo iba la cosa. Joel, déjate de paranoias y ponte las pilas. Si no reapareces pronto, antes de que te des cuenta serás historia. Solo te recordarán por haber sido el *youtuber* que arruinó su carrera por un vídeo patético.

—Lo que quiere Donald —dije en voz baja.

—Y lo que no queremos ninguno de los dos.

Una hora más tarde entrábamos en un edificio de oficinas frío e impersonal. Se trataba del típico edificio que reunía empresas de todo tipo. El anunciante que quería vernos había alquilado una pequeña zona en la planta doce. Kevin no paraba de hablar, previniéndome sobre las condiciones que podíamos aceptar y las que no. Cuando se abrió la puerta del ascensor, me detuvo antes de salir.

—Y, sobre todo, Joel, cara de póquer. Ninguna mención a lo que ha pasado. Y si el tío nos dice algo, nosotros, como si nada.

—Que sí...

—¿Estás bien?

—Tranquilo —afirmé.

La puerta de la oficina a la que nos dirigíamos estaba al final del pasillo. Al llegar, nos abrió un hombre de unos cuarenta y cinco años vestido de traje y corbata.

—¡Adelante, amigos! —nos recibió con una amabilidad que me sonó totalmente exagerada. Tenía un leve acento extranjero, brasileño o portugués, me

pareció.

Solo estaba él. No había ni empleados, ni secretarias.

—Acabo de aterrizar, aún no he incorporado personal —se excusó.

Nos condujo a una pequeña sala de reuniones donde solo había una mesa y varias sillas. La impresión que transmitía todo aquello era de desolación. «Menudo anunciante», pensé. A continuación, miré a Kevin que me contestó con una sonrisa positiva que me quería decir: «Sí, todo es un poco raro, pero ya que estamos aquí, vamos a ver qué pasa».

—¡Aquí lo tienen! —dijo el hombre, que se había presentado como Souza. Y posó unas latas de refresco sobre la mesa—. Esta bebida está arrasando en el cono sur. —Como si arrasaba en la Cochinchina, pensé.

Kevin entabló una rápida conversación con Souza sobre lo que quería, lo que buscaba de mí, términos y condiciones. El acuerdo parecía que iba a ser fácil. Como era habitual, yo me limitaba a escuchar y a apoyar a Kevin en todo lo que decía. Esta vez, sin embargo, mi cabeza desconectaba cada poco y viajaba a lo que de verdad me preocupaba: Donald. Era una buena noticia que me propusieran una *publi*, no había duda. Le demostraría a Donald que seguía con mi vida y que, a pesar de todo lo que había hecho, no había conseguido hundirme.

—¿Estás de acuerdo, Joel? —me preguntó Kevin. Lo miré distraído. No tenía ni idea de qué me preguntaba.

—Sí, claro... —respondí adormilado.

En ese momento sonó el teléfono de Souza. Este miró la pantalla. Al escuchar el tono de la llamada, pegué un bote en el asiento, como si me hubieran despertado echándome un cubo de agua fría en la cabeza: era la melodía de violín.

—¿Quién será...? —dijo para sí arrugando la frente mientras miraba el número.

—¡Deme el teléfono! —grité.

—Joel... —reaccionó Kevin alarmado.

—¿Disculpe? —preguntó Souza. El teléfono seguía sonando en sus manos y me miraba desconcertado.

—¿Quién le llama? ¡Démelo! —me levanté y traté de arrebatarse el aparato, pero Souza lo alejó de mi alcance.

—Joel, tranquilo... —Kevin trataba de contenerme. Me cogió del brazo y me hablaba con suavidad, como si yo fuera un demente. Lo aparté con brusquedad y rodeé la mesa para acercarme a Souza, que se echó para atrás en su silla sin levantarse.

—¡Esa, esa es la melodía del violín! ¡Usted sabe algo! —dije mientras me acercaba a él.

—¿De qué habla? —preguntó Souza a Kevin asustado.

—No lo sé —contestó Kevin. Y me miró como nunca lo había hecho: harto,

furioso—. Pero si da un paso más, seré yo quien llame a la policía.

Las palabras de Kevin me pararon en seco. Tenía a Souza a menos de un metro. La melodía cesó en ese momento.

—Era la melodía —dije mirando a Kevin en un tono suplicante—. La de la llamada... ¿Por qué tiene ese tono? —interrogué a Souza.

—Es una melodía clásica..., ¡yo qué sé! —se justificó Souza.

—Joel, ya vale —me ordenó Kevin. Estaba muy cabreado conmigo. No podía contar con él. Bajé la mirada derrotado.

—No... no esperaba que esta reunión terminara así —dijo Souza algo más recuperado de la impresión, pero aún asustado.

—Disculpe a mi cliente, señor Souza. Como sabe, ha pasado unos días de mucho estrés y...

—Creo que lo mejor es que nos tomemos un tiempo para reflexionar sobre nuestra colaboración —dijo Souza al tiempo que se levantaba, se guardaba el teléfono en el bolsillo de la chaqueta y se ajustaba la corbata, sin duda un tic que usaba para sentir que recuperaba el control.

—Por nuestra parte, está claro y queremos seguir adelante con el proyecto —afirmó Kevin que trataba de aferrarse al *business* como fuera.

—Por la nuestra, queremos pensarlo un poquito más —sentenció Souza. Y alargó la mano hacia Kevin para escenificar la despedida. Kevin me miró una décima de segundo y le estrechó la mano.

No nos dirigimos la palabra hasta que salimos a la calle.

—Era la melodía, Kevin... —dije mientras trataba de seguir el ritmo de sus pasos. Casi iba corriendo camino del coche.

—¡¿Y qué importa?! —me respondió. Se detuvo de golpe y se encaró a mí. Tenía mucha rabia acumulada y los dos sabíamos que no iba a conseguir controlarla—. ¿Qué cojones ha sido eso que ha pasado ahí arriba?

—¿No te parece un poco raro? La misma melodía, que no he escuchado en mi vida, de repente aparece por todos lados.

—Una casualidad, Joel. Una puta casualidad.

—No lo creo —negué incrédulo.

—Y si no lo es, ¿qué más da? Ya hemos perdido este curro.

—¿Crees que me importa? Habrá más.

—¿Estás seguro? —respondió desafiante—. Porque como se corra la voz, tu reputación caerá en picado, y no ya solo entre tus seguidores, sino entre los anunciantes y patrocinadores que, por si no lo sabías, son los que te dan de comer.

«Maldito *business*», pensé.

—¡Pues que les den a todos! —Yo también me estaba poniendo nervioso—. No puedo mirar a otro lado, no puedo hacer como si no pasara nada. Hay un tío que me está jodiendo la vida, no puedo quedarme de brazos cruzados esperando a

ver qué es lo próximo que se le ocurre para putearme.

—Pues conmigo no cuentas.

Kevin se dio media vuelta y se dirigió a su coche, que estaba aparcado a unos metros. Tardé un instante en reaccionar.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Kevin no se giró. Se limitó a subirse al coche, arrancar e irse sin mirarme.

7.

Era la primera vez que Kevin reaccionaba así. Al principio me enfadé: era mi representante, ¿a qué venían esos humos? Estuve tentado de llamarle y echarle la bronca, pero desestimé la idea cuando el cabreo dio paso a la preocupación: «es la primera vez que Kevin reacciona así», me repetí. Y eso no podía ser una buena señal. Pasara lo que pasase, y nos habían pasado unas cuantas cosas, siempre me había comprendido. Que se fuera como se había ido me daba la medida de lo que le debía de estar bullendo por dentro. Sabía que no le preocupaba haber perdido un contrato. Vivía de las comisiones de mis trabajos, pero no era tan materialista como para enfadarse por eso. Si se había ido, dejándome tirado en mitad de una zona de oficinas alejada del centro, sin ni siquiera mirarme, era porque estaba dolido de verdad. Dolido conmigo. Pero, ¿qué podía hacer? Por mucho que Kevin se pusiera en mi lugar, no podía entender lo que yo estaba viviendo. Desde que apareció Donald, poco a poco iba perdiendo todo lo que tenía: prestigio, reputación, seguidores... Ahora anunciantes. Esa era mi prioridad: detener la sangría. Y eso era lo que necesitaba de él: que me comprendiera ahora.

Miré hacia el edificio que quedaba a mi espalda. Por un momento pensé que Souza había podido ser testigo de nuestra bronca. Hubiera puesto la guinda al espectáculo. Tenía que salir de ahí.

Una hora más tarde había logrado llegar a mi casa. Nada más cruzar la puerta, sonó mi teléfono fijo. Tardé varios tonos en encontrarlo debajo de un cojín del sofá.

— ¿Quién es?

— De la Compañía de Agua. ¿Sabe usted que debe varios recibos y que hemos procedido a cortar el suministro? —amenazó un hombre al otro lado.

— ¿De qué me está hablando? El agua no se corta nunca.

— ¿Ah, no? Abra un grifo, verá...

Aunque me sonaba increíble, iba a correr a la cocina a comprobarlo.

— ¡Pringao! —escuché por el auricular—. Soy Will, del restaurante.

— ¡Joder, tío! —exclamé aliviado—. Lo último que me faltaba es que me cortaran el agua.

— No la cortan nunca, tú lo has dicho. ¿Cómo lo llevas? —Me extrañó su llamada. No nos conocíamos más que de la noche anterior.

— ¿Por qué tienes mi número?

—Eres cliente, estás en nuestra base de datos. No te molesta, ¿no? Tengo noticias —me dijo—. De tu «caso». —Rio. No era para tomárselo a broma, la verdad, pero en ese momento me hizo gracia que se refiriera a todo ello como «mi caso»—. He hablado con Rick, el repartidor.

—¿Ah, sí? —pregunté con sorpresa—. ¿No empezaba su turno a las ocho?

—Le he llamado. Ayer te vi tan de bajón que me imaginé que no podías esperar a esta noche.

—¿Y qué te ha dicho? ¿Sabe algo?

—No. Me ha prometido que no fue el quien metió la nota en tu bolsa.

—¿Y qué más da lo que diga? Puede mentir.

—Yo le creo. Es un chavalín, no le veo haciendo ese tipo de cosas.

Hasta yo creía que lo que decía Will era lo más lógico del mundo. Sin embargo, no podía aceptarlo sin más.

—Pero esa nota estaba en mi bolsa. Alguien la tuvo que poner.

—Es un misterio, Sherlock —respondió Will sin abandonar el tono amable.

—¿Crees que Donald pudo abrir la caja de la moto mientras Rick subía otro pedido?

—Por poder... Casi es la única opción que nos queda.

—¡Pues vaya servicio que tenéis! —dije medio en broma con intención de sumarme al tono relajado.

—El peor de la ciudad, ya lo sabes —respondió de coña—. Tengo que dejarte, tío. Suerte con la investigación.

—Gracias por llamar.

No era mucho. No era nada, en realidad. Solo podía pensar que Rick mentía. O que le habían abierto la caja durante su reparto. Tenía que descartar una de las dos. O las dos.

A las ocho de la tarde estaba dentro de mi coche, aparcado a unos metros del restaurante donde podía ver bien la entrada y el movimiento de clientes y trabajadores. Las motos de reparto apuntaban sus ruedas delanteras hacia la calzada, en formación, ordenadas, esperando a que los repartidores las usaran para llevar los pedidos. Poco a poco estos iban llegando. Mientras esperaban, hablaban en corrillo, bromeaban entre ellos. No sabía quién de todos ellos era Rick y no quería recurrir a Will, al que había visto llegar hacía unos minutos, para averiguarlo. Lo que tenía previsto hacer, quería hacerlo solo, con discreción.

Mientras esperaba, miraba mi teléfono cada poco. Esperaba recibir un mensaje de Kevin. No de disculpa —no tenía nada de que disculparse, en realidad, solo por haberme dejado tirado en las afueras—, ni de conciliación —Kevin nunca bajaría la guardia, demasiado orgulloso—; pero sí esperaba que se comunicara conmigo, aunque fuera para informarme de una cita al día siguiente o para

echarme la bronca por algo, cualquier tontería. En nuestro código particular eso ya sería suficiente para reconducir las cosas y abandonar el mal rollo. Pero no, esta vez Kevin no daba señales. Estaba disgustado de verdad, como nunca lo había estado antes. Llamarle yo no me parecía buena idea. Era mi representante, no era yo quien tenía que ir detrás. No tenía problema en reconocer mis errores cuando los cometía; tampoco en disculparme cuando la cagaba, lo que sucedía con frecuencia. Pero no era yo quien tenía que suplicarle nada. Éramos amigos, pero ante todo, era mi empleado. No podía perder eso de vista. Pensé que, en esa situación, solo podía esperar a que las aguas se calmasen.

En la calle, frente a la puerta del restaurante, un grupito de tres repartidores se tomaban el pelo. Desde mi coche me llegaban fragmentos de su conversación.

—Llámala, y si no te lo coge, es que está con otro.

—No te pases —se defendió la víctima de las mofas de los otros dos.

—Es una pendeja, huevón. Y tú un *pichacorta* —se burló el tercero.

—Anda, trae, que la llamo yo —dijo el primero, quitándole el móvil.

—¡Trae *hijoeputa!* —se defendió el segundo, a la vez que iniciaba una persecución por la acera tras el chaval que le había usurpado el móvil—. ¡Te reviento, místico! —¿«Místico»? —eso me sonaba: es como me llamó el repartidor cuando me trajo el pedido a casa la noche anterior. No era una expresión muy frecuente. Abrí un poco más la ventanilla para escuchar mejor.

—No lo coge, ¿ves? Está con el otro. —El chaval saltó sobre él y consiguió recuperar su teléfono. Echó un vistazo a la pantalla.

—No la has llamado, mal parido.

—Pero está con otro —sentenció el «ladrón» sin intención de parar la broma.

—Putos maricas.

—Eh, Rick, sin pasarse.

Ahí lo tenía. Como decía Will, el pobre Rick no tenía pinta de haber metido una nota en mi bolsa. Se apartó unos metros para teclear en su teléfono mientras sus dos compañeros por fin le dejaban tranquilo. Cogí el mío —de paso volví a comprobar que no tenía ningún mensaje de Kevin—, y marqué. Dentro del restaurante, uno de los chicos del mostrador descolgó.

—Quería hacer un pedido —dije—. Tallarines fritos con curry rojo, teppanyaki de pollo y Shao Mai. —Lo de siempre, vamos. ¿Para qué complicarme la vida? Di mi dirección para la entrega y esperé.

Unos minutos más tarde, Rick entraba en el local y recogía, de manos de Will, varias bolsas con sus respectivos pedidos. Una de ellas tenía que ser la mía. Arranqué el coche, esperé a que Rick metiera las bolsas en la caja de su moto y, cuando salió dispuesto a entregarlas, salí tras él.

Nunca había seguido a nadie antes por las calles, menos a una moto, y me pareció una de las cosas más difíciles que había hecho nunca. En las películas se ve

sencillo, pero en la vida real, con peatones reales y coches reales, era otra cosa. Rick, como buen repartidor de comida rápida, culebreaba entre los coches, se saltaba señales, apuraba las curvas al máximo. Apenas podía seguirle y en más de un momento temí perderle. Por suerte, los semáforos y el tráfico tranquilo de esas horas jugaban a mi favor y me permitían recuperar la distancia a cada poco. Sin embargo, estaba tan preocupado de no perderle que me olvidé por completo de ser discreto. Ser detective no era lo mío, estaba claro. En un semáforo, al ver la moto de Rick esperando el verde y darme cuenta de que no había ningún coche entre nosotros, frené exageradamente lejos de él, dejando entre los dos una distancia totalmente ilógica. Rick debió de darse cuenta de mi maniobra y se giró para mirarme. En un acto reflejo ridículo, agaché la cabeza. Me había delatado. Rick no esperó a que el semáforo se pusiera en verde y aceleró para desaparecer de mi vista.

—¡Maldito! —exclamé en voz alta refiriéndome más a mí que a él.

Una vez descubierto, solo tenía la opción de alcanzarle si quería sacar algo de esa noche. Por eso, en cuanto Rick aceleró, avancé hasta la línea del semáforo, que se puso en verde en ese instante, y metí caña para darle caza. El chico, consciente de que le estaba siguiendo, corría todo lo que su modesta moto le permitía. No me costó darle alcance, pero ahí surgió mi duda: ¿qué hacer? En las pelis las persecuciones son intensas, con toques entre los vehículos, salidas de la carretera, pistolas que asoman por las ventanillas. Aquí todo era más cutre: una moto de reparto de comida y un aprendiz de detective siguiéndose por las calles de la ciudad y tratando de no llamar demasiado la atención y de no atropellar a los viandantes. Rick se atrevió con alguna maniobra arriesgada que me obligó a apurar algún adelantamiento. No sabía qué hacer para detenerle. Por un momento pensé que, si el chico no lograba darme esquinazo, la persecución solo iba a terminar cuando uno de los dos se quedara sin gasolina.

Unas calles más tarde, cuando ya pensaba que todo aquel circo no tenía mucho sentido, Rick aminoró la marcha y, tras subir la moto a una acera, se detuvo. Se bajó de la moto y fue directo hacia mi coche, que había detenido a unos metros, con el candado de la moto.

—¿Qué quieres, mal parido? —me amenazó. Bajé del coche y me quedé junto a él, cerca de la puerta abierta. No pensaba que fuera a pasar nada, pero por si acaso, quería tener una salida.

—Tranquilo, Rick... —dije extendiendo las palmas de mis manos y agitándolas delante de mí como si con eso fuera a disipar el recelo que sentía el repartidor.

—¿Quién eres, cómo sabes mi nombre?

—Soy el de la nota en la bolsa. Sabes, ¿no?

Rick no dijo nada. Solo me miró desconfiado. No sabía de qué iba todo eso,

pero al menos conseguí que bajara el candado.

—Yo no sé nada, ya se lo he dicho a Will —se defendió.

—¿Seguro? —insistí—. ¿Nadie te pidió que pusieras esa nota en mi pedido?

—¿Quién? A mí me dan los pedidos, yo los llevo, vuelvo al restaurante...

¡No sé nada!

—Pues la nota no llegó sola. —No podía irme de ahí con las manos vacías—. Alguien aprovechó que subías a entregar otros pedidos para abrir la caja de la moto y meterla dentro.

—Míster, se lo suplico... —El chaval se derrumbó—, no se lo cuente a nadie. Si me echan, me voy al carajo. Mi novia está embarazada y...

—Vale, vale... —le interrumpí. No quería hundirle la vida, solo intentar averiguar algo. Rick podía estar mintiendo, pero si era así, era un excelente actor—. Vamos a hacer una cosa. Yo necesito saber cómo ha llegado la nota a mi bolsa y tú, conservar tu curro. Ahí dentro llevas un pedido para mí. Lo vas a entregar el último. Mientras repartes los otros, yo estaré vigilando la moto desde mi coche. Si alguien quiere dejarme otro mensaje mientras subes a las casas, lo veré.

Rick siguió observándome con desconfianza. Todo aquello le debía de sonar demasiado raro. A mí también me sonaría así si me propusieran lo mismo, pero debió de pensar que en esos momentos la mejor opción que tenía para salir de esa era hacerme caso y aceptó.

—¿De cuánto está tu chica? —le pregunté antes de que arrancara la moto.

—Poco, tres meses.

—¿Lo saben tus compañeros?

—No.

—Pues deberías decírselo. Así dejarían de tomarte el pelo con ella.

Subí al coche sin esperar respuesta. No me hizo falta mirar a Rick para percibir su perplejidad. Lo que le acababa de decir lo pensaba de verdad. Me caía bien el chico. Pero también me servía para darle a entender que sabía más de lo que creía y de que todo eso iba en serio.

Rick repartió los pedidos. Como repartidor no sé, pero como actor era un número uno. Ni una vez miró hacia mí, que le seguía agazapado en mi coche a unos metros. Actuó con total naturalidad sin mostrar el más mínimo gesto de saberse observado. Cada vez que entraba en un portal, yo esperaba, más bien, deseaba, que apareciera Donald, abriera la caja, buscara mi pedido y dejara algo dentro. Según Rick iba dejando pedidos y eso no sucedía, me iba desesperando. Me di cuenta de lo endeble de mi plan. Era improbable que funcionara como había previsto, lo sabía: Donald no iba a utilizar el mismo método dos veces. Pero no podía hacer mucho más. Solo esperar a que la suerte me sonriera por primera vez desde que empezó todo y mi adversario cometiera, por fin, un error.

Tras media hora, Rick callejó en dirección a mi casa. Era la última bolsa que

iba a entregar y no había pasado nada. Nadie se había acercado a la moto, nadie había intentado abrir la caja. No había servido de nada. Al llegar a mi portal, Rick siguió con su actuación y llamó a mi piso. Como era de esperar, no contestó nadie. Antes de salir del coche, miré a todos lados. Esperar a que Donald apareciera en el último momento era lo último que podía hacer. Nada. Salí del coche.

— ¡Está bien, Rick!

Rick abandonó su papel y se acercó hacia mí.

— ¿Lo ves? Nadie me ha abierto la caja — dijo aún angustiado.

— Sí, tío, tranquilo. Gracias por ayudarme.

— De nada, míster — dijo algo más tranquilo.

Cogí la bolsa de sus manos. Al fin y al cabo, era mi comida y, ya que la cena del día anterior se había quedado sin probar, al menos esta sí podía comérmela. Como acto reflejo, sin saber muy bien por qué, abrí la bolsa. Ahí estaba todo el pedido y...

— ¿Qué hace esto aquí? — exclamé. Dentro había una nueva nota. Mire a Rick, que caminaba hacia atrás hacia su moto.

— No sé nada... Se lo juro.

— ¡No me jodas, Rick! Solo tú has tocado mi pedido. ¡Lo he visto!

— ¡No es verdad! — se defendió—. A mí me las dan cerradas, es Will quien las prepara.

— Un momento, tío... — Mi perspectiva sobre todo cambió de golpe—. ¿Me quieres decir que ha sido Will...?

— No, no... — reaccionó Rick apurado—. No tengo ni idea. Si no me han abierto la caja de la moto, la bolsa solo la maneja él. Es quien mete la comida.

No podía creerlo. ¿Will? Me costaba resituarme con esta nueva idea. Era tan retorcida. Cogí la nota de la bolsa y me dispuse a leerla. Fuera Will o no, Donald atacaba de nuevo y quería saber qué me esperaba. Abrí el papel, era diferente al de la nota anterior. Dentro, un mensaje escrito con bolígrafo: «Vaya susto, ¿eh, Sherlock?». ¿Qué cojones...? No entendía nada. Seguí leyendo: «Esta noche salgo a las 12, si quieres nos tomamos unas birras. Will». Me quedé un buen rato mirando el papelito que sujetaba con las dos manos, como si pesara diez kilos y las necesitara para que no se me cayera al suelo. Lo miraba pero ya no leía lo que contenía. Sentía muchas cosas a la vez y todas trataban de abrirse paso para alzarse con el trono de mis emociones: alivio por no tratarse de un mensaje de Donald; enfado por haber sido víctima de una broma de Will; vergüenza por haber caído en la trampa; ridículo por haberlo hecho delante de Rick; alegría por darme cuenta de que había alguien que pensaba en mí en esos momentos.

— ¿Todo bien, míster? — preguntó Rick con curiosidad al ver que no levantaba la mirada del papel.

— Sí, sí... — respondí con una sonrisa forzada para alejar cualquier reflejo de

lo que pasaba por mi cabeza delante del repartidor—. Gracias, tío. Te agradezco de verdad que me hayas ayudado.

Rick se quedó quieto, mirando a un lado.

—Si quieres, puedes irte —dije por si necesitaba que le liberara.

—Es que... —Me miró cortado—. Son dieciséis con veinte.

Empecé a reírme. Al final, fue la alegría la que ocupó el lugar principal de mis emociones. Saqué un billete de cincuenta.

—Quédate con el cambio —dije dirigiéndome a la puerta de mi casa—. Y cómprale algo a tu chica.

—¡Gracias, míster! —respondió Rick encantado.

8.

Tras engullir la cena en casa, volví a salir a la calle al encuentro de Will. No estaba para mucha fiesta, pero pensé que me vendría bien despejarme un rato. Podía llamar a Connor, Silvestre y compañía, pero desde que había empezado todo el lío de Donald, sentía ciertos reparos en verles. No sabía muy bien por qué. Demasiada confianza entre nosotros, pensaba. Me iban a tomar el pelo y no me apetecía. No lo iban a hacer con mala intención, todo lo contrario, pero yo estaba muy sensible y tomarme algo con Will, que no sabía ni quién era yo ni estaba al día del mundo *youtuber*, me motivaba más.

Si no llamaba a Kevin era por algo parecido. A esas horas de la noche, además, ya no esperaba ningún mensaje de él. Aún estaba caliente la movida de la mañana a las puertas de la oficina del anunciante. Más allá de eso, podía llamarle para charlar y desahogarme. Lo hacía a veces: cuando me entraba algún bajón porque algún vídeo no había funcionado bien; cuando me agobiaba porque no me salía alguna idea; también cuando estaba eufórico por el éxito de mi última pieza. Le había conocido gracias a sus comentarios sobre mis vídeos y no había nadie que analizara mejor mi trabajo que él. Pero, en esa ocasión, sentía con Kevin lo mismo que con mis amigos: demasiado cerca, demasiada confianza para decirme lo que había hecho bien y lo que había hecho mal; lo que había hecho o lo que había dejado de hacer. En esos momentos, quería alejarme un poco de todos ellos, no sabía si por cobardía, porque tenía miedo a lo que me pudieran decir o porque necesitaba ver las cosas con distancia. Cualquiera razón me sonaba a excusa, la verdad, así que elegí hacer lo que me pedía el cuerpo y quedar con Will, que estaba justo donde yo quería estar: lejos de cualquier cosa que me recordara lo que me estaba pasando.

Llegué al restaurante a las doce en punto. Cuando miré la hora en mi móvil me asombré. La puntualidad no era mi fuerte, ni mucho menos. ¿Me estaba cambiando Donald? Sonreí para mis adentros. Algo bueno estaba teniendo todo eso, pensé. Al menos para los demás, que siempre me criticaban que llegara tarde. Vi salir a Rick.

—Hasta luego, «papá» —le dijo uno de los compañeros que le había tomado el pelo hacía unas horas.

—Que os den, mal paridos —respondió Rick en tono de broma. Siguiendo mi consejo había soltado lo de su próxima paternidad y los chistes sobre su novia

se habían terminado. Me gustaba saber que esa noche había hecho una buena obra.

—¿Siempre llevas esa cara de panoli cuando nadie te mira? —escuché a mi derecha. Era Will, que arrastraba un cubo lleno de cascotes de vidrio.

—Eh... —me quedé cortado. Me había quedado absorto observando la escena de Rick y me imaginaba la cara de bobo que se me había puesto.

—Si tan feliz te hace estar aquí, yo te meto de repartidor. O de friegaplatos.

—No, era por... Nada, una chorrada. ¿Te ayudo?

Acompañé a Will a un contenedor de vidrio que había al otro lado de la acera. Una a una fuimos vaciando el cubo de botellas.

—Menudo susto me has dado con la notita —dije con tono reprobatorio, como el profe que regaña al alumno díscolo aunque sin ánimo de castigarle.

—Sabía que te iba a gustar —respondió.

—No estés tan seguro. Por un momento he pensado que estabas compinchado con Donald.

—Ja, ja... —Río con ganas—. Eres bueno, tío. ¿Has pensado en abrir un canal de YouTube?

Reí con él. Me asombraba que, después de su jornada laboral, donde no paraba ni un minuto, aún tuviera energía para estar de buen humor.

—Eso mejor hazlo tú, que eres el que tiene talento.

Unos minutos más tarde, caminábamos por las calles casi desiertas. Le había propuesto ir a algún garito a tomar algo, pero Will me dijo que prefería pasear. Ya había estado unas cuantas horas metido en un «garito». Me gustó la idea: me vendría bien estirar un poco las piernas, sobre todo cuando ya me había saltado varios entrenamientos y un partido de mi equipo.

—... En resumen, que se ha enfadado y no me dirige la palabra —dije para terminar el relato de mi discusión con Kevin.

—En cuanto vea que vuelves a producir vídeos y todo vuelve a la normalidad, se le pasará.

—Ya —respondí lacónico.

—Ese «ya» ha sonado de pena.

—Desde que empezó todo esto no he colgado nada nuevo en mi canal. Lo único que se ha sabido de mí es lo que ha querido Donald.

—Éxito ha tenido —dijo con ironía.

—Mucho, no me puedo quejar —dije siguiendo la coña—. Mi canal ha pegado un subidón de seguidores de la leche. Todos para ver si pueden reírse de mí —dije con amargura.

—Eh, tío... —dijo Will para animarme—. No te vengas abajo.

—¿Y qué quieres que haga? La he cagado con mis seguidores, la he cagado con mis anunciantes... Y, lo peor, no se me ocurre nada, ni un vídeo, ni una idea.

—¿No tienes alguno en la recámara? Es lo que hacéis los creadores, ¿no?

Tener un fondo de armario de ideas para estas emergencias.

—Sí, tengo cosas, pero el problema no es ese —dije sin ser capaz de seguir.

Will me miró interrogante.

—¿Cuál es? —dijo al cabo de un rato para ver si así arrancaba.

—Tengo pánico a mi canal.

Will se detuvo y me miró con una cara mezcla de asombro y de preocupación.

—¿Nos sentamos? —y señaló un banco a la entrada de un parque que teníamos a unos metros.

Will se sentó en el respaldo, poniendo los pies en el asiento. Yo me senté a su lado, normal, como se sentaría cualquiera. Nos quedamos un rato en silencio, comiendo pipas que habíamos comprado en una tienda de chinos. Un hombre paseaba a su perro por el parque. De vez en cuando, el perro se acercaba al banco y olisqueaba mis pies.

—Explícame eso —dijo Will en el momento exacto antes de que el silencio fuera demasiado largo y pudiera convertirse en algo dramático, o bien en algo aburrido—. Si te apetece, claro.

—Es eso, tío —dije. Claro que me apetecía. A veces es más fácil sincerarse con alguien a quien conoces poco—. Siento que mi canal ya no me pertenece. Desde que Donald lo ha *hackeado*, es como si no fuera mío. ¿Te imaginas que un día llegas a casa y te encuentras a un pavo en tu habitación con tu pijama y tus zapatillas?

—No uso pijama —dijo para relajar—. Pero vamos, sí, me lo imagino.

—Aunque luego lo echas, o se vaya, el tío ha estado ahí, ha usado tus cosas... Te ha robado tu espacio, tu lugar más íntimo.

—¿También se ha puesto tus gayumbos, quieres decir?

Sonreí.

—Y se ha acostado con tu novia, ¿no te jode?

Reímos los dos.

—Te entiendo, tío —dijo Will comprensivo. Que metiera alguna coña de vez en cuando no quería decir que no me estuviera escuchando—. Es una mierda.

—Por eso siento rechazo por mi canal. Me da miedo entrar y no saber qué me voy a encontrar.

—Pero es tuyo, no puedes abandonarlo en la puerta de una iglesia, como se hacía hace un siglo con los bebés. Además, tu canal ya no es un bebé, llevas con él un montón de tiempo.

—Más bien es como un adolescente que se ha vuelto rebelde y no deja de dar por saco —dije continuando la metáfora.

—Pues a los adolescentes sobrados hay que atarles en corto. Un par de...

—Eh, eh... Sin violencia —dije.

—... un par de buenos consejos, quería decir.

—Qué huevos tienes —sonreí.

Volvimos a quedarnos callados unos instantes. Un silencio solo roto por el crujir de las pipas y las carreras del perro por el parque. De fondo llegaba el rumor del motor de algún coche que pasaba cerca. Un momento tranquilo y agradable. Al menos por fuera. Dentro de mí solo había ruido y agitación.

—Esto es como cuando a un equipo de fútbol el máximo rival le quita a su mejor estrella —soltó Will convencido. Alcé la cabeza interrogante, al estar sentado en el respaldo, me obligaba a torcer el cuello para mirarle—. La afición se lleva un disgusto, se enfadan, silban al presidente... Parece que se acaba el mundo. ¡El equipo rival de toda la vida ha entrado en tu casa y se ha llevado a tu estrella! ¿Y qué hace el presidente?

—Fichar a otro —dije como una verdad aplastante. Lo era.

—Eso. Fichar a una nueva estrella. Luego mete tres goles en el primer partido y ya nadie se acuerda del rebote que se pillaron con el presidente por dejarse robar a su jugador más importante.

—¿Quieres decirme que tengo que fichar a alguien? —Entendía solo a medias lo que Will quería decirme con la «parábola de los futbolistas y los presidentes».

—Bueno, si me quieres fichar a mí...

—Uf... —respondí—. No das el perfil. Para tener un personaje friki para reírme, a lo mejor.

—Lo que te quiero decir es que hagas algo más grande. Que no te escondas, que salgas.

—¿Hacer cómo si nada? —respondí con recelo; era lo que había hecho en el show y no me había salido bien, precisamente.

—No. Hacer como si «todo» —dijo convencido.

Me levanté y me puse de pie frente a él. Me estaba cansando de torcer el cuerpo para mirarle a la cara. También de no estar a la misma altura.

—Menos adivinanzas, tío. Suéltalo —le apremié.

—No sé... —dudó—. Cómo hacerlo es cosa tuya. Pero no hacer nada o hacer como si nada, que es lo mismo que no hacer nada, no es lo suyo. Yo haría «todo». Es decir, salir ahí y explicar lo que te ha pasado, que la gente lo entienda, que vean que lo has pasado mal, que eres humano, como ellos. Salir y decir: aquí estoy yo, Joel Graham, me han puteado, me han *hackeado*, han intentado hundirme... Ha sido una mierda. ¿Y qué? —Will se levantó y siguió hablando como si tuviera a una numerosa audiencia delante—. Sigo siendo un *youtuber* de la leche. No me escondo, al contrario, doblo la apuesta y vais a flipar con lo que vais a ver a partir de ahora. Si os gustaba lo que hacía antes, más os va a gustar lo que voy a hacer ahora. ¿Entendido?

Will se quedó callado. Hasta el perro, que no había parado de corretear hasta entonces, se había sentado frente a él y le miraba con la cabeza torcida y la lengua fuera. Los dos lo miramos y luego nos miramos entre nosotros. Al segundo, estallamos en una carcajada. El perro salió corriendo de nuevo consciente de que el espectáculo había terminado.

—Deberías dedicarte a la política —dije cuando me hube repuesto del ataque de risa—. O a vender sartenes antiadherentes en los programas de teletienda de la noche.

—Me he venido un poco arriba, ¿no? —preguntó algo cortado.

—¡Qué va! Me ha encantado todo lo que me has dicho.

—¿En serio?

—Voy a salir ahí y explicarlo todo. Si no eres tú quien cuenta tu historia, serán otros los que la cuenten por ti.

—¿Ves? —dijo admirado—. Esa frase no se me hubiera ocurrido a mí nunca. Se nota que te dedicas a esto.

—Y esto —dije ajeno a su comentario—, es lo que está sucediendo ahora: todo el mundo está contando lo que me ha pasado menos yo.

—Y la bola se hace cada vez más grande.

—Pero lo voy a cortar de raíz.

—¿Cómo? —Quiso saber Will con curiosidad.

—Para saberlo, vas a tener que suscribirte a mi canal —respondí enigmático.

Al día siguiente empecé a moverme por mis redes sociales desde primera hora. Quería que todo el mundo se enterara: «Joel Graham, vuelve». Programé una emisión en directo en mi canal para hablar con mis seguidores, para explicarles todo lo que me había sucedido, para dar mi versión de los hechos. No quería dar pena, ni que me compadecieran. Solo que me comprendieran. Que me escucharan. A mí, a la víctima de todo aquello. Mi última aparición pública fue en el show y mi imagen no había quedado lo que se dice bien parada. Es cierto que habían pasado ya varios días y los comentarios sobre mí iban a menos. Es lo que tiene internet: lo que no está pasando en ese momento, no tiene valor.

Aun así, «hacer un Joel Graham», es decir, hacer el ridículo más espantoso, todavía circulaba como meme en la red. Eso era lo de menos para mí. De hecho, uno de los motivos que usé en redes sociales fue ese: «Joel Graham hace un Joel Graham» impresionado sobre una imagen mía pataleando en el aire mientras dos seguras me sacaban del escenario donde iba a realizar el show. Me parecía que empezar riéndome de mí mismo era mejor que ponerme serio y a la defensiva. Era un guiño para mis seguidores, pero también para Donald. El enfado, la rabia, la frustración, se combaten fácilmente. El humor, solo puede combatirse con humor, y Donald no tenía recursos para ello. Solo para la burla y la destrucción. Nunca

podría responderme con un chiste. Ahí, al menos, sabía que yo era superior.

Hubo expectación desde el principio. Los «me gusta» de Instagram, retuits y comentarios de Facebook fueron inmediatos. Desde horas antes de la emisión en directo la gente empezó a volcarse en mí. No era lo que buscaba, no tan pronto, pero haber cambiado el tono, aparecer sereno y positivo había creado un clima mucho más relajado; como antes, como siempre: una comunidad de gente que solo quería divertirse con mis vídeos y que no quería malos rollos.

El resto del día me lo pasé pensando en lo que iba a decir en la emisión, ensayando un poco, preparándome para el momento. Las emisiones en directo me encantan. Son como los *Meet and Greet* que hago después de los shows, pero con mucha más gente y de todos los rincones del mundo. Hacía una cada cierto tiempo y todas habían salido bien. Esta era especial pero no por eso tenía que ser diferente. Solo echaba de menos una cosa: a Kevin. Él solía estar conmigo cuando estaba en directo. Me filtraba las preguntas que me llegaban por chat, me pasaba alguna nota cuando me quedaba en blanco, me daba ideas para respuestas. No salía en la emisión, claro, estaba fuera de plano. Era, digamos, mi ayudante, mi «pinche» de cocina. No solo me ayudaba él, alguna vez me ayudó Connor, pero su ayuda era más caótica que otra cosa. Prefería a Kevin: él entendía mejor la filosofía de mi canal y sabía que, para serme útil, debía pensar como yo, estar a mi servicio, cosa que Connor era incapaz de hacer. Traté de no pensar mucho en su ausencia. Aún no se había comunicado conmigo y no dejaba de resultarme molesto. Seguro que había leído mis mensajes en las redes sociales. No entendía por qué estaba haciéndose el interesante. Pensé que ya había desaparecido una vez, al principio, antes de conocerle personalmente. Temí que volviera a hacerlo.

Al mismo tiempo pensaba en Donald. ¿Cómo se iba a tomar una cosa así? La emisión en directo iba de él. No pensaba atacarle, ni ponerle verde. Humor, era la clave. Explicarme, reconciliarme con mis fans. Él no pintaba nada más en ese asunto que haber sido el instigador, el que lo empezó todo. Quería que su papel estuviera muy bien delimitado y no tuviera más protagonismo que ese. Pero no dudaba de que estaba al tanto de lo que iba a hacer esa tarde. ¿Qué mecha iba a prender con mi reaparición? Si lo nuestro era un diálogo, como creía, el turno era mío. Su última palabra fue en la conversación que tuvimos por videoconferencia y ahí aseguró que su objetivo era acabar conmigo. Desde entonces había estado muy calladito. Sin duda me estaba esperando. Y esa tarde yo iba a hablar. Y lo quisiera o no, también para él.

A la hora indicada, me senté frente a la cámara, respiré hondo, puse mi cara de bienvenida y empecé la emisión. En pocos segundos, ya había miles de personas viéndome. No me enrollé demasiado al principio.

—... es, lo que se dice, una putada —dije para terminar mis explicaciones

sobre lo que había pasado—. ¿Qué haríais vosotros si os pasara algo así, sin poder defenderos de un tramposo? Creo que lo mínimo que puedes hacer es hundirte como el Titanic. Lo único bueno es que yo no soy un barco y el cuerpo humano, como sabéis, flota. Y eso es lo que estoy haciendo: flotar. Y nadar para volver a la orilla y seguir estando con vosotros, que sé que me estáis esperando.

Las preguntas en mi *timeline* de Twitter saltaban a decenas. Era imposible atenderlas todas.

—Ya voy, ya voy... —dije para no impacientar a mis seguidores—. Me estáis acribillando a preguntas. A ver... —Me detuve a leer algunas—. Anda, mira, un troll. «Lo que te pasa es que no eres capaz de reconocer que los vídeos de Donald son mejores que los tuyos». —Miré a cámara—. ¿Qué hacemos con él? Mira, chincheta, que es lo que eres, si te gustan más los vídeos de... ya sabes, vete a su canal a verlos. Ah, que no tiene canal, que solo sabe meterse en el canal de otros para mostrar sus obras de arte. Qué pena... —dije con falsa tristeza—. Eso es lo que me diferencia a mí de él, y también de ti: que unos damos la cara y otros solo habláis si estáis escondidos. Cobardes... Seguro que en el cole eras de los que daba una colleja y luego se escondía detrás de la profe.

Más preguntas... —leí al azar, había cientos—. «¿Qué le harías si te lo encontraras en la cola del súper?». Esta es buena, *poker99* —así firmaba mi seguidor o seguidora—, es difícil que eso suceda. Primero, porque no suelo ir al súper. Ya conocéis mi nevera, ¿no? Os la presenté un día —era verdad: en una ocasión, salió en uno de mis vídeos—, Sahara, ¿recordáis? Pues si se llama así es porque nunca hay nada. Para llenarla tendría que ir a la compra y... ¡me da una pereza! Adelantando a las señoras con carrito, peleándome por la última cebolla... Pero vale, pongamos que alguna vez fuera a comprar..., no sé, pilas para el mando a distancia. ¿Cómo sabría quién es el tipo en cuestión? —seguía resistiéndome a decir el nombre de Donald—. A no ser que fuera disfrazado de Trump, no sabría cómo reconocerle. Pero ya, haciendo un esfuerzo superlativo e imaginando que voy al súper, que me encuentro con el susodicho y le reconozco..., ¿qué le haría? Lo tengo claro: le cantarí una jotica aragonesa, ¿no te jo...? Eso. En serio, me colaría delante de él en la caja. Así, a lo bruto. Se iba a enterar de quién es Joel Graham —dije con sorna. Humor, me repetía mentalmente.

—Otra pregunta... —Leí en la pantalla—. «¿Cuándo vas a volver a hacer un show?». Pues mira, *fuckinalondra*... ¡Joder, vaya nick! —Me reí—. ¿Qué te han hecho a ti las alondras? ¿Te han quitado a la novia? O al novio, que a las alondras les va la carne y el pescado, según me han dicho. A lo que íbamos. Creo que el próximo show lo voy a hacer desde un plasma, como los políticos. —Reí—. En serio... Estoy ensayando un nuevo número que os va a encantar: yo, cogido por dos gorilas de seguridad, dando volteretas en el aire y haciendo el *Dirty Dancing* al final. Sabéis, ¿no? Volando, solo sujetado por los brazos de los seguratas. —Hice la

parodia de la peli mientras tarareaba la melodía de la película —. Va a quedar de bonico...

Me estaba divirtiendo. Todo el miedo que había sentido por volver a ponerme delante de la cámara me parecía ahora una chorrada, un terror infantil sin pies ni cabeza. Ese era mi sitio y esa mi gente. El cerdo de Donald me lo quería arrebatarse y yo no iba a permitirselo. En una décima de segundo, mientras seguía charlando con mis seguidores, pensé que lo que me estaba pasando era como cuando te diagnostican una enfermedad que va a ser difícil de curar. Sigues tu vida, tu rutina, pero llevas el peso del virus encima, como una mochila que sabes que no vas a poder quitarte hasta que el tratamiento haga efecto. La irrupción de Donald en mi vida era algo así: un virus que estaba dentro de mí y que no dejaba de amenazarme. Algo que iba a costar eliminar. El tratamiento que había elegido hasta entonces —perder los nervios, desesperarme—, había hecho al virus más fuerte. El antídoto que estaba usando esa tarde —mis seguidores—, en cambio, parecía provocar un efecto más positivo. Al menos en mi organismo.

—... Más preguntas. A ver... —el *timeline* de Twitter bullía como nunca—. Hombre, uno con la foto de Trump en su perfil. Me gusta tu rollo, tío. A ver qué dices, *justicieroTrump*. —Su nick, y ya no me hizo tanta gracia—. «¿Qué opinan de lo que te ha pasado las amigas de tu madre en el club de lectura?».

Me quedé en silencio. Mi madre iba a un club de lectura del barrio. Pero podía ser una casualidad: «madre» y «club de lectura» es lo mismo que «madre» y «croquetas», es decir, una combinación de palabras que funciona para hacer chistes de marujas.

—¿Te interesa lo que opinen las amigas de mi madre? Eso si tengo madre y, si la tuviera, si tiene amigas y fuera a un club de lectura —solté para jugar al despiste—. Si de mi vida privada no hablo, de la vida privada de las amigas de mi madre, ni te cuento —dije con intención de zanjar el asunto. Cómo echaba de menos a Kevin, esa pregunta no habría pasado su filtro—. ¡Siguiente!

Buceé en el *timeline* buscando alguna pregunta interesante, pero volví a toparme con *justicieroTrump*. Insistía: «Sí que va a un club de lectura. Todos los jueves. Tus últimos shows deben de ser la comidilla del grupo». La idea de que detrás de ese nick estaba Donald cobraba cuerpo. Tenía que asegurarme.

—Perdonad, chicos —dije serio a cámara—, pero *justicieroTrump* está tocándome un poco... las partes nobles. Para él, y para todos, os advierto de que mi vida, es mi vida. Y mi familia es parte de ella. Esto —y señalé a mi alrededor—, es mi trabajo. Lo que está fuera de estas cuatro paredes no es parte del show. Y, o estoy medio ciego, o aquí dentro no está ni mi madre, ni mi padre ni la Virgen Santísima. Conclusión: si no están aquí, no existen para vosotros. *Capici?*

Trataba de que el tono no se me fuera y de que pareciera que aún me lo tomaba con humor. Pero era consciente de que no resultaba muy convincente. Me

disponía a reanudar la charla, pero un nuevo mensaje de *justicieroTrump* saltó en la pantalla: «Y tu hermana Grette, ¿lo ha comentado ya en el patio del colegio?». Me levanté de la silla y grité furioso a la pantalla.

—¡Deja a mi hermana en paz, hijo de puta!

¿La había cagado? ¿Otra vez? Miré a mi imagen en la pantalla del ordenador, la misma imagen que se estaba viendo en todo el planeta en ese momento: yo, de pie, en un gesto congelado, amenazando con el dedo a un enemigo imaginario. Sí, la había cagado.

—Lo siento, chicos —dije tratando de recuperar la compostura—. Dejad a mi gente en paz, os lo suplico.

Pero ya era tarde. La pregunta de *justicieroTrump*, o sea, de Donald, y mi reacción ya habían prendido la mecha de nuevo. Aunque yo no la hubiera leído en voz alta, el *timeline* es público. Las preguntas y la charla tranquila dio paso a comentarios hirientes: «¿Tienes una hermana? ¡Preséntanosla!»; «Qué calladito te lo tenías...». Y no solo eso. Mi reacción de rabia también había desatado la creatividad de la gente que estaba viendo la emisión: «¡Ataca, Joel, ataca!»; «Cuidado, que viene el rottweiler»; «¡Llamad a los de seguridad!».

—A ver, por favor... —Quería mantener la calma, pero me estaba costando—. Olvidemos todo esto, ¿vale? Perdonad, pero soy muy celoso de mi intimidad y no tolero que se hable de gente cercana que no tiene nada que ver con...

Mientras hablaba, mi mirada se posó en un nuevo mensaje de *justicieroTrump*: «Es adorable. Me encanta ver cómo juega con sus amigas en el parque».

—¡Hijo de la gran...!

Me levanté de la silla y salí corriendo del estudio sin detener la emisión. Estaba ante un psicópata y temí que fuera capaz de acabar conmigo y los míos.

9.

Corrí. Mejor dicho, volé a casa de mi madre. Podía haber llamado, pero no se me pasó por la cabeza. El último mensaje de Donald (estaba seguro de que era él), me había hecho saltar de mi silla y me había empujado con una fuerza desconocida hacia mi coche. Conduje sin pensar y aún hoy me asombra que llegara vivo a la calle donde vivían mi madre y Grette. No se tarda más de media hora en recorrer la distancia que hay entre mi casa y la suya. Esa tarde no sé en cuánto lo hice. En menos, seguro. Como me pasó en mitad del show, perdí la noción del tiempo. Las amenazas de Donald me estaban trastornando. Era capaz de hacerme perder el control y eso era lo que hacía que mi acosador siempre fuera por delante. No servía de nada que me mentalizara, que me preparara, que intentara adivinar su siguiente paso. Hiciera lo que hiciera, Donald siempre ganaba la batalla.

— ¿Estáis bien? — pregunté a mi madre jadeando cuando me abrió la puerta.

— Joel, hijo, ¿qué te pasa? — respondió preocupada.

— Solo dime que estáis bien, por favor.

— Claro. ¿No lo ves?

— ¿Y Grette?

— Dando su clase de violín — me tranquilizó—. Estamos perfectamente. ¿Y tú?

Miré a mi madre desolado. Fue en ese momento cuando tuve la sensación de que recobraba la razón desde que salí de mi estudio.

— Pasa, hijo. — Me agarró del brazo y me hizo entrar.

No podía disimular mi estado, menos ante mi madre. Tienen un radar, un sexto sentido para saber lo que les pasa a sus hijos. La última vez que vino a mi casa aún pude salir del paso y darle largas. Pero esta vez, viendo cómo había llegado, era imposible disimular.

— No estás bien, Joel. Necesitas ayuda.

— Sí, ¿pero cuál? Ese tío... — No sabía qué sabía mi madre y qué no. Supongo que todo. En su club de lectura los chismes corrían como la pólvora.

— A ese «tío» ya le está buscando la policía. ¿Por qué no dejas que hagan su trabajo y le cojan?

— Si fuera tan sencillo...

— Haces todo lo que puedes, hijo. No te presiones de más.

Eran palabras que no servían de mucho, pero dichas por mi madre, me

reconfortaron. Sentado en el sofá, me apoyé en su pecho y estuve un rato así, con la mirada perdida en las líneas del parqué que tantas veces había mirado de niño. Su respiración y su mano acariciándome el pelo me llevaron a un estado de paz y somnolencia que hacía tiempo que no experimentaba. Si el ser humano pudiera elegir vivir así, apoyado en el pecho generoso de su madre, sin duda no haría otra cosa.

—Todo se arreglará, Joel —susurró.

Afirmé con la cabeza. Me lo creí. En esos momentos, cualquier cosa que me dijera la iba a creer. Todo me pareció pequeño y fugaz: mi carrera de *youtuber*, mis vídeos, el acoso de Donald y cómo me estaba hundiendo la vida. Todo me parecía lejano y sin importancia. Después de la tormenta venía una calma infinita. Quería cerrar los ojos e instalarme en el sueño, donde todo era más fácil. Todo era perfecto: mi madre abrazándome, Grette estudiando en su habitación. Todo ello representaba el orden, las líneas bien dibujadas, el plan de vuelo diseñado con esmero y luego cumplido. Me dejé ir y cerré los ojos.

Las notas torpes de Grette al violín se confundían con el aclarado de la lavadora que sonaba de fondo. Mi hermanita repetía una y otra vez el mismo compás. Una melodía interrumpida desde su inicio. Después de varios intentos, por fin logró arrancar y, desde las puertas del sueño en el que me hallaba, imaginé las notas que salían de su violín escalando una pendiente, luchando por abrirse paso en el pentagrama y cumplir su función de armar la melodía que Grette amenazaba con disolver a cada inclinación de arco. Tras unos segundos, la melodía cobró forma y por fin tomó cuerpo. Sonreí. Sabía que lo conseguiría, sabía que Grette lo haría. Pero la sonrisa se apagó en seguida. No porque Grette se confundiera otra vez. Al contrario, había cogido carrerilla y podía escuchar la melodía con total nitidez. Era esa. La melodía de los vídeos de Donald.

—¿Quién está con Grette? —dije tras incorporarme de un bote. Mi madre me miró desconcertada y con un leve gesto de enfado. Creo que empezaba a estar un poco harta de mis altibajos.

—Su profesor de violín —dijo con la máxima paciencia—. ¿Qué problema hay ahora?

Como respuesta, salí corriendo por el pasillo hacia la habitación de Grette. ¿Era Donald quien estaba ahí? Era una idea absurda, pero, ¿no era todo lo que me estaba sucediendo una auténtica locura? Abrí la puerta de golpe.

—¿Quién coño eres? —pregunté al chico que estaba con Grette.

—Hola, Joel —saludó mi hermana deteniendo su interpretación y bajando el violín de su barbilla—. ¿Qué te pasa?

—Di, ¿quién eres? —insistí mientras me encaraba con el chico. No debía de tener más de veinte años y por la cara de susto con la que me miraba, no debía de estar entendiendo nada.

—Yo..., el profe de...

—¡Dilo, joder!

—Joel... —gimoteó Grette que, asustada había retrocedido dos pasos y buscaba protección apoyándose en la pared.

—¿Por qué tocas esa canción? ¿Quién te lo ha pedido? —insistí. El chico estaba cada vez más bloqueado.

—Es... del programa.

—¿Te envía Donald? —preguntaba sin escuchar sus respuestas. No las quería, en realidad. Solo deseaba que él fuera Donald. Pero no. No lo era.

—¡Deja al chico! —Escuché a mi espalda. Era mi madre—. ¡Déjalo ahora mismo!

Me giré y al verla en la puerta me costó reconocerla. Nunca la había visto tan enfadada.

—Mamá... —supliqué como un crío—. Es la melodía... —dije como si todos los presentes supieran de qué estaba hablando.

—Perdona, Bernie —dijo mi madre dirigiéndose al profesor de mi hermana. Avanzó hacia él y le pasó el brazo por el hombro para alejarlo de mí. Por un momento me vi desplazado, sustituido como destinatario del afecto que mi madre me había dado en exclusiva hacía unos segundos, cuando estábamos en el sofá.

—Está loco... —respondió el chico aún impactado.

—¿Por... por qué tocaba esa melodía? —pregunté con sensación de haber hecho el ridículo. A esas alturas ya era consciente de que todo había sido un malentendido.

—Es lo que se estudia en primero de violín, ¿yo qué sé? Se la mandan en el conservatorio.

Miré a Grette, que aguantaba las ganas de llorar, apoyada contra la pared y abrazando su violín, como si el instrumento fuera a protegerla de mí. Luego miré a mi madre, que me observaba severa, los brazos separados del cuerpo, en posición de alerta. Luego posé mi mirada en Bernie, que no quitaba sus ojos de mí, aún enojado y dispuesto a actuar si se reproducía el brote que me había llevado a irrumpir ahí e interrumpir su clase.

—¿Es eso verdad? —pregunté a Grette.

—Joel, Bernie estudia último curso de violín. Da clases a Grette para sacarse un dinero —aclaró mi madre.

—¿Conoces a Donald? —Me miró perplejo. No sabía de qué le hablaba—. ¿Das clases en su casa? —preguntaba sin rumbo. Estaba naufragando.

—Solo doy clases a Grette. —Empezó a recoger sus cosas—. Es mejor que me vaya. —Y salió sin decir nada.

—Espera... —dije tratando de retenerle, pero mi madre me detuvo

agarrándome del brazo. No insistí.

—No estás bien, Joel.

No, no lo estaba.

«Perder», esa era la única palabra que tenía en mi cabeza cuando llegué a casa. «Perder» escrito en mayúsculas, en letras de neón, culminando el edificio más alto de la ciudad, parpadeando... Escrita en cualquier formato pero omnipresente en mi mente. Eso era lo que me estaba sucediendo: PERDER. No el juego con Donald. Ningún juego se pierde o se gana hasta que se termina, y el juego en el que estaba participando no parecía que hubiera llegado todavía a su fin. Mi sensación era que, desde que hice el maldito vídeo de la llamada, lo único que había hecho era perder: a mis amigos, a quienes había dejado de lado; a Kevin, que se había cansado de mis ataques de nervios —que yo aún consideraba justificados—; a mi madre y a Grette, que habían sido testigos de mi agresividad con el pobre chaval que daba clases de violín. Perder seguidores, perder prestigio como *youtuber*, fama o éxito, era irrelevante al lado de perder a la gente que me rodeaba. Y de eso no podía culpar a Donald, lo había hecho yo solito. Él había trazado una senda y yo me había perdido en ella. ¿Era eso a lo que se refería cuando me advirtió de que no iba a parar hasta que acabara conmigo? Perder a mi gente era mucho peor que perder mi canal. Si lo que buscaba era acabar conmigo, lo estaba consiguiendo. Lo había conseguido. Estaba solo.

En silencio, derrumbado en el sofá, escuché el zumbido de mi móvil. Como una señal, justo cuando llegué a la conclusión de que estaba solo, sonaba mi teléfono. Tal vez no estaba todo perdido. Como un crío que busca por toda la casa los juguetes de los Reyes Magos, recorrí cada rincón tratando de encontrar mi teléfono antes de que se cortara la llamada. ¿Por qué siempre lo tengo en silencio?, me reproché. ¿Por qué siempre lo dejo tirado en cualquier sitio?!, me maldije. La llamada se cortó antes de que lo encontrara. Mierda. Inmóvil, en mitad del salón, esperé unos segundos. Como deseaba, el móvil volvió a sonar. Solo podía ser Kevin. Esta vez tuve más suerte y lo encontré debajo del sofá. No es extraño, muchas veces lo dejo en el suelo, sobre la alfombra, cuando estoy tirado viendo la tele. La pantalla parpadeaba iluminada.

—¡Kevin! —exclamé como si se tratara de un primo que hace décadas que no veía—. No te lo vas a creer, pero me alegro de escucharte.

—¡Corta la emisión! —dijo Kevin al otro lado atacado.

—¿Cómo? —No entendía a qué se refería.

—Llevas más de tres horas emitiendo en tu canal. ¡Córtalo!

¡La emisión! Había salido corriendo de casa cuando Donald apareció en el chat de mi directo y no me había preocupado de cortar la emisión. Me quedé paralizado, con el móvil en la oreja.

—¡Espabila! —insistió Kevin.

Sin responder ni cortar la llamada, tiré el móvil en el sofá y salí corriendo hacia mi estudio. Sin embargo, antes de entrar, frené en seco. Mi dignidad ya importaba poco, mucho menos mi dignidad como *youtuber*, pero una cosa era ser el hazmerreír de la comunidad, y otra entrar como un poseso en mi estudio para cortar la emisión y que todo el mundo —porque no dudaba de que había miles de personas esperando ese momento— lo viera. Retrocedí sigilosamente, una reacción absurda porque ahí, en el pasillo, nadie me veía. Entré de nuevo en el salón y apagué el *router*. Se acabó el *wifi*, se acabó la emisión. Por si acaso, fui junto a la puerta de la entrada y bajé los plomos. Un fundido a negro, un apagón. Como en mi propia vida.

Al regresar al salón, escuché la voz metálica y apagada que salía del móvil.

—¡Joel! ¡Coge el puto móvil! —gritaba Kevin.

Rescaté el teléfono del sofá y me lo llevé a la oreja, esta vez sin el entusiasmo que había experimentado hacía unos segundos, cuando descolgué.

—Joder... —dije.

—Eso digo yo: jo-der. ¿Qué tienes en la cabeza, tío?

—¿Has visto todo lo que ha pasado? —pregunté para que los hechos hablaran por sí solos y no tuviera que dar ninguna explicación.

—Más o menos —respondió Kevin—. Sí, vamos.

—Pues eso. Donald insinuó que seguía a mi hermana y salí pitando.

—Ya —dijo Kevin sin más. No era una respuesta muy conciliadora, pero, al menos parecía que había enterrado el hacha de guerra.

—Otra cagada, ¿no?

—Gorda.

Me quedé en silencio. Kevin también. Parecíamos dos viejos amigos dándose el pésame por la muerte del pariente de uno de ellos.

—¿Qué más da una más? —dije con convencimiento.

—Visto así, nada.

—¿Hay otra manera de verlo?

—No. Supongo.

Volvimos a quedarnos callados. Ni una bronca, ni un «ánimo, Joel», ni un «Ya te vale». Nada. Kevin no era capaz de decirme nada.

—¿Necesitas algo? —me preguntó. A esas alturas ya no tenía ninguna duda de que Kevin seguía enfadado. Por lo del anunciante, por lo de la emisión, porque todo se había ido a la mierda.

—No. Supongo.

—Ya hablaremos en otro momento, ¿vale?

—Claro. —No quería presionarle para hablar. Tampoco tenía ganas de reprocharle haber desaparecido esos días. Ya habría tiempo para eso.

—Borra el vídeo.

—¿Cómo?

—El vídeo del directo, que lo borres. Casi todo el tiempo es tu silla vacía. A no ser que quieras pasarte al videoarte, no tiene interés.

—Ya.

—Chao —respondió. Y colgó.

Volví a subir los plomos y a encender el *router*. Como un sonámbulo, entré en mi estudio y encendí mi ordenador. Inicé mi sesión en la plataforma y eliminé el vídeo de mi directo. No me molesté en mirar el número de visitas ni las estadísticas. Tampoco los comentarios. Lo borré sin más. Tuve la sensación de que, con ese gesto, se cerraba una etapa de mi vida. Suena exagerado, pero sentí que, al hacerlo, me quitaba un peso de encima.

Regresé camino del salón. Quería tumbarme en el sofá y cambiar de canal en la televisión hasta borrar los números del mando a distancia. No tenía ganas de otra cosa. Pero antes de sentarme, sonó el timbre de la puerta. No pensaba abrir. Ni de broma. Si era mi madre, estaba lo suficiente avergonzado como para verla. Además, ella podía llamar, pero si no contestaba, no tendría reparo en abrir con su llave. Podía ser Kevin. Algo así era típico de él: llamarme desde el portal y luego subir. Pero no, la conversación había terminado de forma seca y no parecía que mi representante tuviera ganas de verme en ese momento. ¿Quién podía ser? El timbre volvió a sonar. Seguí sin moverme, no quería que, quienquiera que fuese, pensara que estaba en casa. Llamaron una vez más.

—Abre, Joel, sabemos que estás ahí —dijo Connor al otro lado.

Mis amigos. Había regresado a casa esa tarde con la palabra «perder» en la cabeza. Y puede que fuera así, pero al menos en ese momento había olvidado la palabra. Fui a la puerta y abrí.

—¿Qué hacéis aquí?

—Evitar que acabes convirtiéndote en un capullo —dijo Connor entrando sin preguntar.

—Y no te plantes en medio, que vamos a entrar te pongas como te pongas —me advirtió Silvestre pasando delante de mí.

—Os lo dije. Se le convence con pizzas, no con pelis frikis —dijo Jan que entró cargado con varias cajas de pizzas—. Hemos traído una de anchoas y piña.

—Esa tan asquerosa que solo te gusta a ti —dijo Silvestre.

Antes de que pudiera decir nada, mis amigos ya habían entrado en el salón. En la puerta solo quedaba Flavia, la única que parecía dispuesta a pedir permiso para entrar. La miré interrogante.

—¿Puedo ir al baño? —preguntó cortada.

10.

—¿Esperas a alguien más o vienes antes de que Connor se coma todas las pizzas? —dijo Silvestre desde el salón.

Entré en el salón y me encontré a mis amigos abriendo las cajas y repartiendo refrescos. Era una imagen habitual en mi vida: después del videoclub de Silvestre, mi casa era nuestro segundo lugar de reunión.

—Esta es la de Joel —dijo Jan señalando una pizza donde las anchoas surcaban los trozos amarillos de la piña.

—No sé cómo puedes comértela —dijo Silvestre—. Aunque solo sea por su aspecto dan ganas de echarse cuerpo a tierra.

—A mí me gusta, ¿qué pasa? —me defendí al tiempo que me hacía hueco para sentarme en el sofá. Era fácil estar con ellos, me sentía a gusto—. Y es la más sana: fruta y pescado.

—Si la llevamos a analizar, seguro que sale que es tóxica —resumió Connor.

—Flavia, ¿una porción de *pepperoni*? —preguntó Jan a su novia, que acababa de entrar.

Flavia se sentó en el suelo y empezó a engullir la pizza mientras nos miraba a todos con los ojos muy abiertos. No hablaba mucho, pero nunca tenías la sensación de que estaba ausente.

—¿Qué tal los entrenamientos? —pregunté—. He estado un poco liado estos días, pero espero volver ya.

—¿Liado? —preguntó Connor incrédulo.

—Tío... —le reprendió Jan—. Connor quiere decir que lo entendemos y que...

—Se te ha ido la olla, tío —dijo Connor. No se cortaba un pelo y eso era parte de su encanto, aunque escociera.

—¡Que espero volver a jugar esta semana! —me defendí—. Tampoco soy tan importante, ¿no? Porque estamos los justos para el equipo titular, que si no, iba a chupar más banquillo...

—No, si el fútbol es lo de menos.

—Ya —dije. Lo había entendido desde el primer momento, pero deseaba con todas mis fuerzas que se estuviera refiriendo a la liguilla y no al caos en el que se había convertido mi vida. Se me había ido la olla, sí, y Connor tenía todo el derecho a recordármelo.

—Pues no está tan mal —dijo Jan con la boca llena después de dar un bocado a mi pizza. No soportaba el mal rollo.

—Sí, se me ha ido —dije ignorando su intento por cambiar de tema—. Pero ya está. Se acabó.

—¿El qué? —preguntó Silvestre alarmado.

—Todo —respondí—. Bueno, menos el fútbol.

—¿Vas a dedicarte al fútbol en exclusiva? —preguntó Flavia—. Pero si acabas de decir que...

—¿Qué es lo que se acabó? —insistió Silvestre interrumpiéndola.

—Ni de coña —dijo Connor. Todos sabían a qué me refería, pero solo Connor se atrevía a admitirlo.

—Se me ha ido la olla, tú lo has dicho —me expliqué—. Y esto ya no lo remonto. Es mejor dejarlo y dedicarme a otra cosa.

—Pero, tío... —protestó Silvestre—. No puedes abandonar.

—Va a cerrar su canal —le explicó Jan a Flavia, que se había quedado con la boca abierta a medio masticar un trozo de pizza—. Eso es lo que dice que se acabó.

—Ah —respondió Flavia y siguió masticando—. ¡¿Cómo?! —Reaccionó un segundo después, cuando su cerebro procesó la información.

—Se te está yendo la olla otra vez —dijo Connor—. Y mucho.

—Pero, ¿qué queréis que haga? Cada vez que abro la boca, la cago. No sé qué hacer, qué pasos dar, cómo arreglar esto. A lo mejor todo esto ha pasado porque tenía que pasar y era el momento de dejarlo.

—Pues menuda mierda —dijo Silvestre.

—Con lo que molaba tener un colega famoso —dijo Jan.

Nos quedamos en silencio. Solo Flavia comía. Los demás mirábamos a cualquier sitio con la mirada perdida. Parecía un funeral. Y en cierto modo lo era. Estábamos ahí reunidos para celebrar el fin de mi carrera como *youtuber*. No había ataúd, ni lápidas, ni nadie con traje negro, pero el silencio que nos envolvía en ese momento era idéntico al que se escucha cuando se ha ido alguien para siempre. Uno siempre fantasea sobre quién irá o no a su entierro. Y se imagina que ahí estarán sus seres más queridos. Que todos le recordarán con cariño y contarán anécdotas brillantes de su vida. Es una fantasía, nadie estará ahí para verlo. En esos momentos, sin embargo, me sentí un privilegiado por poder estar presente en el momento en el que una parte de mi vida se iba para siempre. No iba a volver a ser *youtuber* y en la despedida me gustaba estar rodeado de mis amigos.

—Cobarde.

Fue Connor quien rompió el silencio. Todos le miramos. Jan con pánico. Nadie le contestó, mucho menos yo. Aunque escocía.

—¿Vas a dejar que gane? —insistió.

Tampoco dije nada. El resto me miraron fugazmente pero luego bajaron la

mirada al suelo cortados.

—Pues yo no —dijo Connor levantándose con energía.

—Ni yo —dijo Silvestre—. Vamos, ni lo pienses.

—¿Cómo? —pregunté desconcertado. Me podía esperar cualquier cosa de mis amigos, pero esta me había descolocado por completo.

—Que tú no te rindes —dijo Jan sumándose a los otros dos.

—Pero... ¿qué vais a hacer? —pregunté aún conmocionado por lo que estaba pasando.

—No tenemos ni idea —reconoció Connor, que se había situado de pie frente a mí para dirigir la rebelión—. ¿Por qué no nos lo dices tú?

—¿Yo? —respondí incrédulo—. Lo he intentado todo: dar la cara, explicarme...

—¿Y la poli? —preguntó Jan.

—¿La poli? —dije con desdén—. Supongo que investigarán el caso dentro de diez años, cuando resuelvan los setecientos crímenes que hay por delante. He investigado por mi cuenta, pero no soy Sherlock Holmes. —Y me acordé de Will, que me había llamado así hacía unos días—. No doy más de mí.

—¿Qué has investigado? —quiso saber Silvestre.

Les conté que había aparecido un mensaje en mi pedido de comida, que había hablado con Donald por videoconferencia, que había seguido a Rick, el repartidor. También les hablé de la melodía de violín, del ridículo que había hecho esa misma tarde con el profesor de Grette. Eran las únicas pistas que creía que me acercaban a Donald, pero ninguna había tenido éxito.

—Hay que encontrarle —dijo Flavia, que había seguido comiendo sin perderse ni una línea de mi relato. Todos la miramos confundidos.

—Obvio —respondió Connor.

—Es lo que llevo intentando hacer desde hace días, ya os lo he dicho —le aclaré con paciencia.

—El problema es que el cabrón está bien escondido —dijo Silvestre.

—Y sabe lo que hace —afirmó Jan con cara de resignación.

—A Donald, no —dijo Flavia. Todos volvimos a mirarla desconcertados—. Al profesor de violín. La melodía es la única pista que tenemos. Gracias al profesor de Grette, sabemos que es una pieza que se estudia en primero de violín, ¿no? Pues ya está.

—¿Cómo no se te había ocurrido antes, Joel? —me preguntó Connor con ironía—. Gracias, Flavia, el Cuerpo Nacional de Policía se ha perdido a una gran investigadora.

—No te pases —dijo Jan molesto.

—Perdona, pero, ¿en qué nos ayuda eso? —se disculpó Connor—. ¿Vamos a las casas de todos los chavales que estudian violín en la ciudad? Qué digo..., ¿en el

país entero! Que tampoco sabemos dónde vive Donald.

—Niños que estudien violín puede que haya muchos, pero profesores que den clases particulares... —dijo Flavia.

—Eso sí —dijo Silvestre consciente de que el razonamiento de Flavia tenía futuro. Cuando estaba inspirada, estaba inspirada, había que reconocerlo.

—Ya, pero, ¿que no sabemos si es de aquí! —insistió Connor. No le gustaba no tener razón y se agarraba a cualquier cosa con tal de mantenerla.

—Y viene a la ciudad para dejar notitas en las bolsas de pedidos de comida rápida, ¿no? —le replicó Jan burlón como venganza por haberse metido antes con su chica.

Connor se calló. No tenía más argumentos. Todos nos quedamos callados. Me sentía desubicado. Hacía tan solo unos minutos quería extender el certificado de defunción de mi canal y, con él, el de mi carrera como *youtuber*. Ahora, mis amigos insistían en seguir luchando. Pero la idea de Flavia se me antojaba inabarcable.

—¿A qué estamos esperando? —dijo Connor.

Al instante todos, incluida Flavia, se pusieron en marcha. Solo yo me quedé sentado en el sofá.

—Pero, ¿cómo vamos a dar con él? —pregunté sin saber qué hacer.

—Ni idea, pero si no está en Google, no existe —respondió Jan—. No te importa, ¿no? —dijo tecleando en mi portátil.

—¿Conservatorio de música? —preguntaba Silvestre por su teléfono—. Mi hijo necesita una profesor particular de violín, ¿podría aconsejarme alguno?

—Qué crack —sonrió Connor—. Su hijo...

—Yo... —empecé a decir. Estaba emocionado con la reacción de mis amigos.

—Menos discursitos y más currar. Busca tiendas de instrumentos. Ahí seguro que saben quién puede dar clases.

—¿... Que qué edad tiene mi hijo? —decía Silvestre al teléfono—. No sé... ¿Cuatro años?

—¿No sabe la edad de su hijo? —preguntó Flavia a Jan mientras anotaba en una libreta los teléfonos que su novio iba encontrando en internet.

—Normal. No tiene —respondió Connor.

—¿Cuántos años tiene tu hermana, Joel? —me preguntó Silvestre tapando el auricular.

—Nueve —respondí en voz baja mientras buscaba tiendas de instrumentos en mi *tablet*.

—Nueve, nueve años... —dijo Silvestre al teléfono—. Claro que sé la edad de mi hijo. Cuatro tiene el pequeño, que estudia clarinete.

—No, si va a tener familia numerosa, al final —se mofó Connor—. ¿Me vais dando teléfonos?

Había traído una pizarra que tenía en mi estudio y la había apoyado sobre la mesa. Jan y Flavia le fueron dando números. Yo conseguí otros en las tiendas de música. Silvestre, tras hablar de sus hijos un buen rato, consiguió otros tantos. En total, reunimos los números de diecisiete profesores particulares de violín.

—Muchos me parecen —dijo Silvestre.

—En la vida me hubiera imaginado que hubiera tantos padres interesados en que sus hijos les destrozaran los tímpanos —reflexionó Connor—. Este mundo está loco.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jan—. Seguir a los diecisiete todos los días hasta todas las casas donde van a dar clases nos va a llevar la tira.

—Bueno... —pensaba Silvestre—. Somos cinco. Si cada uno se encarga de tres...

—Podemos eternizarnos —sentenció Connor.

Nos quedamos mirando la pizarra en silencio, como si entre nombres y números de teléfono fuéramos a encontrar la solución.

—Un momento —dije sin apartar la mirada del jeroglífico de la pizarra—. Las dos veces que me he comunicado con Donald ha sonado la melodía, pero la primera vez sonaba mejor que la segunda.

Mis amigos me miraron interrogantes. No sabían a dónde quería llegar.

—Es un profesor al revés, ¿es lo que quieres decir? —preguntó Connor con sorna.

—¿Al revés? ¿Bocabajo? —dijo Flavia desconcertada.

—Es un chiste de Connor —le explicó Jan— para decir que en lugar de enseñar...

—... «Desenseña» —aclaró Silvestre—. Típica chorrada de Connor.

—Ah —respondió Flavia, que tenía cara de no haber entendido la gracia.

—Es raro, sí —dijo Connor serio—. Ningún alumno toca peor con el tiempo. Como mínimo, sigue tocando igual de mal.

—Es eso —proseguí—, o... —y me quedé callado, tratando de hilar lo que de verdad quería decir.

—¿O...?

—No es un profesor que va a domicilio. —Les miré uno a uno antes de terminar—. Es uno que recibe a domicilio.

Todos me miraron asombrados, como si fuera imposible que no hubiéramos llegado antes a una obviedad como esa. No solo era un gran descubrimiento, también nos facilitaba mucho la búsqueda.

—Entonces... —dijo Flavia—, Donald es vecino del profesor.

—O es el propio profesor —añadió Connor entusiasmado.

Como cuando les revelé mi descubrimiento, todos miramos esta vez a Connor. Pero nuestras caras no eran de asombro, más bien eran de incredulidad.

—¿Qué dices, tío? —preguntó Silvestre sin dar crédito.

—¡Pensadlo! ¡Es profesor de violín! ¡Todo cuadra! —insistió.

—Y acosa a Joel mientras un mocoso le destroza los oídos en la habitación de al lado, ¿no? —dijo Jan con ironía.

—Ya, visto así... —Se rindió Connor.

—Pues entonces, ya sabemos qué tenemos que hacer, ¿no? —les apremió.

—Sí, perdona —dijo Flavia, que se puso a recoger los restos de la cena.

—No, cariño —la interrumpió Jan—. Se refiere a la búsqueda del profesor.

—Ah... —Sonrió Flavia avergonzada.

Al mismo tiempo, todos cogimos nuestros móviles dispuestos a llamar uno a uno a los profesores de la lista para saber quién daba clases en su casa y quién no. Cuando iba a marcar el primer número, sonó el timbre de casa. Nadie se inmutó, solo yo parecía que lo había escuchado. Sin ánimo de entretener la tarea de mis amigos, me levanté y fui a abrir. No pensé en quién podía ser. Mi madre, tal vez. Dudaba que fuera Kevin. Era Will.

—¡Hola, tío! —le saludé efusivo. Me parecía una gran noticia que hubiera aparecido. Estaba deseando presentárselo a mis amigos.

—¿Qué pasa, Sherlock? —llamarme así ya se había convertido en una costumbre— ¿Cómo lo llevas?

—Bien, bien... —Y era como me sentía en esos momentos—. Pasa, que estoy con mis colegas.

—Ah —dijo cortado. Me eché a un lado para que pasara, pero se quedó clavado en la puerta. Me sorprendió, no le tenía por una persona tímida.

—¿Pasa algo?

—No, ¡qué va! —dijo tratando de recuperar el tono amigable—. Es que solo pasaba para pedirte disculpas.

—¿Disculpas?

—¡Bingo! —se escuchó decir a Silvestre desde el salón.

—¿Estáis jugando al...? —preguntó Will sorprendido.

—¿Eh? Ah... No, no, no estamos jugando al bingo. Es que estamos buscando a un profesor de violín, por lo de la melodía, ¿te acuerdas?

—¿Un profesor?

—Sí, creemos que Donald vive al lado de uno y... ¿por qué no pasas y te lo cuento?

—No, tío, de verdad. Además, me tengo que ir a currar, que llego tarde. Solo pasaba para pedirte disculpas por haberte metido en el embolado del directo.

—¿Es por eso? —Sonreí. Me sorprendió que estuviera preocupado por algo de lo que no tenía la culpa.

—Sí, yo te di la idea y ya me he enterado de cómo ha terminado. Lo siento, tío.

—No te preocupes. Que yo sepa, no me has puesto una pistola en la sien para hacerlo. Tu idea era cojonuda, solo que se torció. O la torcí yo, más bien. ¿Seguro que no quieres pasar? Me encantaría que conocieras a mis colegas.

—Joel... —dijo Connor asomándose al pasillo—. Ah... Hola —saludó al ver a Will.

—Este es Connor —le dije a Will—. Un capullo, pero buen tío. Te presento a Will, un colega.

—Encantado —saludó Connor. Luego se dirigió a mí—. ¿Vienes? Hemos acotado la lista un huevo. Solo hay cuatro que den clase en su casa.

—¡Cojonudo! —exclamé.

—Os dejo —se despidió Will—. Otro día me cuentas qué tal la investigación.

—¡Claro!

Cerré la puerta y me dispuse a entrar en el salón, pero Connor seguía ahí. Mirando hacia la puerta cerrada.

—¿Qué te pasa?

—Ese tío... ¿De qué le conoces?

—Trabaja en el restaurante donde pido comida a veces. Nos hemos hecho colegas. Es un crack.

—En el restaurante —repitió Connor.

—Sí —afirmé interrogante y algo impaciente.

—De donde salió la bolsa que tenía la nota de Donald.

—¿A dónde quieres llegar, Connor? —Su sospecha me estaba molestando.

—Blanco y en botella, Joel. Tu verás —dijo antes de darse la vuelta y meterse de nuevo en el salón.

Me quedé en la entrada pensando en lo que había querido insinuar Connor y mirando hacia la puerta cerrada, como si mirar hacia donde se había ido Will fuera darme alguna respuesta. ¿Will compinchado con Donald? No podía creerlo. No quería.

11.

No, no podía creerlo. No podía creer que Will hubiera sido cómplice de un personaje tan siniestro como Donald. Era, además, demasiado evidente. Despreciaba a Donald con toda mi alma, pero le reconocía bastante habilidad para hacerme daño. Acercarse a mí a través de Will me parecía burdo, muy lejos de su nivel de maldad.

No volví a hablar del tema el resto de la velada. Tampoco Connor, que, tras dejar la semilla de la sospecha, no había vuelto a mencionar a Will. Por un momento pensé que todo respondía a un ataque de celos. Connor era mi mejor amigo y ver cómo otro colega aparecía en mi vida podía haberle puesto en alerta. Me parecía una idea absurda, Connor era un tío generoso, pero quería agarrarme a ella, a cualquiera, antes de pensar que Will me había traicionado. Al mismo tiempo, ¿qué sabía de él? Nada. Apenas nos habíamos visto tres veces pero, por algún motivo, me había hecho sentir cómodo. Habíamos cogido confianza muy deprisa, era cierto, pero, ¿hay que conocerse profundamente para pasar un par de buenos ratos con alguien? ¡Como si fuera una novia! No, no podía ser, me repetía. Pero, ¿y si era?

Mis amigos se fueron casi a medianoche. Se había hecho tarde para intentar cualquier avance sobre el tema de los profesores, así que nos pasamos el resto del tiempo hablando de las chorradas habituales. Agradecí que así fuera, necesitaba sentir que, al menos, había algo que seguía como siempre. Pero mi cabeza se iba una y otra vez a la sospecha que me había presentado Connor. Cuando se hizo tarde, empecé a bostezar y, argumentando agotamiento, les invité a irse. Deseaba quedarme con mis pensamientos, para saborear a solas el mal trago. Los malos tragos, en realidad.

Una vez solo, retomé la idea de abandonar mi canal. Mis amigos me habían animado a no rendirme y gracias a ellos aparqué la idea. Pero solo la había aparcado. En cuanto se fueron volví a pensar en ello y otra vez, como hacía unas horas, cuando eliminé el vídeo del directo, me sentí más ligero, como si me hubiera quitado un peso de encima. Había muchas señales que apuntaban a esa decisión. No me refería a los ridículos repetidos que había cometido delante de mis seguidores gracias a Donald; eran, más bien, las sensaciones que había tenido en los últimos días: la fuerza interior que me impedía entrar en mi estudio tras los primeros ataques, la liberación que sentí cuando eliminé el vídeo. Advertencias

que mi cabeza me mandaba de forma subliminal esperando a que yo me diera cuenta. No tenía que ver con lo mental, tenía que ver con lo físico. Una de ellas, de miedo; la otra, de libertad. Como les dije a mis amigos, a lo mejor todo esto estaba pasando porque tenía que pasar. A veces hacemos cosas de manera inconsciente que, sin darnos cuenta, nos llevan a donde queríamos ir. Un día nos encontramos en el pico de una montaña y nos preguntamos cómo hemos llegado hasta ahí. Si en ese momento hiciéramos el recorrido inverso, nos daríamos cuenta de que siempre habíamos deseado hacer eso: un día compramos unas botas de *treking* que no necesitábamos pero estaban de oferta; otro, empezamos a salir a caminar por puro placer; otro, nos apuntamos a un club de senderismo; otro, acompañamos a un amigo a hacer escalada urbana a un rocódromo... Y al final, acabas en la cima de una montaña y no dudas de que eso era exactamente lo que siempre habías querido hacer.

Con mi canal me estaba sucediendo algo parecido. O eso creía. Hacer esa llamada suicida a Donald, no hacer caso a sus provocaciones, apostar con él a ver quién era más listo, participar de su juego sin conocer las reglas... Comportamientos irracionales que me llevaron a ese punto: considerar la idea de dejarlo todo y dedicarme a otra cosa. Tal vez lo deseaba muy dentro de mí, aunque, siendo sincero, me costaba creerlo.

En la cama, mirando al techo iluminado por la luz que entraba de la calle, traté de imaginar mi vida sin YouTube. Había estudiado Comunicación Audiovisual, pero no había trabajado nunca en la televisión ni en el cine. Muy pronto me metí en la plataforma y al poco se convirtió en mi dedicación exclusiva. Era lo que sabía hacer: vídeos para mi canal. Sabía otras muchas cosas que había aprendido en la Universidad, pero nunca las había puesto en práctica. Me gustaba mucho el cine. Podía ser crítico, pero diferente, haciendo críticas en YouTube... No, eso significaba tener otro canal. Podía probar con los juegos, era bastante bueno en la *Play*. Luego me podía grabar jugando y... Otra vez la idea terminaba conmigo en internet. Todas las ideas terminaban ahí. ¿Es que no sabía hacer nada más que compartir lo que fuera que hiciera en la red? Al final, Kevin tenía razón con aquello que me dijo cuando le conocí: si no vemos las cosas en una pantalla, no las entendemos. Sonreí. Por la gran verdad que me había dicho y por acordarme de sus burradas. Kevin. Había estado raro esa tarde. Muy raro.

Cuando desperté, a la mañana siguiente, me sentí extraño. «El primer día post-YouTube», me dije. Y me levanté ligero, sin la necesidad de ir a mi canal a ver las estadísticas casi antes de ir al baño, como hacía la mayor parte de los días. Una tarea menos que hacer. Fui a la cocina a desayunar y me vi pensando en qué me apetecía y en todo el tiempo que tenía para pensar en ello, sin tener la cabeza dividida entre la cafetera y el guion de mi siguiente vídeo. Otra tarea menos. Me

duché, me vestí, y ahí también me puse cualquier cosa. No iba a salir más en pantalla, daba igual lo que me pusiera. Tampoco es que cuidara mi estilismo al límite, pero siempre dedicaba un rato, por pequeño que fuera, a escoger esta u otra camiseta. La vida sin YouTube me ofrecía un montón de ventajas, parecía. Pero cuando terminé todo lo que tenía que hacer y aún me quedaba un día entero por delante, recapacité y cambié de opinión.

—Chorradas —dije en voz alta. ¿Qué necesidad tenía de engañarme de esa manera? Podía decirme una y mil veces que sin YouTube se vivía mejor, pero la mentira no iba a durar mucho tiempo.

Salí de casa en dirección al videoclub. Habíamos quedado ahí para empezar la búsqueda del profesor que nos habría de llevar a Donald. Al llegar, me encontré a Silvestre subiendo el cierre metálico de la entrada.

—¿Abres ahora?

—Son las diez —me respondió Silvestre sorprendido—. ¿A qué hora crees que vienen los frikis a por su dosis de pelis raras?

No respondí. Me había levantado y me había comportado como un autómatas sin fijarme en la hora que era y sin pensar que, además de mí, había un mundo alrededor que tenía su propio ritmo. Me sentí como un jubilado que no tiene nada que hacer y para quien ir al ambulatorio a por recetas es la única ocupación en toda la semana. El día que tiene que ir está en la sala de espera una hora antes, impaciente ante lo que va a ser el mayor acontecimiento en días.

Estuve ayudando a Silvestre a colocar las películas que sus clientes habían devuelto el día anterior. Más bien, estuve siguiéndole como un perrito por entre las estanterías del local mientras mi amigo iba de un lado para otro colocando las cajas. Lo hacía a una velocidad sorprendente y, a falta de comprobarlo, en su sitio justo. Aunque, como dije al principio, siempre pensé que las ponía al azar.

—Vas a salir de esta, tío, ya verás —me dijo mientras reordenaba las películas en la sección de *Anime*.

—No sé, Sil... No estoy tan seguro. Sigo pensando en cerrar mi canal.

—Estás ofuscado, no sabes lo que dices.

—Lo sé de sobra. Ocurra lo que ocurra con Donald, creo que ha llegado el momento de pasar página.

Silvestre se dio la vuelta y me miró sosteniendo dos pilas de películas en sus brazos.

—¿Y qué vas a hacer, venir todos los días a la hora de abrir a comentar conmigo el programa de la tele de la noche anterior?

—¿La tele? ¿Qué era eso? —dije de broma. Era cierto. Pocas veces usaba la televisión para ver un programa que se estuviera emitiendo. Qué lejos quedaba mi infancia, cuando me sentaba con mis padres en el sofá para ver qué «echaban».

—Pues como cierres tu canal, así es como te veo.

—Un jubilado prematuro —reflexioné en voz alta.

—Y yo te agradezco que vengas a hacerme compañía de vez en cuando, pero vamos, todos los días...

—Desagradecido... Como si estar aquí todo el día encerrado fuera lo más estimulante que pudieras hacer en la vida.

—Se conoce gente, no te creas.

—¿A los seres que pasan por aquí les consideras «gente»?

—Les gusta el cine laosiano, ¿qué le van a hacer?

—¿Laosiano? —pregunté perplejo—. ¿Se hacen películas en Laos?

—Sí, Joel —dijo con resignación—. Se hacen películas hasta en Bostwana.

—Eso ya flipa. Pero flipa más que haya gente aquí que esté interesada en verlas.

—Cuanto más friki, más demandada —resumió Silvestre—. ¿De qué si no, crees que vive este videoclub? —Una explicación más que convincente.

Al cabo de una hora, ya habíamos terminado todo lo que Silvestre tenía que hacer, salvo, claro está, atender a la clientela. Pero una mañana entre semana como esa no parecía tener una gran afluencia de público.

—¿Y ahora, qué hacemos? —pregunté.

—Nada —dijo Silvestre con una sonrisa sentado en la banqueta tras el mostrador.

Admiré su temple. Así eran sus días, uno detrás de otro: iguales, repetidos, sin sobresaltos ni sorpresas. Me pregunté si yo sería capaz de llevar ese ritmo.

—Pues nada —respondí. Me acodé en el mostrador del otro lado. Estaba dispuesto a dejarme llevar por la placidez de la inactividad que me ofrecía Silvestre. Quería demostrarme que podía. Pero a los treinta segundos no aguanté más.

—¡Tío, esto es un coñazo!

—¿Qué? —preguntó extrañado. Por suerte, en ese momento entraron Connor, Jan y Flavia.

—¡Por fin! —exclamé. Todos me miraron extrañados excepto Connor.

—¿Qué? Son duras las mañanas en el templo del cine bizarro, ¿eh?

—Son insoportables —dije.

—Gracias, hombre —respondió Silvestre molesto.

—Yo no podría ser tú, Sil, lo siento —me justifiqué.

—El tema es que Sil tampoco puede ser Sil. Es una paradoja —dijo Connor, siempre dado a soltar la frase más enrevesada.

—¿Si Sil no es Sil..., entonces quién es? —preguntó Flavia a destiempo.

—Un ectoplasma —dije. Todos estallamos en una carcajada.

—Cabrones —dijo Silvestre sin evitar secundar la risa.

—¿Estamos listos? —preguntó Jan. Sacó su portátil de la mochila—. Traigo

todo lo que necesitamos para cazar a nuestro hombre.

Me gustó que Donald pasara de ser *mi* acosador a ser *nuestro* hombre. Me hacía sentir menos solo. Los problemas, mejor en compañía.

—Pues vamos allá —dijo Silvestre con brío saltando por encima del mostrador.

—¿Y el videoclub? —pregunté desconcertado—. ¿Vas a dejarlo solo?

—¿Has visto entrar a alguien desde que he abierto? Nadie va a notar que está cerrado. —Y sin más se dirigió a la entrada. Nada que objetar. Le seguimos sin hacer más preguntas.

Un poco más tarde estábamos en mi coche rumbo a la primera dirección que habíamos elegido para empezar nuestra búsqueda.

—Porque sería patético —dijo Connor—, pero esto se presta a unos cuantos chistes sobre «los cinco» —que éramos los que estábamos ahí.

—¿Los de los libros? —preguntó Flavia.

—Solo nos falta el perro —insistió Connor.

—Y la cerveza. ¿Alguien entendió alguna vez por qué los niños de *Los Cinco* bebían cerveza? —pregunté.

—Para soportarse unos a otros —sonrió Connor.

El GPS del móvil de Jan —el encargado de toda la infraestructura técnica— nos llevó hasta las afueras de la ciudad. Recorrimos unas cuantas calles residenciales y desembocamos en una zona de chalés. La dirección que buscábamos era una casa unifamiliar rodeada de jardín por sus cuatro costados.

—O los niños que vienen a estudiar aquí tocan con amplificador, o es imposible que se escuche nada en la casa de al lado —dije. Las casas que la rodeaban estaban, por lo menos a diez metros.

—Aquí no es —dijo Silvestre.

Continuamos la ruta. La siguiente dirección era en un barrio del centro, en un bloque de viviendas. Subimos al piso y nos recibió un tipo de unos cuarenta años, despeinado y con gafas: el prototipo de músico atormentado. Nos enseñó la sala donde daba clase y donde tocaba él. Estaba totalmente insonorizada. De ahí no se escapaba ni una nota. Descartado.

Solo quedaban dos direcciones que comprobar. Poco a poco las conversaciones dentro del coche se habían ido apagando. Se percibía que la inquietud iba creciendo. Una de las dos podía ser la que nos condujera a Donald y ser conscientes de eso aumentaba la inquietud.

—¿Nadie ha pensado qué vamos a hacer si le encontramos? —preguntó Jan. Nadie respondió.

—Primero, hay que encontrarle —respondió Connor—. Como decía Hannibal Lecter: «vamos por partes».

Sonreí, pero era consciente de que, como los demás, estaba esquivando la

decisión de qué hacer si encontrábamos a Donald. No quise agobiarme con eso entonces, aunque no me sentía cómodo con la idea de que, llegado el momento, tuviéramos que improvisar.

—Cara a cara, Donald seguro que pierde —dijo Flavia.

—No lo sabemos, igual mide dos metros —apuntó Silvestre.

—Digo que es muy valiente en la sombra. Pero en la realidad seguro que es un *cagao* —insistió Flavia—. Así son los ciberacosadores.

Todos la miramos sorprendidos.

—Ahí la has dado —dijo Silvestre.

—Pero si mide dos metros, mejor estar preparados —sentenció Connor.

Al llegar a la tercera dirección y detener el coche, nos quedamos callados sin decidirnos a salir. Había un cincuenta por ciento de posibilidades de que fuera ahí donde estaba Donald.

—Al toro, ¿no? —dije.

Nos abrió la puerta una mujer de unos sesenta años. Connor y yo —los encargados de subir— nos miramos. Algo nos decía que no era ese el lugar que buscábamos. Lo confirmamos cuando la venerable maestra nos dijo que acababa de regresar de una gira que la había llevado a varios países de Sudamérica.

—¿Cuándo regresó? —preguntó Connor.

—¿Están interesados en recibir clases o no? —preguntó la señora suspicaz.

—Sí, sí... —respondí—. Es que queríamos empezar ahora mismo y si está usted con el *jet lag*, pues como que no.

—Regresé anoche, pero estoy perfectamente —replicó la señora a quien todo ese teatro la estaba poniendo nerviosa. Si había estado fuera hasta la noche anterior, no era la vecina de Donald—. Podemos empezar, si quieren. ¿Traen el instrumento?

Connor y yo volvimos a mirarnos y, como era de esperar, se nos escapó la risa. Sin más, la señora nos cerró la puerta en las narices. Bajamos a la calle tronchándonos. No había sido tan gracioso, pero fue la forma que encontramos de liberar la tensión. Los dos éramos conscientes de que la siguiente visita que hiciéramos sería la definitiva.

Al llegar al coche, más tranquilos, Jan, Silvestre y Flavia nos miraron desconcertados.

—¿Estáis bien? —preguntó Jan.

—Tenéis los ojos empapados. ¿Os ha hecho llorar? —preguntó Flavia preocupada. Connor y yo volvimos a estallar en una carcajada.

—Lloran del descojone —dijo Silvestre—. Anda, vamos...

Subimos al coche y reanudamos la marcha. Las risas dieron paso al silencio. Un silencio tenso. Ahora sí, sabíamos que el enfrentamiento con Donald era inminente.

—Para —dijo Jan—. Es aquí.

Estábamos en una calle apacible, en un barrio como cualquier otro. Era mediodía y el ambiente estaba tranquilo. Aparqué el coche a unos metros del portal donde se suponía que vivía el profesor.

—Bueno, a lo mejor no le encontramos —dijo Silvestre. Era una posibilidad, claro, pero también lo era dar con él.

—Le vamos a encontrar, no os caguéis ahora —dijo Connor.

—Es puro cálculo de probabilidades —insistió Silvestre.

—Deja de ver pelis de Tom Cruise, tío —dijo Jan—. Ese tío está ahí y vamos a acabar con esto de una vez.

—¿Cómo hacemos? —pregunté. Habíamos visitado tres domicilios de profesores y no nos habíamos hecho esa pregunta, tal vez intuyendo que no eran nuestro destino. Pero ahora, en el momento de la verdad, sabíamos que esto iba en serio y que no podíamos subir a lo loco.

—Sabe *hackear* cuentas de YouTube, no luchar contra cinco adversarios —apuntó Flavia. Todos la miramos interrogantes—. Bueno, cuatro. Yo soy la que va a pedir ayuda.

—Pero, ¿vamos a luchar? —preguntó Silvestre, el que se mostraba más preocupado de todos.

—Haremos lo que haya que hacer —dijo Connor.

—A ver. —Intenté poner orden—. Esto no es un capítulo de *Narcos*. Esto es una charla entre adultos. No va a pasar nada, solo vamos a pillarle, llamar a la policía y arreglar esto como personas civilizadas.

—No, si civilizados somos —dijo Silvestre—. Pero él, no sabemos.

—Solo lo averiguaremos si nos lanzamos a la piscina —dije—. Es la única manera de saber si dentro hay agua.

Como en las visitas anteriores, decidimos que fuéramos Connor y yo quienes subiéramos al piso. Esta vez, sin embargo, el resto asumió un papel más relevante. Sabíamos que si había una posibilidad de dar con Donald, era esta y no queríamos correr ningún riesgo. Jan se pegó a la fachada del edificio con su portátil y empezó a buscar las redes *wifi* disponibles. La idea era localizar la de Donald y tratar de meterse en ella. No era *hacker* ni mucho menos, pero Jan sabía moverse bastante bien por el mundo cibernético. Flavia se puso los auriculares de su móvil y llamó a Connor, que llevaba los suyos, para estar en contacto permanente. Silvestre se sentó al volante de mi coche y lo puso en marcha, dispuesto a salir pitando en caso de que la cosa se pusiera fea.

—¿Estamos listos? —pregunté. Todos me miraron y, al segundo, estallamos en una carcajada.

—¿Qué somos, el putito Equipo A? —dijo Connor.

—Pero en guapos —dijo Jan.

—Vaya panda... —dije. La fantasmada que estábamos preparando la íbamos a recordar hasta el fin de nuestros días. Al final, los grupos de amigos necesitan de estas cosas para tener su propio pasado. Si no, ¿qué anécdotas íbamos a contar cuando fuéramos mayores?

Después del ataque de risa, volvimos a ponernos serios. Había estado bien para relajar, pero ya tocaba ponerse en marcha.

—Suerte —nos dijimos a la vez.

—Hoy empieza el día de tu libertad —sentenció Silvestre. Amaba las frases épicas, aunque no tuvieran sentido.

—Ni que estuviera en el corredor de la muerte —dijo Flavia.

Cuando entramos en el portal, Connor fue directo a los buzones para fotografiar todos los nombres. Uno de ellos podría ser el de Donald. Mientras, yo llamaba al ascensor. El piso en el que vivía el profesor era el tercero y pensábamos que Donald debía de vivir en el mismo piso, justo al lado. Aunque podía vivir encima o debajo. Para empezar, pensamos que ir al piso donde daba clase el profesor era lo mejor.

—Date prisa, Connor —le apremié cuando vi que el ascensor estaba llegando. Él debía subir en él y yo andando, para que no diera la casualidad de que nos cruzáramos con Donald. No sabíamos qué cara tenía, pero no dudábamos de que, si me veía a mí, de alguna manera se notaría —. ¡Va!

—Espera tío... —respondió Connor.

—¿Qué te pasa? No entendía por qué no venía.

—Deberías ver esto.

Miré hacia donde estaba Connor, frente a los buzones. Le vi con la mirada fija en uno de ellos. Me acerqué nervioso y desconcertado. Esperaba que no fuera una de sus bromas. No era momento de jugar.

—Connor, tío, como sea una de tus...

—Lee. —Y me señaló el letrero del buzón que correspondía al tercero B. Me acerqué y lo que leí me golpeó como una bola de hierro en la cara: «Joel Graham», ponía.

—¿Qué significa...? —dije mirando a Connor.

—Sabe que estamos aquí.

Sin pensarlo, corrí escaleras arriba. No me preocupé de esperar a Connor, que se quedó rezagado, hablando con Flavia por el teléfono.

—... no lo sabemos. —Alcancé a escuchar antes de desaparecer por las escaleras—. Creo que nos estaba esperando. Estad prevenidos.

Ya no escuché nada más. Subía los peldaños de tres en tres, ansioso por llegar al tercer piso. Hacía unos minutos, en la acera, había dicho a mis amigos que no se preocuparan, que el cara a cara con Donald iba a ser una charla entre adultos.

Que, en cualquier caso, pasara lo que pasara, iba a quedar en manos de la policía. De alguna manera, esperaba que Donald, al verse descubierto, aceptaría las reglas del juego —ese que solo él conocía—, y firmaría la derrota. Le había pillado, no había nada más que hacer. Confiar en que el otro tiene la misma decencia que uno mismo es el gran error de la gente bien pensante, como yo. Al final, uno siempre está dispuesto a tender la mano cuando cree que las cosas están claras. Pero el adversario suele tener otros planes y aceptar la derrota no suele estar entre ellos.

No habría charla entre adultos, de eso estaba seguro. Donald sabía —¿cómo?, ¿por qué?— que estaba tras él. Por eso había puesto mi nombre en el buzón que correspondía a su piso. Era su manera de decirme que corría decenas de metros por delante de mí. Y corría al trote, sin esforzarse, dedicando tiempo a darse la vuelta y reírse de mí al verme desfondado, con la lengua fuera, esprintando para que la distancia no fuera cada vez más inabarcable. Poner mi nombre en el buzón era, además, una burla. Un gesto que me anulaba, me desposeía de mí mismo y me señalaba que no tenía el control, no ya de la situación sino de mi propia identidad. ¿Habría también cartas a mi nombre en el buzón? ¿Estaría yo, sin saberlo, viviendo una doble vida? Donald me había robado mi canal. ¿Me había robado también mi vida? No iba a ser una charla entre adultos, no. Iba a pelear hasta que no me quedaran fuerzas en los puños.

Al llegar al tercero, localicé la letra B y me dirigí hacia la puerta. Sin embargo, antes me detuvo algo. Tras la puerta contigua, se escuchaba la melodía de violín que me había llevado hasta ahí. Algún mocoso luchaba contra ella a las órdenes de su profesor y un metrónomo. Escucharla me dio un poco de pausa. Respiré hondo y con esa precaria y desafinada banda sonora de fondo, me dirigí a la puerta del piso de Donald.

—¡Joel, espera! —escuché por el hueco de la escalera. Connor subía a mi encuentro, pero en ningún momento me planteé esperarle. Era yo, Joel Graham, el mismo que figuraba en el buzón del portal, quien tenía que enfrentarse solo a lo que pudiera pasar desde ese momento en adelante.

La puerta estaba entreabierta. Con cautela, la empujé y esta dio paso a un largo pasillo en penumbra. No se escuchaba ningún ruido, tampoco se percibían señales de que ahí hubiera alguien. Si la puerta estaba abierta era por algún motivo; tratándose de Donald, tenía que querer decirme algo. No podía perder el tiempo en hipótesis. Tenía que enfrentarme a lo que fuera que pasara ahí y en ese momento deseaba con todas mis fuerzas que fuera a Donald a quien me encontrara.

Avancé lentamente. A ambos lados del pasillo había puertas que daban a habitaciones también en penumbra y vacías. Al final del pasillo me encontré con la única puerta cerrada. Era ahí donde iba a suceder todo.

—Joel... —Escuché a mi espalda. Era Connor quien, jadeante, había llegado

a la puerta de la casa —. Espérame...

Giré un poco la cabeza sin llegar a mirarle y, al tiempo que volvía a mirar al frente, giraba el pomo de la puerta.

—Ten cuidado, tío... —dijo Connor, cuyos pasos escuchaba tras de mí.

Sin hacerle caso, abrí la puerta, despacio, apretando los puños, dispuesto a abalanzarme sobre Donald sin preguntar si era él quién me estaba esperando. Pero al abrir aún no pude resolver esa duda. Frente a mí, un sillón de despacho me daba la espalda. Era un sillón alto que no dejaba ver quién estaba sentado en él.

—¿Quién eres? —pregunté. No quería avanzar y ponerme delante. Esperaba que el inquilino de esa estancia diera el primer paso—. ¡Date la vuelta, cabrón!

Nadie contestó. Antes de decidirme a avanzar hasta la silla, miré de reojo la habitación. Nada más abrir la puerta, tuve la sensación de estar en un lugar conocido. En esos momentos, mientras decidía qué hacer, pude comprobar por qué: la mesa, el ordenador, los pósteres... Eran los mismos que tenía en mi estudio. ¡Estaba en mi propia casa! Una reproducción exacta de mi lugar de trabajo. Una broma macabra, un juego siniestro.

—Joder... —dijo Connor detrás de mí—. ¿Has visto esto?

Miré de nuevo hacia la silla. Quienquiera que fuera quien estaba ahí seguía inmóvil.

—¡Da la cara! —grité. Y sin esperar acción alguna, avancé hasta la silla y le di la vuelta. Lo que vi sobrepasaba cualquier expectativa que pudiera tener. Era yo quien estaba sentado. Yo, Joel Graham, un muñeco a escala natural, pésimamente hecho, desde luego, pero al que se reconocía con claridad. Donald había puesto mi nombre en el buzón, había reproducido mi estudio y me había calcado a mí. Sabía que iba a ir y su intención era que, al llegar, me cazara a mí mismo, convirtiendo el laberinto en el que me había metido en un lugar más y más enrevesado. Al verme, al reconocerme en el muñeco, algo en mi cerebro dejó de encajar. Era yo quien estaba en los dos lados del espejo. Era yo quien luchaba contra mí mismo. Era yo, solo yo, quien me tenía de adversario. Una puesta en escena perfecta para decirme que yo era mi enemigo.

—¡Para, Joel! —dijo Connor.

Sentí sus brazos agarrándome, tratando de detenerme. Me había echado sobre el muñeco —sobre mí mismo—, y había empezado a destrozarlo, a rasgar sus costuras y vaciarlo de su relleno, como si quisiera ajusticiarme a mí mismo, abofetearme, descargar contra mí mi frustración, mi incapacidad para salir del lugar donde Donald me había metido. Qué frágil es la mente humana. Qué frágiles son los hilos que nos sujetan. Solo hace falta rasgar uno para que el equilibrio se rompa y el títere que somos y que tanto tiempo dedicamos a mover por el mundo todos los días, empiece a cojear hasta enredarse en su propia estructura y caer desarmado. Donald bien lo sabía.

—¡Para, joder!

Connor logró separarme del muñeco cuando este ya solo era un amasijo de retales y gomaespuma.

—Mira —y me señaló a la mesa donde, como en mi estudio, estaba el ordenador y, como en mi estudio, estaba emitiendo para mi canal. Otro espectáculo en directo para todo el planeta. Más carnaza para la comunidad *youtuber*.

No me alteré. Al contrario, la agitación que me había poseído hasta ese momento, desapareció de golpe. Supe de inmediato lo que tenía que hacer. Fui al rincón donde en mi estudio tenía mi bate de beisbol —y ahí estaba—, lo empuñé y, de un golpe, destrocé la cámara, el disco duro y el monitor.

Fin.

Expediente 09/000317

Asunto: Ciberacoso.

Agente encargado: Inspector Lionel Harris.

Comisaría: Distrito Este.

Informe de hechos:

Tras denuncia realizada por Joel Graham por ciberacoso reiterado e intromisión ilegítima (hacking de cuenta privada de la plataforma YouTube), con agravante de amenazas y exhibición pública de los hechos aquí relatados (se adjuntan pruebas p-001, p-002, p-003), el denunciante aporta nueva documentación a través de su representante, Kevin Albright. Dicha documentación relata la existencia de un inmueble desde el que, presuntamente, el denunciado como acosador —que responde al nombre en clave de Donald Collins—, ha realizado su última acción, consistente en reproducir el set de grabación de Joel Graham así como una reproducción a escala de su cuerpo y fisonomía. Dicho ardid tenía como finalidad, según el representante del denunciante, humillar públicamente al Sr. Graham y ser esta humillación retransmitida en directo por la susodicha plataforma.

Tras proceder al registro del inmueble y prestar declaración a los testigos (anexos d-001, d-001b, d-002, d-003, d003b, c y d), se inicia trámite de solicitud de documentación al Registro Municipal de la Propiedad para conocer la titularidad del inmueble. Se recibe respuesta favorable y se remite a esta oficina el expediente núm. Reg. 073/0017, donde figura como titular del inmueble una sociedad de capital de riesgo —Inverting, Ltd—. Al requerir a esta sociedad informe de alquiler del piso donde se han desarrollado los hechos denunciados, esta ha informado —aportando documentación: d-004— que el piso se hallaba desocupado desde hacía 11 meses.

Conclusiones:

Una vez recabada la información y los testimonios, se deduce que el denunciado se sirvió del inmueble de manera ilícita para llevar a cabo sus acciones de acoso al

denunciante. Este inspector afirma que el denunciado —a la luz de las evidencias que así lo demuestran— no vivió en el inmueble ni realizó actividades domésticas más allá de las básicas.

Por alguna razón, el denunciante, por boca de su representante, el señor Albright, sospecha que el denunciado supo de su visita con anterioridad y preparó el escenario que reproducía su estudio privado con el fin de continuar con el acoso que lleva sufriendo desde hace un tiempo. Se apuntan en este sentido tres líneas de investigación que se encuentran abiertas en el momento de redactar este informe:

(1). Espionaje y seguimiento de Joel Graham por parte del denunciado.

En un primer barrido, se descarta la presencia de micrófonos o cámaras en el domicilio del denunciante. Pendiente de analizar sus dispositivos móviles de comunicación para descartar asimismo pinchazos telefónicos por parte del denunciado.

(2). Filtraciones desde su entorno: amigos personales y representante.

Tras interrogarlos y comprobar sus coartadas, se descarta su implicación con el denunciado.

(3). William Foster. Conocido como «Will», encargado del restaurante Asian Fusion, amigo del denunciante.

Línea de investigación abierta.

A la espera de resultados, este inspector muestra su preocupación por la reciente desaparición del denunciante, Joel Graham que, tras el incidente relatado en el piso que, presuntamente, utilizó Donald Collins, se halla en paradero desconocido. A pesar de tener la sospecha de tratarse de una desaparición voluntaria, remito al departamento correspondiente copia del informe para iniciar las investigaciones pertinentes.

Mientras tanto, este inspector y su departamento continúan la investigación del caso, actualmente en punto muerto al no tener pistas sobre la identidad del denunciado que responde al nombre de «Donald Collins», ni resultar posible seguir el rastro de su huella digital.

Sin otro particular,

Inspector Lionel Harris, comisaría Distrito Este.

12.

—¡No sé nada, os lo juro! —Will se defendía de las acusaciones de Kevin y Connor, que habían ido a verle al restaurante antes de que empezara su turno.

—Pues eres el sospechoso número uno —replicó Connor.

—¿De dónde vino la nota en el pedido de comida? De aquí. ¿Quién más, aparte de nosotros, sabía que Joel estaba buscando al profesor de violín? Tú. Demasiadas casualidades, ¿no crees?

—Ya hablé con el policía. Todo lo que tengo que decir ya lo he dicho. Y si encuentran pruebas, que me detengan.

—Deja a la policía en paz, ellos van a otro ritmo —advirtió Kevin—. Esto es entre nosotros.

—¿Me estáis amenazando?

—Sabemos que eres tú. No es una amenaza, es una realidad.

—Demostradlo.

Dicho esto, Will se dio media vuelta y dejó a Kevin y a Connor plantados en la ventanilla por donde entregaba los pedidos. Conscientes de que poco más podían hacer, salieron a la calle.

—Es como cuando encuentras un billete de cincuenta en el suelo pero cuando lo vas a coger el aire se lo lleva —dijo Connor al salir.

—¿Y si no es él, si Will de verdad no sabe nada?

—Entonces estamos jodidos.

Kevin y Connor echaron a andar decaídos. Después de la visita al piso donde Donald había puesto en escena la última humillación a Joel, este se había esfumado. El inspector Harris, acompañado de dos agentes, había acudido a registrar el lugar, pero no había encontrado nada que les llevara a Donald. Interrogó a Connor, a Silvestre, a Jan y a Flavia, así como a los vecinos y al profesor de violín. Nadie sabía nada, nadie recordaba haber visto a nadie. Era un fantasma. Donald no existía.

Sin que nadie se diera cuenta, Joel salió de la casa y desde entonces no se había vuelto a saber de él. Alertado por Connor, Kevin le buscó por todos los sitios donde creía que podía encontrarle, pero ni su madre ni nadie pudo dar fe de su paradero. Tenía el teléfono apagado y había eliminado sus cuentas de correo. El canal de YouTube estaba inactivo y, según informó la plataforma tras requerimiento judicial de Harris, no se había producido ningún acceso a la cuenta

desde hacía varios días. Al principio todos pensaron que quería estar solo, aislarse unas horas, pero tras comprobar que no estaba en casa ni daba señales, no dudaron de que Joel había decidido desaparecer.

—¿Y si no ha sido voluntario? —preguntó Flavia cuando todos tuvieron la certeza de que Joel no se había ido solo a dar una vuelta.

—La policía lo descarta —aclaró Silvestre—. No hay evidencias de secuestro.

—¿Y cómo lo saben? —preguntó Jan.

—Tienen su manual, ¿yo qué sé? —replicó Connor molesto. Era el que peor lo estaba pasando. Se sentía responsable en cierto modo. Creía que no había apoyado a Joel lo suficiente.

—Por el perfil de Donald, la poli cree que si él le hubiera secuestrado, buscaría la manera de hacerlo público —aclaró Silvestre—. Es un exhibicionista, todo lo hace para darse notoriedad.

—Pues se ha quedado sin víctima —dijo Flavia.

—A lo mejor por eso se ha evaporado —resumió Connor.

Desde ese día, se pusieron en marcha para hacer su investigación paralela. Kevin y Connor habían ido a ver a Will varias veces, al principio simulando preocupación y buscando su complicidad. Luego, ya con las caretas quitadas, acusándole de estar del lado de Donald. Ninguna de las dos estrategias había dado resultado. Esa tarde habían ido a verle al restaurante a la desesperada y, con ello, habían abortado cualquier posibilidad de lograr sacarle nada a Will.

Caminaban en silencio, derrotados. Hacía casi una semana que no sabían nada de Joel. Tampoco de Donald que, tras su último numerito, parecía darse por satisfecho y no había vuelto a manifestarse. Ya había acabado con el niñato, debía de pensar.

—Eh, compadres —escucharon a su espalda.

Kevin y Connor se dieron la vuelta y vieron a Rick, el repartidor, acercándose a ellos por la calzada con la moto al ralentí.

—Sígueme —aceleró la moto y se alejó unos metros. Más adelante, se subió a la acera y se escondió en un callejón.

Connor y Kevin observaron la manobra de Rick con extrañeza. A continuación, se miraron y, sin decirse nada, aceleraron el paso para encontrarse con él. En el callejón, entre cubos de basura, estaba Rick, que se había quitado el casco.

—Son amigos del *youtuber*, ¿no? —preguntó Rick.

—¿Quién eres? —preguntó Connor receloso.

—Un amigo —sonrió.

—No nos toques los cojones —amenazó Kevin—. ¿Por qué quieres hablar con nosotros?

—Tengo un mensaje de Joel.

—¿Qué han dicho? —Estaba impaciente por las noticias de Rick. Sabía que mis amigos estaban preocupados por mí y no quería que sufrieran más de la cuenta.

—No se lo han creído —respondió Rick—. Te lo dije, míster.

—Sí, sí se lo han creído. —Sabía que iban a desconfiar delante de él, no le conocían de nada, pero a solas seguro que daban mi mensaje como verdadero. Y, en cualquier caso, no tenían otro remedio, era lo único que sabían de mí desde hacía una semana. No podían agarrarse a nada más—. ¿Cómo está Melly?

—Engordando. Bien —Melly era su novia—. Le encantó la ropa de embarazada que le compré con tus cincuenta pavos.

—Me alegro.

Cuando decidí desaparecer, solo se me ocurrió recurrir a Rick. Era un riesgo, podía haber sido él quien metió la nota en mi bolsa a cambio de dinero o amenazado por Donald. Pero algo me decía que no, que Rick era de fiar. Y después de la propina que le di cuando me ayudó el día que le seguí durante su reparto, él también confiaba en mí.

—¿Qué hacemos ahora, míster? —preguntó.

—Esperar. ¿Quieres tomar algo? Sírvete.

Me había instalado en un apartamento turístico de la ciudad, en un barrio de las afueras. Lo había alquilado por internet desde un locutorio (no quería usar ninguno de mis dispositivos) y había pagado en efectivo. Después de la última jugada de Donald, no sabía hasta dónde había llegado en el acoso al que me estaba sometiendo. Sonaba a fantasmada, pero temía que conociera mis contraseñas o pudiera rastrear mis tarjetas. Por si acaso, pensé. Apagué mi teléfono y le quité la SIM y la batería. Compré otro de prepago aunque no había llamado a nadie en todos esos días salvo a Rick. A mi madre le mandé por mi nuevo aliado un mensaje escrito para que no se preocupara. Rick me contó que, tras leerlo, solo dijo:

—Este se cree que está en una película de espías. —Señal de que no estaba preocupada por mí en absoluto. Y le dio varios *tuppers* con comida.

Todo sucedió muy rápido. Tras destrozar la cámara y el ordenador en el falso set de grabación que Donald había construido recreando el mío, me quedé en un estado de letargo que, ni mis amigos, ni el inspector Harris, ni Kevin, que apareció un poco después, lograron disipar. Les escuchaba hablar, hacer hipótesis, especular sobre si había pasado esto o lo otro. Sentado en el suelo, solo podía responder con monosílabos. Al cabo de un rato, me di cuenta de que todo el mundo estaba más preocupado por encontrar algún indicio o relatar una y otra vez lo que había sucedido que por saber cómo estaba yo. Cuando me levanté del suelo y me dirigí a la puerta, nadie reparó en mí. Salí a la calle y me puse a andar sin

rumbo. Me sentía traicionado. No tenía duda de que alguien había dado el soplo a Donald, si no, ¿cómo había podido preparar todo eso en tan poco tiempo? Todos me parecían sospechosos y, al mismo tiempo, inocentes. ¿Connor, mi mejor amigo, ácido pero incapaz de romper un plato? ¿Jan, el más puro y transparente de todos ellos? ¿Flavia, todo bondad e inocencia? ¿Silvestre, colega de la infancia, mi compañero fiel pase lo que pase? ¿Will? Solo podía ser él, pero seguía sin querer creérmelo.

Caminando por las calles se me hizo de noche. No quería volver a casa, pensé que a lo mejor había micros escondidos. No quería llamar a nadie ni conectarme a internet. Llegué al límite de la ciudad que marcaba una carretera de circunvalación. Más allá, no podía continuar caminando. El ruido de los coches pasando a gran velocidad era insoportable, pero gracias a él, al tener bloqueados los sentidos del oído y la vista (solo veía coches pasar a la luz de las farolas), pude encontrar la solución dentro de mí. Recordé una anécdota de Cruyff que había leído no sabía dónde. Ante un partido importante, preguntó a sus jugadores cuál era la mejor habilidad del delantero rival más peligroso. Alguien levantó la mano y dijo que su mayor talento era desmarcarse de los defensas. Cruyff preguntó qué podían hacer ante esa circunstancia. Nadie se atrevió a responder al maestro. Al cabo de unos segundos, el entrenador dio la solución: «si la mejor cualidad del delantero rival es desmarcarse, que no le marque nadie, así no podrá hacer lo que mejor sabe». Y eso decidí hacer: si la mayor habilidad de Donald era cazarme, iba a dejar de ponerme a tiro. Era la única manera de dejar a Donald sin nada que hacer.

— Esta tarta está padre —dijo Rick mientras engullía una porción de tarta de queso que había comprado en una pastelería dos calles más abajo.

— Llévate la que queda, si quieres.

— No, místico, que Melly está que se lo come todo y no puede coger peso.

— Toda para ti, ¿eh, mamón?

Rick rió y se sirvió otro trozo. En la semana que llevaba en el apartamento, solo salía para comprar víveres. Haber desaparecido no significaba que me rindiera. Al contrario. Empezaba la remontada. Y ese partido lo iba a ganar.

— ¿Qué demonios significa esto? —preguntó Silvestre mirando el papelito encima del mostrador.

— Shhhh... —advirtió Kevin. Un cliente había entrado en el videoclub y Kevin no quería correr riesgos.

— Tranquilo, es Alan, es de toda la vida. ¿Qué pasa, Alan? —dijo Silvestre saludando a un chico de unos veinte años, desaliñado y con pinta de no haberse lavado el pelo en los últimos diez años. Alan desvió la mirada asustado y se perdió por los pasillos de estantes.

— Demasiado cine asiático —puntualizó Connor.

—Sed discretos, igualmente, no sabemos quién puede oírnos —insistió Kevin.

Los cinco miraban el papelito como si fuera un jeroglífico imposible de resolver. Y en cierto modo lo era.

—¿Y decís que os lo ha dado el repartidor del restaurante? —preguntó Jan.

—Sí, de parte de Joel.

—Y no ha dicho nada más.

—No significa nada —apuntó Flavia—. Es para decirnos que está bien y que está tramando algo.

—«Solo sigo deseando que hubiera una manera de demostrarle que no le pertenezco, que soy más que una pieza en su juego» —leyó Silvestre.

—Es de *Los juegos del hambre* —dijo Flavia. Todos la miraron sorprendidos—. No quiere decir más que eso: que sigue luchando, que no se ha rendido.

—Menudo gilipollas —dijo Kevin.

—Eh... —respondió Jan molesto—. ¿Por qué dices eso? Ha tenido el detalle de comunicarse con nosotros.

—¿Para qué? Llevamos una semana buscándole por todos lados, acosando a Will, dando el coñazo a Harris... Y lo único que hace es mandarnos una frasecita de una peli.

—Es del libro —puntualizó Flavia. Kevin la miró con recelo—. Pero vamos, que seguro que sale en la peli, también —corrigió Flavia intimidada por la reacción de Kevin.

—Dice que «desea que hubiera una manera» —dijo Silvestre—. Nos quiere decir que aún no sabe cómo.

—No creo que haya que tomárselo de manera literal —dijo Connor—. Si es una frase de la peli..., del libro —corrigió—, viene así.

—Si ha contactado con nosotros es porque ya sabe qué va a hacer —apuntó Kevin.

—O porque necesita ayuda —sugirió Flavia. Kevin se abstuvo de mirarla, no quería intimidarla otra vez.

—Pero, ¿cómo podemos ayudarle?

—Esperando a que vuelva a dar señales de vida —respondió Jan—. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—¿Qué os ha dicho Will? —preguntó Silvestre cambiando de tema.

—Lo de siempre, que no sabe nada.

—¿Le creéis?

—Yo qué sé —respondió Kevin de mala gana.

—No —negó rotundo Connor—. Pero esto es como lo de los políticos, mientras no se pueda demostrar, puedes pasarte la vida negándolo todo.

Alan se acercó al mostrador con varias carátulas en sus manos, pero se

detuvo a unos pasos. Silvestre levantó la cabeza.

—Acércate, Alan, son colegas.

—Yo... Yo... —tartamudeó—. Vu-vuelvo otro día. —Y se dispuso a dejar las películas e irse sin ellas. Silvestre salió de detrás del mostrador antes de que se diera media vuelta.

—Tranqui, Alan. Te las apunto aquí. —Le cogió las películas, había por lo menos diez—. Te vas a poner morado, ¿eh?

—Ya... Ya las he vi-visto.

—Lo tuyo sí que es vocación. —Terminó de apuntar las referencias en un papel.

—Es po-por los detalles.

—Tráelas cuando quieras, sin prisa.

—Gra... Gra... gracias, Si... Sil... vestre —respondió Alan con una gran sonrisa de felicidad, como si poder devolver las películas fuera de plazo fuera la mejor noticia que iba a escuchar ese día.

—¿Y se va sin pagar? —preguntó Kevin extrañado.

—Tiene bono anual. Es cliente VIP —dijo Silvestre regresando tras el mostrador.

—Más bien cliente «psych» —puntualizó Connor.

—Gracias a tíos como él, tengo trabajo, un respeto.

—¿Quién es Souza? —preguntó Flavia sin venir a cuento.

—¿Perdón? —respondió Connor molesto. Había veces que no podía con las salidas de su amiga.

—¿A alguien le suena ese nombre? —insistió.

—No, cariño —respondió Jan— ¿Verdad? —preguntó a todos con cara de «no entiendo nada».

—¿Por qué lo preguntas? —preguntó Kevin. No quería mostrar interés antes de saber por qué Flavia preguntaba por ese nombre.

—Bah, una tontería, seguro.

—Vaya noticia —dijo Connor con ironía.

—No, Flavia, seguro que no lo es —insistió Kevin—. ¿De dónde te ha venido ese nombre?

—Seguro que no es nada. Pero estaba mirando la nota de Joel y esas letras están un poco más marcadas.

Los cinco bajaron la mirada hacia el papelito al instante. Como había dicho Flavia, algunas letras estaban ligeramente más oscuras: «Solo sigo deseando que hubiera una manera de demostrarle que no le pertenezco, que soy más que una pieza en su juego». Era muy sutil, pero no podía ser casualidad que se marcaran precisamente esas letras.

—Pero que igual es el boli que ha usado, que a veces sueltan más tinta —

trató de quitarse méritos Flavia.

—Eres una genio —dijo Kevin con una sonrisa que seguramente hacía semanas que no usaba. Era también una manera de recuperar la confianza que había perdido con Flavia hacía unos minutos.

—¿Ahora te das cuenta? —le replicó Connor con ironía.

—¿Qué pasa, Kevin, por qué sonríes? —preguntó Jan.

—Así es como Joel nos está pidiendo ayuda. Quiere que formemos parte de su plan.

—¿Sabes qué significa eso de «Souza»? —preguntó Silvestre desconcertado.

—¿Tenéis algo que hacer ahora? —preguntó Kevin. Los cuatro lo miraron interrogantes.

Kevin condujo en silencio pero con una sonrisa. Connor, Jan, Silvestre y Flavia se apretaron en su coche sin hacer demasiadas preguntas pero con la curiosidad a flor de piel.

—Es mejor que seamos discretos, no sabemos quién puede estar escuchando —repitió Kevin antes de salir del videoclub. Y con ese tono de misterio emprendieron la marcha.

Al cabo de unos minutos, llegaron a la zona de oficinas donde Kevin y Joel se habían encontrado con Souza, el comercial que quería contratarle para lanzar una marca de refrescos hacía unos días. Kevin aparcó el coche en una calle lateral al edificio donde estaba la oficina de Souza.

—Subid vosotros —dijo Kevin señalando a Connor y Silvestre—. Es ese edificio, planta doce. La oficina que buscáis está al final del pasillo.

—Pero, ¿a qué vamos? —quiso saber Silvestre, al que tanto suspense le estaba sacando de sus casillas.

—Preguntad por Souza. Si está, decís que os habéis equivocado. Inventaros cualquier excusa y os vais.

—¿Y si no está? —preguntó Connor.

—Entonces el plan de Joel sigue adelante.

—¡¿Qué plan?! —dijo Silvestre atacado.

—Es mejor que subas tú —le dijo Kevin a Jan—. Sil está demasiado nervioso.

—Ni de coña —protestó Silvestre—. Subo yo.

—Aunque podrías darnos un poco más de información —dijo Jan.

—Luego. Ahora es mejor ser cautos. Seguro que así es como quiere Joel que lo hagamos.

Connor y Silvestre salieron del coche y doblaron la esquina camino al edificio donde se suponía que estaba la oficina de Souza. Kevin no se movió de su asiento y empezó a tamborilear en el volante.

—¿Podemos hacer algo nosotros? —preguntó Jan.

—Esperar.

Connor y Silvestre entraron en el edificio y pasaron delante de un mostrador donde un guardia de seguridad apenas levantó la vista de su periódico deportivo. El trasiego de personas en ese vestíbulo era continuo. En el directorio figuraban más de treinta empresas. Connor se detuvo frente a él.

—No hay ningún cartel en la planta doce —miró a Silvestre—. O no hay ninguna empresa o no ha tenido el detalle de anunciarse aquí abajo.

—Subamos —respondió Silvestre nervioso mientras se dirigía al ascensor.

Compartieron viaje con varias personas que fueron bajándose en los pisos intermedios. El último trayecto, desde el piso noveno, lo hicieron acompañados de una señora cargada de carpetas. Iba a la planta catorce, el único número iluminado en el panel, además del doce.

—¿Van a alquilar? —preguntó la señora suspicaz.

—¿Cómo? —respondió Silvestre.

—La planta doce está vacía, se alquila entera o por partes. ¿Van a alquilar?

—Sí. Entera —respondió Connor con rostro imperturbable.

—Ya... —respondió la señora desconfiada. No creía que Connor y Silvestre tuvieran pinta de alquilar una planta entera de un edificio de oficinas como ese.

—El garaje donde hemos creado Apple se nos ha quedado pequeño —aclaró Connor con sarcasmo antes de bajar del ascensor—. Tenga un buen día.

Salieron al pasillo sin tiempo de ver cómo la señora arrugaba la frente sin entender nada.

—¿Tenías que meterte con ella? —protestó Silvestre.

—Era una cotilla, que se meta en sus asuntos. Vamos.

Como les había dicho la señora, la planta estaba desierta. Recorrieron el pasillo con paso decidido pero sin perder detalle. A ambos lados se abrían puertas que daban a despachos o a salas de tamaño considerable que, paneladas, podían convertirse en oficinas independientes. La única puerta cerrada era la del fondo, a donde se dirigían.

—Aquí no curra nadie —dijo Silvestre.

—A no ser que busquemos a un *okupa*.

—No me gusta ir a ciegas sin saber qué buscamos ni qué nos vamos a encontrar. A mí, ese tío... —dijo Silvestre refiriéndose a Kevin.

—Olvídate de Kevin. Ahora ya estamos aquí. Solo prepárate para salir corriendo —dijo Connor con gravedad.

—¿Crees que puede ser peligroso?

—Pringado... —dijo Connor riéndose de su amigo.

Al llegar al final del pasillo, se detuvieron en la puerta. Acercaron la oreja pero, como supusieron, no escucharon ningún ruido dentro. Silvestre llamó con los

nudillos.

—¿Qué haces?

—Ver si hay alguien.

—Así les damos tiempo a reaccionar, ¿no? No podemos darles ventaja — dijo Connor girando el picaporte decidido.

—¿A quién?

—A quién sea.

Empujó la puerta y entraron. Nada.

—Entonces se supone que el plan de Joel va como estaba previsto —dijo Silvestre.

—Eso parece. Aquí no trabaja ningún Souza. Ni trabaja nadie, vamos.

—¡Ahí los tiene!

Connor y Silvestre se dieron la vuelta y vieron a la señora del ascensor al inicio del pasillo. Junto a ella, el guardia de seguridad que vieron en la puerta de abajo. Al verlos, emprendió la marcha hacia ellos caminando deprisa y moviendo los brazos a ritmo.

—¡Chicos!

Connor y Silvestre se miraron y salieron a la vez de la oficina. Huir por el pasillo iba a ser imposible, tenían al guardia delante. Tenían que encontrar una alternativa.

—¡Por los despachos!

Connor y Silvestre entraron por una de las puertas del pasillo y empezaron a correr entre mesas vacías y sillas descolocadas. Los despachos estaban comunicados entre sí y solo tuvieron que esquivar el mobiliario en desuso para avanzar. Como era de esperar, al guardia se le ocurrió lo mismo y entró en la zona por otra puerta más adelante y fue en su contra.

—¡Crucemos!

Cuando ya tenían al guardia encima, salieron de nuevo al pasillo, no sin que antes Connor empujara una silla hacia él.

—¡Salta, Salta!

La silla golpeó en las rodillas del guardia y eso les permitió lograr una ligera ventaja que aprovecharon para correr por el pasillo en dirección al vestíbulo de la planta.

—¡Deténgales! —gritó el guardia a la señora, que observaba la persecución desde la puerta del ascensor con un gesto de pánico.

—No se moleste, señora —le dijo Silvestre.

—Vamos a contratar a gente. Si quiere, déjenos su currículum para el puesto de chivata —le dijo Connor al pasar frente a ella. Abrieron la puerta que daba a las escaleras y desaparecieron.

—¿Por qué no les ha retenido? —preguntó el guardia a la señora cuando

llegó a su altura desfondado.

—Eran dos y más fuertes —dijo la señora asustada.

Connor y Silvestre bajaron los doce pisos quemando los escalones de cuatro en cuatro. Al llegar a la planta baja, trataron de disimular su urgencia por salir cruzando el vestíbulo con paso firme pero ligero. En la puerta de salida vieron a otro guardia de seguridad que hablaba por un *walkie*, sin duda con el guardia que les había perseguido arriba. Antes de arriesgarse a ser vistos, sin siquiera mirarse entre ellos, Connor y Silvestre salieron corriendo a la calle.

—¡Eh, vosotros! —escucharon gritar al guardia de seguridad.

Sin mirar atrás, corrieron en dirección al coche de Kevin que, al verles, arrancó el motor y avanzó hacia ellos. Frenó cuando los tuvo a su altura.

—¡Dale! —le apremió Connor tras entrar y cerrar la puerta del asiento del acompañante. En ese instante doblaban la esquina tres guardias de seguridad.

—¿De dónde demonios han salido? —preguntó Silvestre tirándose, literalmente, sobre Jan y Flavia.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Kevin desconcertado.

—Lo que nos has dicho. ¡Acelera! —dijo Connor.

Kevin aceleró, pero los guardias salieron a la calzada para bloquearle el paso. Frenó, dio un trompo y salió en dirección contraria. Sus cuatro acompañantes le miraron alucinados.

—Soy de barrio, qué queréis —dijo Kevin con una sonrisa.

13.

—Joel insistía en que era un montaje. Yo no lo creí, pero tenía razón — reconoció Kevin un poco avergonzado.

Habían regresado al videoclub y Kevin les había contado toda la historia del anunciante que se presentó como Souza. También que, debido a lo que sucedió durante la entrevista que mantuvieron con él, se había distanciado de Joel.

—¿Ibas a dejar de representarle? —preguntó Silvestre incrédulo. Kevin no contestó—. Qué fuerte.

—No, no iba a hacerlo, pero quería tomarme un tiempo. Todo esto no solo le ha afectado a Joel.

Nadie contestó. Kevin había dado en el clavo: lo que llevaba sucediendo desde hacía unas semanas les había dejado a todos tocados. Un grupo de amigos es como un organismo, un ser vivo: cuando a uno de sus miembros le pasa algo, el resto del cuerpo se resiente. Esa era la amistad verdadera, aunque ser consciente de ello significara asumir mayores responsabilidades con tus colegas.

—Es muy fuerte, de todas maneras —resumió Silvestre.

—Ahora ya no sirve de nada juzgar a Kevin —intercedió Connor—. Lo importante es ver qué hacemos con lo que hemos averiguado.

—Sabemos que el anunciante era falso, como siempre sospechó Joel — empezó a decir Jan para ordenar las ideas—. Llevaba la melodía de violín en su teléfono...

—Eso ya era motivo suficiente como para creer a Joel —insistió Silvestre.

—Déjalo estar, tío —le reprendió Connor.

—Con lo cual —prosiguió Jan—, podemos asegurar que el tal Souza trabaja con Donald.

—O es el mismo Donald —apuntó Flavia.

—O es el mismo... —Jan se calló de golpe—. ¿Podría serlo?

—¿Quién sabe? —respondió Kevin—. Si era Donald, imitaba perfectamente el acento portugués.

—¿Podrías hacer una descripción de su fisonomía?

—¿Qué quieres, hacer un retrato robot? —se mofó Connor de Silvestre, que había dejado de lado el resentimiento por Kevin y había vuelto a subirse al carro de la investigación en su modalidad peliculera.

—Tampoco iba a servir de mucho —aseguró Kevin—. Creo que sería mejor

investigar en la oficina. Tuvo que alquilarla alguien.

—Como el piso —respondió Silvestre resignado haciendo referencia al inmueble donde Donald había perpetrado la última humillación a Joel y que resultó estar a nombre de una sociedad de capital riesgo.

—Joel no quiere salir de donde está y espera que el trabajo de investigar lo hagamos nosotros. Tiene sus motivos, cada vez que ha hecho algún movimiento, Donald lo ha adivinado y ha respondido con una fuerza mayor. Si tenéis alguna idea mejor que investigar quién alquiló la oficina, estamos deseando escucharla.

Nadie dijo nada.

—Creo que pueden hacerlo Connor y Silvestre. Seguro que son muy bien recibidos en el edificio de oficinas —dijo Jan riéndose.

Rick terminó de subirse la cremallera de su anorak y se dispuso a irse. Había vaciado la nevera de mi apartamento convirtiéndola en nuevo desierto. Sonreí con ironía ante su esfuerzo por hacerme sentir como en casa.

—Gobi —dije.

—¿Qué dices, míster?

—No me salía el nombre. La llamaré Gobi. Sáhara ya está pillado. La nevera, digo.

—Tienes que salir a que te dé el aire, empiezas a decir cosas sin sentido —dijo antes de salir.

—Espera. —Rick se dio la vuelta—. Cuando dejes el último pedido, pasa por aquí antes de volver al restaurante, ¿vale?

—¿Por?

—Tú pasa.

Rick se encogió de hombros y se fue. Tenía razón: tenía que salir un poco. Llevaba una semana encerrado y, aunque estaba bien, empezaba a dejar más espacio a mi cabeza que otra cosa. Y a la cabeza hay que darle margen, pero no dedicarle todo el tiempo: llega un momento en que acaba construyendo una realidad paralela que termina por devorarte. Pero tenía que aguantar, un poco más. Solo un poco.

Trataba de ponerme en el lugar de Donald: qué estaría pensando, qué esperaba que hiciera. ¿Imaginaba mi situación? Era probable. Había demostrado tener una mente aguda y perspicaz. O, simplemente, yo había actuado de manera tan previsible que le había resultado muy fácil adelantarse a mis movimientos. El mérito de mi hundimiento también era mío, pensé, y me colgué una medalla por mi incompetencia. Pero no estaba para machacarme en esos momentos. Tenía que reconocer mis errores si quería avanzar, pero una cosa era eso y otra regodearme en mi desgracia. Desde mi encierro había podido ver las cosas de otra manera. Parar, detener la batalla, eso era lo que necesitaba. Y después de hacerlo, me sentía

con fuerzas, seguro de mí mismo. No tenía claro qué iba a suceder, ni si era un buen camino, pero, al menos, creía estar haciendo algo. Y eso, sabiendo cómo habían ido las cosas hasta entonces, era un paso de gigante.

Esperaba que mis amigos hubieran pillado el mensaje de *Los juegos del hambre*. Era una peli que nos gustaba a todos. Marcar en la frase las letras que formaban el nombre de Souza no solo era una manera de hacerles llegar el mensaje de forma secreta —no podía fiarme de nadie, ni de Rick—, también sabía que les iba a gustar. Les estaba pidiendo ayuda, pero también les estaba invitando a jugar. Era nuestro código, era un detalle por mi parte hacerlo un poco más divertido.

Souza era la única pista que vi posible. Tras quemar la vía del profesor y ver que la nota en la bolsa del pedido solo conducía a Will, recordé el incidente con el anunciante. Parecía descabellado, como dijo Kevin en su momento, podía ser una casualidad. Pero no tenía otra. Yo nunca creí que ese anunciante fuera real pero haber sido el origen de mi conflicto con Kevin lo había dejado en segundo término. Encerrado en ese apartamento, quité las capas que no me dejaban ver el mapa completo. Souza era un elemento aparentemente anecdótico pero importante. Había que tirar de ese hilo.

Me alegré cuando Rick me contó que Kevin estaba preocupado. Le había visto por el restaurante acompañado del «grandullón», es decir, Connor. No sabía qué pensaba de todo esto, ni si creía en mí de nuevo, pero me gustó que volviera a implicarse. Si luchar contra Donald había sido duro, hacerlo sin Kevin lo había hecho más difícil. No sabía qué iba a pasar en el futuro. Tampoco si iba a seguir con mi canal. Si dejaba YouTube no tenía sentido tener representante. Seguramente nuestros caminos se alejarían. También, incluso, si seguía haciendo vídeos. Donald había llegado a mi vida para cerrar muchas etapas. Kevin podía ser una de ellas.

Según se fue acercando la noche, empecé a ponerme nervioso. Me había acostumbrado a la tranquilidad anodina de no hacer nada y ser consciente de que esa noche me iba a poner en marcha me resultaba incómodo, como cuando te pones un jersey de lana antes de que haga el frío suficiente y te provoca picor en todo el cuerpo. Tenía que moverme, no podía esperar más. Era arriesgado, tenía la desventaja de no saber dónde estaba mi adversario. Pero, esta vez, Donald tampoco sabía dónde estaba yo. Salir de mi escondite podía volver a situarme en el centro de la diana y esa era, justo, la consecuencia que perseguía.

Poco antes de medianoche, Rick llamó a la puerta con los tres toques largos y tres cortos que habíamos establecido como contraseña.

—Hoy no puedo quedarme, míster, Melly lleva toda la tarde vomitando.

Rick se quedaba a veces un poco conmigo, solo por pasar el rato. No hablábamos mucho, pero me vaciaba la nevera y me hacía compañía.

—Tranquilo, no te voy a entretener. Quítate la ropa.

—Eh, eh...

Rick se echó para atrás y puso las manos entre él y yo, creando una barrera imaginaria que pretendía infranqueable en caso de que me atreviera a sobrepasarla.

—¿Estás de coña? —le dije—. Solo quiero tu uniforme de repartidor.

—¿Para?

—No lo necesitas, has terminado ya tu jornada, ¿no?

—¿Y mañana?

—Mañana pasas por aquí antes de ir a currar y te lo pones. También quiero las llaves de la moto.

—¿Qué dices, míster?! Tú sueñas.

—Necesito ser tú unas horas, nadie se va a dar cuenta.

—La moto es del restaurante.

—La dejaré ahí, tranquilo —afirmé—. Venga, tío...

Rick me miró desconfiado. Estaba seguro de que pensaba en Melly, en no perder el curro, en lo descabellado que sonaba todo. Pensó unos segundos sin dejar de mirarme y empezó a quitarse el anorak. En su balanza mental debió pesar más la seguridad que yo le transmitía que el riesgo que suponía dejarme su uniforme y su moto.

—¿Y cómo vuelvo a casa?

—En taxi, yo te doy pasta.

Eso terminó de convencerle y se quitó el pantalón de motorista que llevaba por encima del suyo. Tal cual se desprendía de las prendas, yo me las iba poniendo. Al final, solo me quedaba el casco.

—¿Qué tal? —pregunté. Con el uniforme, que difuminaba las formas del cuerpo, podía pasar por él sin problemas. Era importante que no se me reconociera. No podía salir tal cual, como Joel, y exponerme a que Donald me encontrara. No aún.

—¿Sabes conducir una moto?

—No, pero si lo haces tú no debe de ser tan difícil.

—*Hijueputa.*

Nos despedimos en la calle. Rick esperó a que arrancara la moto y saliera. Para hacerle temblar, simulé que perdía el equilibrio, pero en seguida aceleré y me alejé sin mirar atrás. Me imaginaba su cara de pavor. Podía hacerle perder el trabajo, era una posibilidad. Pensaba ayudarle a encontrar otro si eso sucedía. No iba a dejarle tirado.

Conduje por las calles casi desiertas hasta aproximarme al restaurante. Cuando estaba a un par de manzanas, aminoré la marcha, no quería llegar apresurado. Como había previsto, cuando tuve el restaurante delante, comprobé que todas las motos estaban ya aparcadas y que apenas había actividad. «Un pedido que se ha retrasado en la entrega», pensé como excusa para mí, metido de

lleno en el papel de repartidor.

—¡Hasta luego, Rick! —escuché a mi izquierda. Me giré sobresaltado y vi a una pareja de compañeros de Rick alejándose por la calle. Saludé con la mano y deseé con todas mis fuerzas que no se les ocurriera interactuar conmigo. Bajo el casco y con el uniforme podía pasar por Rick, pero imitar su acento y sus bromas, eso ya era inalcanzable para mí. Por suerte, continuaron su camino sin prestarme atención.

Paré el motor y recorrí los últimos metros arrastrando la moto por el manillar. Cuando iba a dejar la moto en su sitio, junto a las otras, Will se asomó. Como había previsto.

—¡Joder, Rick! —dijo autoritario.

—Un pedido que se ha retrasado en la entrega —dije reproduciendo la excusa que había inventado hacía unos segundos. Mi voz sonó apagada dentro del casco. Will me miró extrañado. Algo no le cuadraba.

—¿Ha habido queja del cliente? —preguntó Will como rutina, aunque olía que algo no iba como esperaba.

Como respuesta, aparqué la moto y abrí la caja para sacar la funda térmica donde Rick llevaba sus pedidos para que no se enfriaran. Aunque no le estaba mirando, sabía que Will me observaba desconcertado.

—No, todo bien —respondí. Me acerqué a Will y me quité el casco—. De puta madre, vamos.

Will me miró como si acabara de ver a alguien al que despidió en un aeropuerto para siempre y esperaba no volver a ver jamás.

—¿De qué vas, Joel?

—De Rick, ¿no lo has notado?

—No hacía falta que te pusieras su ropa para venir a verme.

—Si vengo tal cual, a lo mejor sales corriendo.

—Tú flipas... —respondió. Se dio media vuelta y se dispuso a regresar al restaurante.

—Fuiste tú, ¿no? —pregunté antes de que cruzara la puerta.

—¿También lo crees?

Le miré a los ojos sin decir nada. Quería que fuera él quien se contestara.

—Da igual lo que diga, no me vas a creer. Igual que tus amigos —y volvió a encaminarse al interior.

—No, no te creo —dije. Will se dio la vuelta de nuevo.

—Entonces, ¿por qué no me dejáis en paz?

—Porque solo pudiste ser tú.

Will me miró en silencio. Le vi como el falso culpable que teme auto inculparse diga lo que diga. O el culpable que calcula su margen de error para no perder la confianza que acababa de mostrarle.

—¿Por qué? —Quería saber qué pensaba yo y eso le señalaba. No era su mejor respuesta, pensé.

—Nadie más pudo avisar a Donald.

—¿Has pensado que, tal vez, no le avisó nadie?

—Sí. Por eso estoy aquí.

Volvimos a quedarnos callados. Toda la confianza y camaradería que nos habíamos mostrado hacía unos días se había convertido en distancia y recelo.

—Creo que ninguno de los dos podrá demostrarlo —dije—. Hasta que termine todo.

Seguí mirándole a los ojos en busca de cualquier signo que me desvelara que anunciar el final de Donald significaba anunciar el suyo. Pero mantuvo la misma expresión, sin apartar los ojos de los míos.

—¿Y dónde nos deja esto? —Era la cuarta vez que me respondía con una pregunta. No quería manifestarse, no quería darme un solo centímetro de ventaja.

—¿Me lo dices tú? —respondí preguntando también. Podíamos estar así hasta la mañana siguiente.

—Déjalo, tío. —Y se metió dentro.

Me alejé del restaurante con una sensación extraña. No estaba seguro de que Will me hubiera traicionado y eso no me dejaba definir mis sentimientos. Podía odiarle y también podía sentir confianza. Podía todo mientras no supiera si me la había jugado o no. Esa noche no supe si había sido Will. Tampoco esperaba averiguarlo. Siempre cabía la posibilidad de que se derrumbara, claro, pero nunca entró en mis planes que lo hiciera. La visita tenía otra finalidad y para ello había que esperar.

Kevin había ido al registro de la propiedad, había merodeado por el edificio de oficinas, había, incluso, subido a la planta catorce en busca de la señora que había delatado a Connor y a Silvestre el día anterior. Sacó sus dotes de periodista y enlazando una historia con otra, consiguió que la mujer largara de todo y terminara hablando hasta de sus hijos.

—Tiene uno de veintisiete que trabaja en Stuttgart, ingeniero aeronáutico —les explicó apoyado en el mostrador del videoclub.

—¿Y el otro? —preguntó Flavia con curiosidad. Era irrelevante para la investigación, pero no podía quedarse sin saber el desenlace de la historia familiar de la señora.

—Una chica. Tiene veinte, se ha operado las tetas y quiere ser *tronista* —dijo con cierto desprecio.

—¿Para qué va a estudiar, si enseñando culo gana lo mismo? O más —dijo Silvestre también despectivo.

—Qué juventud —sentenció Connor.

—Y de Souza, ¿qué? —preguntó Jan impaciente.

Kevin les contó que, tras escuchar las penas de la señora —su marido se había quedado en paro con cincuenta y siete años y estaba pendiente de una operación de vesícula—, se fue con la certeza de que la oficina de la planta doce, la que supuestamente alquiló Souza, llevaba vacía más de seis meses.

—La última empresa que estuvo ahí fue una empresa de venta de yogurt helado por internet. Según la señora, fracasó, nunca llegaban en buen estado al cliente.

—Vender helados *online*. Hacía tiempo que no escuchaba una tontería semejante —renegó Connor.

—Así que la «okupó» —dijo Jan desanimado—. Sin registro, sin contrato...

—Pero vosotros le visteis ahí, alguien más pudo verlo —insistió Silvestre.

—La señora, no. Y se sabe los cotilleos de todo el edificio. El contable de la planta tercera tiene un lío con la secretaria de la séptima —dijo Kevin impostando voz de cotilleo televisivo.

—Cualquiera puede entrar ahí. Pudimos hasta Sil y yo... —dijo Connor.

—La reunión no duró ni quince minutos. En cuanto nos fuimos, Souza salió... y aquí no ha pasado nada —explicó Kevin.

—¿Qué haces? —preguntó Silvestre a Jan, que tecleaba en su móvil.

—*Googleo* «Souza».

—Seguro que sale —respondió Connor.

—¿Se te ocurre algo mejor?

La búsqueda de Jan, como era de esperar, no dio ningún resultado. No se molestó ni en anunciarlo. Los cinco se habían quedado callados, mirando a ninguna parte, desanimados.

—Lo peor de todo es que seguimos sin poder ayudar a Joel —resumió Jan.

—¿Creéis que está esperando nuestra respuesta? —preguntó Silvestre.

—No tiene otra cosa —dijo Kevin.

—Ni tiene a nadie más —añadió Connor.

—Menudo montaje —sentenció Silvestre—. Hay que tener imaginación para colarse en una oficina y montar ahí una reunión. Con el riesgo de que te pillen, que a tu amiga, la señora, no se le escapa una.

—¿Será guionista? ¿Escritor?

—O eso, o ve muchas películas.

—Actor —dijo Flavia.

—¿Actor? —preguntó Connor—. ¿De dónde deduces que Donald es actor? Ha hecho de todo menos actuar.

—Donald, no. Souza.

No hicieron falta más explicaciones. Los cuatro estiraron la espalda y levantaron la cabeza, señal de que el desánimo que les había invadido quedaba

atrás. La deducción de Flavia era sorprendente, como todas las suyas, pero esta vez, no sabían si porque estaban desesperados o porque había dado en el clavo, nadie la cuestionó.

—¡Lo contrató Donald para hacer ese papel! —dijo Silvestre como una gran revelación.

—¿Estáis seguros? —preguntó Connor—. ¿Qué clase de actor aceptaría hacer algo así?

—La profesión está complicada, Connor. Y todo lo que sea ganar un dinero... —le explicó Kevin.

—Actor y portugués.

—O brasileño.

—No debe de ser muy difícil de encontrar.

14.

A media tarde, escuché los pies de Rick arrastrándose por el pasillo del rellano del apartamento. Antes de que tocara la puerta con nuestra contraseña, abrí.

—No he llamado, míster —me advirtió Rick sorprendido, como si necesitara que me lo recordara.

—Sabía que eras tú.

—¿Y si te llegas a equivocar? —Rick cerró la puerta preocupado. Parecía que era a él a quien no debían encontrar. Se había metido en el papel hasta el fondo.

—Tienes una forma de andar que se escucha desde la calle. Tú como espía ibas a durar cinco minutos.

El comentario debió de dolerle porque se quedó clavado en mitad del saloncito del apartamento sin hacer su viaje habitual a la nevera.

—Puedes visitar a Gobi, me acaban de subir la compra.

—¿A quién? —Seguía sin entender el paralelismo de mis neveras con la geografía. A pesar de eso, se dirigió a la nevera y buceó entre los estantes a ver qué podía pillar.

—¿Quién está embarazado, tú o Melly?

—Es que la ansiedad me da hambre, míster. Este juegucito me tiene atacado.

—Ya... —dije intentando transmitirle compasión. Su papel estaba llegando a su fin. Me dio pena, me había acostumbrado a sus visitas—. He comprado los batidos esos que te gustan.

—¡Guau! —cogió todo el pack y lo metió en su mochila. Al ver mi cara de sorpresa, se sintió obligado a justificarse—. Es que a mi Melly le encantan.

—Así está luego, vomitando toda la tarde.

Sin hacer caso de mi advertencia, cerró la cremallera y echó un vistazo a la estancia.

—¿El uniforme? Tengo que ir al curro.

—Ahí lo tienes —señalé una silla—. La moto está en el restaurante.

—¿Me vas a explicar por qué todo ese lío ayer? —dijo mientras se ponía los pantalones sobre los suyos.

—No. —Y reí—. Mejor que no sepas nada.

—Soy un agente sonámbulo, ¿eh? —dijo divertido.

—Más bien zombi. Va más contigo.

—Mal parido... —Terminó de ponerse el anorak y cargó su mochila a la espalda—. ¿Vengo luego?

—No. Ya no.

Su sonrisa se desdibujó. Entendió que nuestra colaboración estaba terminando. Bajó la mirada sin saber qué decir. Esperando a que hablara yo, me imagino.

—Solo una cosa —dije. Rick levantó la cabeza esperanzado—. Hace tiempo que no sé nada de Will y me da pena. Es buen tío. Si pregunta por mí, ¿le dirás dónde estoy?

—¡Pero, míster! ¿No te escondías de él también?

—No, él no tiene nada que ver. Estoy seguro —afirmé con rotundidad—. No quiero llamarle, ya sabes, por si acaso. Pero me gustaría verle.

—Como quieras.

—Gracias por todo, tío.

—De nada, míster. Estás un poco *zumbao*, pero molas.

Sonreí y nos quedamos uno frente al otro sin saber cómo despedirnos. Darnos la mano me parecía demasiado formal; un abrazo, demasiado cercano.

—¿Puedo? —preguntó Rick.

Agradecí que fuera él quien resolviera mis dudas y esperé a que diera el primer paso. Sin embargo, en cuanto afirmé con la cabeza, Rick se dio media vuelta y se dirigió a la nevera mientras se descolgaba la mochila y abría la cremallera. Sin cortarse, la empezó a llenar de todo lo que pudo.

—¡Gracias, Míster!

Sonreí de nuevo. Sí, dejarme saquear la nevera era la mejor manera que teníamos de despedirnos.

Podía parecer sencillo. Un actor de mediana edad que supiera hablar portugués y cuyo rostro Kevin conocía. Solo había que buscar en las webs de agentes y en las guías de actores. Todo lo más, ir a algunas agencias de casting. Pero no. Después de estar buscando todo el día, no habían conseguido dar con él.

—A lo mejor se lo trajo de Portugal —sugirió Jan.

—A ver, que Donald es muy listo, pero traerse un actor de fuera... Como si esto fuera una superproducción —respondió Connor.

—Es una superproducción —dijo Silvestre—. No de pasta, pero sí de puesta en escena. Ha *hackeado* cuentas, ha fabricado muñecos, ha montado escenarios...

—Después de esto le fichan en Hollywood, fijo —dijo Connor con ironía.

—Tiene que aparecer —insistió Kevin, que no estaba dispuesto a rendirse—. Puede que no sea actor.

—Entonces, lo llevamos crudo —dijo Silvestre.

—Actor, vendedor, comercial, empresario... —recitó Flavia. Se calló cuando comprobó que todos la miraban—. Es todo lo que sabemos de él.

—Un vendedor es una especie de actor —sugirió Jan—. Tiene que convencer a los demás de que lo que te ofrece es mejor que lo que ofrece el otro.

—Un charlatán —dijo Kevin—. Eso es, alguien que no vive de actuar aunque no deja de actuar en todo el día. No le hizo falta contratar a un actor. Jan, busca empresas portuguesas que estén en el país. Pero no las importantes. Las cutres, si puede ser.

Jan se puso a ello. A su alrededor, los otros cuatro se quedaron mirando la pantalla de su móvil como si de ahí fuera a salir el propio Souza.

—Si me miráis, me bloqueo —protestó. Su impaciencia era tal que, si no miraban a Jan no sabían qué hacer—. ¿No tenéis móvil vosotros?

Todos a la vez, sacaron sus teléfonos y empezaron a buscar. El terreno a explorar era grande y no había un término de búsqueda claro: «empresas portuguesas», «comerciales portuguesas», «vendedores callejeros»... Era difícil filtrar la búsqueda y, al mismo tiempo, discriminar los resultados útiles de los que no sumaban nada. Absortos en sus pantallas, Connor, Kevin, Silvestre, Jan y Flavia no abrieron la boca en un buen rato. Eran cinco seres con las cervicales dobladas a cuarenta y cinco grados ajenos a cualquier realidad que no fuera el rectángulo vertical de su pantalla. Nadie se preocupó en anunciar presuntas pistas buenas ni en maldecir los callejones sin salida a los que les conducía la navegación. Al final fue Jan quien rompió el silencio.

—No sé esto... ¿Puedes mirar? —preguntó a Kevin, que se acercó veloz junto a Jan—. Vienen fotos de los miembros de la plantilla.

Kevin estuvo viendo las fotos una a una.

—Joder... No le reconozco en ninguna. Entre lo pequeño que se ve y que el día que le conocí debía de estar caracterizado...

—Aquí hay una noticia sobre un despido... —dijo Connor leyendo en su pantalla— ...de un empleado de nacionalidad portuguesa. Trabajaba en una empresa de aquí, pero era portugués.

—¿Y? —preguntó Silvestre sin entender.

—Pues que es trabajador y portugués, ¿yo qué sé?

—Aquí nada, Jan. Gracias —dijo Kevin mientras le devolvía su móvil.

—Mira a ver, Kevin —le dijo Connor tendiéndole su teléfono. Kevin lo cogió, pero no miró la pantalla de inmediato.

—A lo mejor podríamos apuntar los sitios donde estamos buscando. Seguro que hemos mirado las mismas webs sin saberlo —dijo. Bajó la mirada al teléfono de Connor—. ¡Es este!

Todos levantaron la cabeza. Era la noticia que esperaban, pero escuchar que

había llegado, les dejó paralizados. Kevin deslizaba su dedo índice por la pantalla.

—Fernando Oliveira —dijo—. Se llama Fernando Oliveira.

—Y le echaron hace cuatro meses por reducción de plantilla junto a otros cincuenta trabajadores. Por eso fue a juicio —explicó Connor.

—¿Y por qué salió en prensa? —preguntó Silvestre.

—Parece que fue contratado en su país y luego traslado aquí y consideraba que se le debía aplicar la ley portuguesa. Un lío de la leche.

—¿Y al final? —pregunto Flavia.

—Se fue a la calle, como está mandado. ¿O es que alguna vez se le da la razón al trabajador? —respondió Connor.

—¿Qué empresa era? —quiso saber Silvestre.

—Una de informática —dijo Connor—. Lo típico: echan a los trabajadores mayores y contratan a jóvenes para pagarles la mitad. El mundo funciona de puta madre.

—¿Dejamos de quejarnos y buscamos al tal Oliveira? —apremió Kevin.

—Ya lo tengo —dijo Jan sonriente.

—Eres un crack —le felicitó Silvestre.

—Bueno, sale en la guía telefónica, tampoco tiene tanto mérito —respondió Jan, no tanto por humildad como por señalar la poca sagacidad de sus amigos.

—Recordadme que mañana vaya a ponerle una vela a san Google —dijo Connor.

—¿A qué estamos esperando, entonces?! —dijo Silvestre. Todos se pusieron en disposición de salir pitando.

—Vamos Connor y yo —dijo Kevin. El resto lo miraron desconcertados—. Hay que sonsacarle, mejor ser discretos.

Nadie discutió la decisión. Kevin había demostrado con la señora del edificio de oficinas que sus dotes de persuasión eran infalibles. No tenía por qué ser de otra manera esta vez.

Una hora más tarde, Kevin aparcaba su coche frente a un edificio de viviendas del centro.

—Subo contigo, ¿no? —preguntó Connor.

—Mejor quédate aquí. Él me conoce a mí y en cuanto me vea sabrá a qué vengo. Si me ve contigo se pondrá en guardia. Es mejor que vaya solo.

—Sí, no tienes pinta de que le vayas a hacer nada.

—Practico kickboxing, por si no lo sabías.

—¿Tú? —preguntó Connor incrédulo. El físico de Kevin no invitaba a pensar que pudiera practicar cualquier arte marcial.

—¿Quieres comprobarlo?

—Mejor no —respondió Connor por si acaso.

—Solo estate atento, por si pasa algo.

Salió del coche y entró en el portal. Connor se sentó al volante. Era lo único que podía aportar en el plan: estar preparado por si Kevin salía de ahí corriendo.

Dentro del edificio, Kevin subió en el ascensor hasta la planta donde Jan había descubierto que vivía Oliveira. Al llegar, se dirigió a la puerta del piso. Respiró hondo. Por un instante regresó a sus tiempos de estudiante, cuando estuvo un tiempo trabajando como comercial de aspiradores sin bolsa para pagarse los estudios. Era el mejor de su equipo: ama de casa que le dejaba pronunciar la segunda frase cuando le abrían, ama de casa que le compraba un aspirador. La empresa quiso contratarle como vendedor fijo, pero Kevin tenía metas más altas y, aunque pasó por el ingrato mundo del periodismo *online*, vistos los resultados, la decisión de seguir su camino no había sido desacertada. Hasta ahora. Como Joel, no sabía qué iba a suceder con su trabajo cuando todo eso terminara. Porque iba a terminar, no le cabía duda. Llamó al timbre.

Al abrir, Oliveira echó el cuerpo hacia atrás y achinó los ojos, como si necesitara enfocar el rostro de Kevin, bien para verle mejor, bien para recordar quién era. Iba sin gomina, lo cual aumentaba el volumen de su pelo. Llevaba unos vaqueros viejos y una camiseta de propaganda, muy lejos de la imagen que conoció de él en la oficina.

—Ah —dijo al fin Oliveira—. Tengo algo para ti.

Sin más explicaciones, entornó la puerta y dejó a Kevin de pie en el felpudo sin haber abierto la boca, algo incomprendible en él. Desconcertado, empujó la puerta unos centímetros y asomó la cabeza. Solo pudo ver un recibidor minúsculo en penumbra. Dio un bote cuando Oliveira abrió la puerta con energía.

—Es para ti —y le entregó un pequeño sobre.

—¿Qué significa esto? —dijo Kevin sin cogerlo.

—Yo no sé nada. Solo sé que, cuando tú o tu amigo el *youtuber* vinierais, os tenía que dar esto. —El acento portugués seguía igual de marcado que la primera vez que lo vio como Souza.

—¿Quién se lo dio?

—¿Lo coges? Porque a mí me la trae floja.

Mantuvo el sobre en el aire entre él y Kevin durante unos segundos durante los cuales, no desviaron los ojos el uno del otro. Oliveira hizo gesto de retirar el sobre del alcance de Kevin.

—Como quieras.

—Espere —Kevin no cogió el sobre, pero puso el pie dentro del recibidor para evitar que cerrara la puerta—. ¿Quién es Donald?

—Yo solo estoy aquí para darte esto. Si lo coges, bien. Si no, lo tiro a la basura.

Kevin cogió el sobre. Quería saber más, pero prefería amarrar lo que ya

tenía seguro. No apartó el pie aún.

—No sé si sabe —dijo.

—No, no sé.

—Su amigo está en búsqueda y captura por la policía. No va a salirse con la suya.

—¿Mi amigo? —Y soltó el aire por la nariz para subrayar lo cómica que le parecía esa idea. Señaló el pie de Kevin—. ¿Me permites?

—Usted puede ayudarme a acabar con esto de una vez. Es lo mejor que puede hacer. Cuando pillemos a Donald, usted tendrá que explicar qué hacía en ese edificio de oficinas vendiéndonos una marca de refrescos.

—¿Estás seguro de que yo estuve ahí? —dijo con aplastante tranquilidad. Era cierto, nadie podría demostrarlo.

—¿Por qué le ayuda?

—Yo solo me ayudo a mí mismo.

A continuación empujó la puerta sin encontrar la oposición de Kevin, que retiró su pie. Escuchó cómo Oliveira se alejaba de la puerta hacia el interior de su piso. Sobre el felpudo, sintió el corazón latiendo fuerte y profundo, pero lento. Había estado cerca, pero cerca, ¿de qué? Del mal, pensó. El corazón respondía a la sensación de haber atravesado el pánico de un extremo a otro, como si este fuera un espacio cerrado y abarcable. No era Oliveira quien lo inspiraba, pero sí era él el que sugería la presencia de la mano de Donald manejando los hilos de esa situación. Unos hilos invisibles. El desconcierto de no saber, de no prever, de estar a merced de esa mano, era la definición del miedo que sentía Kevin en ese momento y que, comprendió, debía de haber sentido Joel las últimas semanas. Bajó la mirada al sobre y se descubrió temblando.

—¿Y si Donald estaba ahí? —preguntó Connor cambiándose de nuevo al asiento del copiloto mientras Kevin entraba.

—¿Y qué iba a hacer, meterme hasta la cocina?

—Déjame verlo —dijo pidiéndole el sobre.

—No, espera.

—¿No quieres saber qué mensaje hay dentro?

—Sí, pero no aquí.

Se guardó el sobre y arrancó. Connor no dijo nada. Se puso el cinturón y miró hacia el frente.

De nuevo en el videoclub, los cinco miraban el papelito en silencio. Habían abierto el sobre con toda la ceremonia que merecía, con cuidado, tratando de rasgarlo lo menos posible.

—Son unas coordenadas de GPS —dijo Jan.

—Ya.

El mensaje no escondía mucho misterio. Solo lo que podía haber ahí, en el lugar que indicaban dichas coordenadas.

—Está a las afueras. Parece que es un parque —completó Jan, que había buscado las coordenadas en su móvil.

—¿Deberíamos ir? —preguntó Flavia.

—Es un mensaje para Joel —dijo Kevin, que volvió a meter el papel en el sobre.

—Sí, pero deberíamos saber por qué ese lugar, qué pretende Donald hacer ahí.

—O qué hay.

—El portugués dijo que era para ti o para Joel, ¿no? —preguntó Connor.

—Para quien fuera a recogerlo. Donald se imaginaba que Joel llegaría en algún momento a la casa de Oliveira, pero cabía la posibilidad de que fuera yo. Yo no tengo nada que ver en esto, solo soy el representante —dijo con un punto de amargura.

—¿Y si no hubiéramos descubierto a Oliveira? —preguntó Silvestre, preocupado por los detalles del juego.

—Hubiera buscado una manera de seguir jugando. Es un ludópata —respondió Connor.

—Un ludópata siniestro —apostilló Jan.

—No, no puede seguir jugando. Para que el juego continúe necesita otro jugador —siguió Kevin—. Y desde que Joel desapareció, se ha quedado solo, necesita que vuelva.

—Y Joel, ¿querrá volver?

Nadie respondió. Eran conscientes de que enfrentarse a Donald era peligroso y que, por lo visto hasta entonces, no había muchas garantías de que fuera a salir bien. Pero ningún jugador se levanta de la mesa hasta que el juego ha terminado.

—Sí, seguro que sí —sentenció Kevin—. Si no, ¿por qué nos ha pedido ayuda?

—Lo que me preocupa es cómo podemos seguir ayudándole ahora.

—No podemos. Esto es entre Joel y Donald —dijo Connor.

—¿Cómo vamos a darle el mensaje? —preguntó Flavia.

Esa tarde fue la más desesperante de todas desde que me había escondido en el apartamento. Tenía la sensación de que había culminado una fase de mi estrategia y la espera hasta empezar la siguiente se me estaba haciendo eterna. Influía el hecho de saber que estaba solo, que Rick no iba a volver a aparecer para saquearme la nevera. También el no poder saber si mis amigos habían averiguado algo acerca de Souza. Estaba a ciegas, tras haber repartido las cartas, y sin saber

cómo iba la partida.

Según iba anocheciendo, mi ánimo también se fue apagando. Todos los movimientos que había hecho, y que había meditado hasta sus últimos detalles, me parecían inútiles. A falta de respuestas, solo dudaba de ellos. Podían fracasar y nada hubiera servido. Lo peor era que no tenía un plan B. Si no funcionaba lo que había previsto, tenía que volver a empezar de nuevo y, encerrado y solo, pensar en ello se me hacía un mundo. Me tumbé en el sofá con las luces apagadas. Tenía que esperar, solo eso. Unas horas. Tener la calma y la tenacidad de mi adversario. La paciencia necesaria para que fueran los otros los que arriesgaran con una respuesta. Si me precipitaba alteraría el orden de las cosas. El orden. Las cosas. El precipicio.

Me despertaron los golpes en la puerta. Me había quedado dormido en el sofá y no sabía qué hora era. Me puse de pie de un salto y me quedé inmóvil, recuperando la consciencia. ¿Habían llamado o lo había soñado?

—Míster... —Escuché un susurro al otro lado. Si era Rick, había llamado de manera azarosa, sin respetar nuestra contraseña—. Abre, míster —insistió.

Traté de acercarme con sigilo a la puerta, pero dormido como estaba, tropecé con varios muebles por el camino. Si quería dar a entender que no había nadie en casa, había fracasado estrepitosamente. Aun así, al llegar a la puerta miré por la mirilla. Rick no pintaba nada ahí, menos después de habernos despedido esa tarde. Era sospechoso, pero comprobé que venía solo. Abrí y entró como un rayo.

—¿Qué haces aquí, tío?

—Buf... —resopló—. Creía que no estabas.

—¿Qué hora es?

—Las doce o así. No he podido venir hasta el último reparto. Hoy había fútbol en la tele y la gente se ha puesto a pedir comida como loca.

—Rick, relaja, me estás poniendo de los nervios. —Estaba acelerado y sudoroso, no era tranquilizador que hubiera aparecido así a esas horas—. ¿Qué cojones haces aquí?

—Te traigo algo —y empezó a buscar en los bolsillos, lo cual le llevó unos segundos.

—¿Qué es? —pregunté al límite de mi paciencia.

—Ya lo ves tú. Joder... —no daba con ello—. Aquí.

Rick sacó un pequeño sobre y me lo entregó. Lo cogí temeroso.

—¿Quién te lo ha dado?

—El gafitas y el grandullón —dijo refiriéndose a Kevin y a Connor—. Qué misterio, míster. Han hecho un pedido que he tenido que llevar a tomar por saco. Ahí me lo han dado.

Respiré un poco más tranquilo. Habían actuado con cautela y me gustaba. «A tomar por saco» era la casa de Kevin, que vivía en el campo, a unos diez

kilómetros de la ciudad. También respiré al saber que el mensaje era de ellos. Pero antes debía comprobarlo. Abrí el sobre que observé que ya había sido abierto. Dentro encontré dos papeles. El primero era el que yo les había hecho llegar con la frase de *Los juegos del hambre* donde se marcaban las iniciales de Souza. Bien, lo habían pillado. El segundo era uno con unas coordenadas de GPS escritas.

— ¿Todo bien, míster? — preguntó Rick desde la nevera. Era incorregible.

— Sí, sí...

Solo podía significar una cosa: habían investigado la pista de Souza y habían llegado a esas coordenadas. ¿Cómo? Lo ignoraba, pero era un paso gigantesco. Una de las líneas que había abierto daba sus frutos. No sabía qué quería decir, pero pronto lo averiguaría.

— Me tengo que ir, tengo que llevar la pasta de las últimas entregas para que cierren la caja — dijo Rick masticando.

— Claro. Muchas gracias, tío.

— ¡Nos vemos!

Salió por la puerta a toda velocidad al tiempo que engullía un pedazo de sándwich. Me asombraba la velocidad con la que se preparaba la comida este chico.

— ¡Rick! — grité unos segundos más tarde. Había olvidado preguntarle algo. Corrí hacia la puerta y me asomé al rellano. Ni rastro. Al poco escuché la moto de reparto en la calle. Corrí hacia la ventana y vi cómo se alejaba—. Mierda.

Aún no había soltado la nota de mis manos. Me senté en el sofá y volví a mirarla. Souza me había llevado a unas coordenadas. ¿Qué querría decir? Las introduje en mi móvil y comprobé que eran de un parque a las afueras. Había estado alguna vez. Era uno de esos parques de césped y hormigón, caprichos de urbanistas con aires de grandeza. Pero, ¿qué tenía que suceder ahí? ¿Tenía que ir? ¿Cuándo? Sonó el teléfono del apartamento. El fijo. No había sonado ni una sola vez desde que me había instalado ahí. Sorprendido, lo busqué.

— Ve — escuché al otro lado de la línea.

— ¿Donald?

— Ve. Mañana, a las nueve de la noche. Solo, por supuesto. — Opté por no decir nada.

Bienvenido de nuevo, Joel.

Y colgó. Dejé el teléfono en su base y estiré las piernas. Sonreí. Donald me citaba al día siguiente en el lugar que marcaban las coordenadas. Los dos caminos se unían por fin. Por eso, a pesar de que mis expectativas se habían cumplido, mi sonrisa era amarga. Tenía que ver con la razón por la que me había llamado Donald, eso que olvidé preguntarle a Rick, que no era otra cosa que saber si Will había preguntado por mí. Ya sabía la respuesta. Sí, lo había hecho. Y Rick le había dicho dónde estaba. Y Will se lo había dicho a Donald.

Bingo.

15.

El tono de Donald al teléfono me había sonado sombrío. Me había recordado más al Donald de la primera llamada, ese oscuro vendedor de muñecos fabricados a mano, que al Donald eufórico y seguro de sí mismo que había conocido después. Mi retirada del tablero le había afectado, llegué a pensar. Un jugador sin adversario, un delantero sin defensa del que desmarcarse. Pero me costaba creermelo esa idea. No le veía tan frágil. Me costaba creer que una simple retirada como la que yo había llevado a cabo pudiera afectarle de manera profunda. Sí podía haberle impacientado o irritado, pero deprimirle, no. Era lógico por su parte pensar que, tarde o temprano, yo iba a reaparecer de alguna manera. Solo era cuestión de tiempo. Por eso me sorprendió escuchar su tono, parco y escueto. Me había hablado como un padre enfadado que no quiere dar demasiadas explicaciones a su hijo para que no se desate la ira que lleva dentro. Pero yo no era un hijo díscolo. Era su juguete, su entretenimiento.

Apagué las luces del apartamento y volví a tumbarme en el sofá. Había dormido toda la tarde y era imposible que volviera a hacerlo antes de bien entrada la noche. Me dediqué a mirar al techo y a observar las extrañas formas que hacía sobre este el reflejo de los faros de los coches que pasaban por la calle. Desde pequeño, ese había sido uno de mis pasatiempos nocturnos, acompañamiento visual a mis ensoñaciones infantiles, donde imaginaba ser esto o lo otro. De niño soñaba con ser futbolista, inventor, dueño de banco, millonario, playboy de la Costa Azul... soñaba con ser muchas cosas, pero nunca *youtuber*. Los sueños se cumplen, sí, pero deben de cumplirse esos que no recordamos, los que se desvanecen al despertar.

Tumbado en el sofá, esa noche, no soñaba. Solo observaba las formas que se dibujaban en el techo que, a veces, cuando se cruzaban dos coches que iban en dirección contraria, se yuxtaponían en un efecto que recordaba al de los caleidoscopios. No soñaba. No podía. Will me había traicionado. Eso era lo único que ocupaba mi cabeza. Desde que Connor le señaló aquella noche en mi casa, la sospecha siempre había estado ahí. Pero yo me resistía a creerlo. No era mi amigo, eso era cierto, aunque habíamos congeniado bien. No era eso lo que más dolía. Dolía verme engañado, utilizado. No podía asumir que los tentáculos de Donald hubieran llegado tan lejos, tan dentro. Había conseguido manejar mi voluntad sin que yo me diera cuenta. Y lo había hecho de la manera más fina, entrando hasta el

lugar más íntimo de uno mismo: con una relación de amistad.

Saber que Donald había actuado con esa brillantez no explicaba el hecho de que Will me la hubiera jugado, en cualquier caso. No podía imaginar por qué un chaval de mi edad podía aceptar hacer algo así. ¿Dinero, chantaje? Hay que ser un vendido para participar en un plan tan perverso como ese. O estar muy desesperado. Pero, ¿qué sabía de Will como para imaginar los motivos que le habían llevado a actuar contra mí de esa manera? Nada. Las veces que nos habíamos visto solo habíamos hablado de mí. Le había contado mis problemas, mis preocupaciones, mis bajones y mis dudas. Y, a cambio, no había tenido siquiera el detalle de interesarme por él, por su vida o sus problemas. Estaba tan metido en mí mismo que no dediqué ni un segundo a mirarle. Me sentí egoísta y culpable. No solo porque si hubiera sido capaz de dedicar un poco de atención a esa persona que, parecía, se estaba preocupando por mí, a lo mejor hubiera adivinado sus intenciones; también porque delante tenía a alguien que, como yo, tendría sus problemas, sus angustias o sus desvelos personales. Y no se me había pasado por la cabeza preguntárselos. Solo era yo, yo y yo. Con Will fui tanto «yo», que, al final, se lo puse muy fácil a Donald. Mi ego había resultado ser la mejor arma para mi acosador; y Will, el canal de transmisión más eficaz. Cuando pasara todo, pensé, debía hacer un buen examen de conciencia. El cabrón de Donald, al final me estaba dando una lección. Es lo único bueno que tienen los perversos: al mostrarte la cara del mal —la suya y la de uno mismo—, te acaban enseñado algo, o mucho, de ti mismo.

De eso iba a encargarme después, cuando Donald fuera historia. O cuando lo fuera yo. Cuando el juego hubiera terminado. En esos momentos debía desprenderme de todo lo que no fuera esencial y centrarme en lo que tenía delante: el encuentro al que Donald me había invitado para el día siguiente. El juego tenía unas normas difusas y un desarrollo imprevisible, pero sí tenía un objetivo, al menos para él: acabar conmigo. Sabía que me enfrentaba a la última ronda de la partida y que de ahí iba a salir el vencedor. Iba a ciegas, como tantas otras veces con Donald. Solo tenía el consuelo de pensar que, al menos esta vez, había llegado ahí con mis propios medios, no conducido por su mano. No era gran cosa, pero gracias a eso sentía que llegábamos en igualdad de condiciones.

Fue cuando amaneció cuando fui consciente de que en algún momento de la madrugada me había quedado dormido. No debía de haber dormido muchas horas, pero me levanté fresco y con energía. Me duché, me cambié de ropa, hice el equipaje y salí del apartamento. Lo miré por última vez antes de salir. Sabía que nunca más iba a volver ahí.

Al entrar en mi casa me sentí extraño. Había estado largos periodos de tiempo fuera, en vacaciones o por alguna gira, pero esta vez, el regreso me resultó diferente. Todo estaba como lo había dejado la última vez: el desorden, las

películas apiladas, las cosas dejadas de cualquier manera, Sahara vacía... Nada nuevo. Haber estado fuera varios días no era el motivo de mi extrañeza. Era, más bien, la desconexión que había hecho en mi cabeza la que había convertido una semana en una inmensa distancia con todo lo que es mío. Fui al estudio. El ordenador estaba apagado, como lo dejé. También con eso sentí lejanía. No tuve la tentación de encenderlo, mirar mi cuenta de YouTube, cotillear por la red. Estaba fuera de todo eso. Aún no sabía si para siempre.

Sin dudar, hice lo que tenía previsto hacer. Saqué una mochilita y metí en ella una cámara y un par de baterías. Era temprano, tenía todo el día, pero quería resolver eso cuanto antes. Dejé la mochila en la entrada y me dirigí al salón. Encendí mi móvil, el de siempre. Al poco empezaron a entrarme mensajes y notificaciones de llamadas. Todas eran de los primeros días de mi exilio. A partir del segundo, nada. Bien, ya estaba conectado, solo me cabía esperar. No tuve que hacerlo mucho tiempo. Al cabo de un rato, llamó Kevin.

—He visto que estabas en línea —dijo.

—Ya veo que te alegras de verme —respondí. El aislamiento me había hecho olvidar el desencuentro que había vivido con él. El enfado había quedado atrás. Además, me había ayudado y estaba agradecido.

—¿Ya tienes las maletas preparadas?

—¿Cómo? —¿De qué narices me hablaba?

—Sales de viaje, ¿no? —Seguí sin entender nada.

—¿Dónde estás, Kevin?

—Donde siempre, con café y donuts.

—Sube, anda.

Al poco, llamó a la puerta con los nudillos. Al verme, se quedó en la puerta, mirándome con desconfianza, como si dudara de que fuera yo, Joel, quien estaba frente a él. Me aparté para dejarle pasar.

—¿De qué me estabas hablando...? —dije para romper el hielo.

—Shhh... —me reprendió señalándose las orejas y el techo mientras abría mucho los ojos con un gesto de «¿estás loco o qué?»—. Tengo que ir a ver a mi tía, ¿me acompañas?

Entró en casa y cerró la puerta tras de sí.

—Como no dejes de hablar en clave, me voy a volver loco.

—¡Que si nos vamos a hablar a la calle, joder! ¿No ves que nos puede estar escuchando? —dijo perdiendo la paciencia—. ¡Hola, Donald! —gritó a todas partes.

—Tranquilo, no hay micros ni nada. Puedes hablar tranquilo.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque sé quién me ha traicionado —Kevin me miró con los ojos muy abiertos, esperando una respuesta—. Pensé que eras tú, pero...

—Déjate de tonterías. ¿Quién ha sido?

—Will.

—Lo sabía.

Le conté la trampa que le había tendido con Rick, cómo había picado el anzuelo y la llamada de Donald la noche anterior tras saber dónde estaba gracias a él.

—Si es que no eliges bien tus compañías.

—Lo sé, tú eres una de ellas.

Kevin sonrió. No bajaba la guardia, pero estaba deseando hablar de lo que nos había pasado. Yo era consciente de ello y estaba dilatando el momento todo lo posible para hacerle sufrir.

—¿Qué vas a hacer con tu canal? —me preguntó.

—¿Te preocupa eso o quedarte sin curro?

—Joel... —me dijo a medio camino entre un reproche y una súplica.

—Por mi parte está todo olvidado —dijo. Kevin alegró un poco el gesto aunque hizo todo lo posible para que no se le notara.

—Lo siento —dijo.

—No ha sido fácil para ninguno. Yo también lo siento.

Nos quedamos en silencio unos segundos. No sabía si procedía un apretón de manos, un abrazo o nada. Éramos colegas y entre colegas rara vez se hablan las cosas. Se hace un chiste y se pasa página.

—¿Amigos? —me dijo tendiéndome la mano.

—Un abrazo, anda —dijo.

—Eres un hijo de puta —me dijo al oído.

—Pero no puedes vivir sin mí —respondí. Nos separamos de inmediato. No hacía falta más para firmar la paz.

Hablamos durante un rato de la peripecia para dar con Souza-Oliveira. De mi encierro, de Rick y su voracidad, de Will, de Connor, Silvestre, Jan y Flavia, a los que, aunque no lo quisiera reconocer, había cogido cariño. Parecíamos dos viejos amigos que se reencuentran después de muchos años y tienen un montón de cosas que contarse. Volvimos a sentirnos cómodos el uno con el otro. Éramos un equipo, estaba claro. Pasara lo que pasase, lo éramos para siempre.

—¿Cuándo es? —me preguntó de forma inesperada. Aunque no venía precedido por lo que estábamos hablando, supe de inmediato de qué estaba hablando.

—Es cosa mía.

—No pensarás ir solo, que ese tío está loco.

—Lo sé, pero esto lo tengo que resolver yo. No solo porque me lo ha dicho Donald, sino porque creo que es la manera de hacerlo. Esto solo se va a terminar cuando le tenga cara a cara.

—¿Y si pasa algo?

—¡¿Más?! —dije rompiendo a reír.

No quise despedidas, ni deseos de buena suerte, ni caras de compasión. No sabía a qué me iba a enfrentar, pero insistí a Kevin en que estuviera tranquilo y que, sobre todo, no hiciera nada. No quería que la cita con Donald saliera mal por incumplir sus condiciones. Éramos él y yo, nadie más.

Un par de horas antes de la cita, me colgué la mochila con la cámara al hombro y salí de casa. Quería ir tranquilo, paseando. Cogí un par de autobuses e hice el último tramo andando. El mundo giraba como si tal cosa, ajeno a mí y a mis problemas. Me hizo sentir pequeño, una anécdota entre las millones de cosas que estaban pasando a mi alrededor. Y me gustaba verlo así. Nada iba a cambiar si dejaba de hacer mis vídeos. Nada iba a cambiar si Donald había preparado algo para humillarme más. Nada... A no ser que el desenlace fuera trágico. ¿Iba a serlo? No quería pensar en ello.

Llegué al parque casi media hora antes de las nueve. Estaba anocheciendo y tan solo se veía a algunas personas con sus perros, unos cuantos ciclistas y varias parejas tumbadas en la hierba. El lugar donde me había convocado Donald era una gran explanada libre de árboles y de cualquier elemento decorativo. Un espacio diáfano, a la vista de todos. A uno de los lados, lejos, un pequeño parking y al otro, una colina que descendía hacia un paseo que discurría junto a un lago. Comprobé en mi móvil cuál era el sitio exacto que indicaban las coordenadas. Estaba situado en el mismo centro de la explanada. Me senté en la hierba, dejé la mochila a mi lado y comprobé que, desde ahí, debido a la altura a la que estaba, no veía más que césped a mi alrededor. Una circunferencia verde y redonda a mis ojos. Mirara donde mirara, el límite era la propia explanada, punteada en sus límites por farolas situadas a una distancia regular una de la otra. A las nueve sería de noche, calculé, y la luz de las farolas no llegaba donde yo estaba. El lugar donde Donald me había citado iba a quedar en penumbra. Un lugar cotidiano y extraño. A la vista de todos, pero escondido. Con luz, pero oscuro. Escenario de cualquier acontecimiento que pudiera suceder, desde el más inofensivo —la carrera de un perro—, a la agresión más cruel. Turbador.

Como predije, cada minuto que pasaba se ensombrecía más la explanada. Las parejas que salpicaban el césped fueron levantándose, bien para irse, bien para buscar un lugar más íntimo. Los perros espaciaron sus carreras a mi alrededor, señal de que sus dueños les llamaban para atarlos a sus correas y llevárselos a casa. Cada minuto, que agotó uno a uno, lentamente, todos sus segundos, trajo un cambio, y cuando quedaban tan solo un par de ellos para las nueve en punto, la calma reinaba a mi alrededor. Donald había estudiado el lugar y sabía que, aunque estuviéramos en un parque público y abierto, no íbamos a ser más que dos

sombras solitarias en mitad del césped.

En esos dos últimos minutos sentí una paz que ya no recordaba. Me sentía tranquilo, en orden, con las piezas encajadas. No temía nada y estaba dispuesto a afrontar lo que tuviera que suceder. El viaje al que me había empujado Donald desde que le hice la broma telefónica me había servido para alejarme un par de metros de mí mismo y de lo que era mi vida. Me había visto desde fuera — literalmente: los vídeos y burlas a mi costa habían circulado por la red hasta la saciedad— y gracias a eso me había conocido un poco mejor. Me había puesto al límite, haciendo y diciendo cosas que jamás hubiera imaginado que haría o diría. Sin pretenderlo, me había asomado a una parte de mí que desconocía o, mejor dicho, que sabía que tenía pero nunca me hubiera atrevido a explorar: perder los nervios, la razón, actuar sin sentido, odiar, despreciar, sentir cómo enloquecía, tener impulsos violentos... Todo aquello que uno nunca quiere ver de sí mismo y que había sido parte de mí en las últimas semanas. Pasar por ello me hacía más fuerte. Enfrentarme a las sombras que todos tenemos pero que nunca afrontamos, las alejaba de mí. Era mejor «Joel» entonces que antes de Donald. Pasara lo que pasara, ahora era invencible.

—Bien, puntual —escuché a mi espalda.

—Gracias —respondí antes de darme la vuelta. Era un «gracias» por todo lo que acababa de reflexionar sobre el efecto que la experiencia de Donald había causado en mí, pero él no podía saberlo.

—Bien, educado. Veo que vas aprendiendo la lección —respondió Donald con sorna. No imaginaba que la lección que me había dado tenía una consecuencia bien distinta de la que él pretendía. No era la sumisión tras el castigo lo que había conseguido.

Me levanté y me di la vuelta. Donald estaba algo lejos, a una distancia inexacta: lejos para mantener una conversación de tú a tú; cerca para cualquier acción física. En la oscuridad apenas podía distinguir sus rasgos. Era un hombre más bien bajo y fornido. Recortado contra las farolas que se veían al fondo de la explanada, podía distinguir unos brazos y unas manos fuertes que mantenía separadas del cuerpo. No veía su cara, tan solo que era calvo y que dos matas de pelo alborotado crecían a ambos lados de su cabeza. Me vino a la cabeza la imagen de un científico loco.

—Aquí me tienes. Tú dirás —dije. Donald se tomó un tiempo en responder. Respiraba de manera intensa y profunda. Tal vez mi tranquilidad no entraba en sus planes—. Tómame tu tiempo, no tengo prisa.

—Es muy sencillo. Todo irá bien si haces lo que te digo.

—Soy todo oídos —dije extendiendo los brazos y abriendo las palmas de mis manos hacia él en señal de estar preparado para recibir lo que fuera.

—No me gusta ese tono.

—¿Ah, no? ¿Qué tendría que hacer, suplicarte, amenazarte, atacarte? Si hemos llegado hasta aquí es porque has ganado. Lo acepto. Soy buen perdedor.

—No, no lo eres —dijo rotundo. Se pasó la mano por la boca y acarició su mentón. Debía llevar barba, supuse, pero era imposible saberlo con tan poca luz—. Eres demasiado engreído como para aceptar la derrota.

—Eso era antes. Ahora ya no tengo nada. Me lo has quitado todo.

Donald soltó el aire por la nariz para puntuar mi afirmación. Le parecía irónico, supuse. Su resistencia a aceptar mi derrota empezaba a irritarme.

—No has entendido nada —dijo con un tono altivo—. Esto no es más que una anécdota, un borrón. Mañana te levantarás y todo seguirá igual.

—No creo. He perdido mi canal, mi carrera como *youtuber*. No tengo nada —insistí.

—Sigues sin entender. No importa si haces vídeos o no. No importa si eres *youtuber* o vendedor ambulante. Lo que hagas es irrelevante. El problema eres tú.

—Así que esto ya no es una cruzada contra el mundo, vuelve a ser algo personal contra mí.

—No, amigo —hablaba desde tan lejos de mí, se creía tan por encima, que solo podía pensar en el hostión que se iba a dar cuando cayera—. Tú eres el muñeco, solo eso.

—Tanto fabricarlos te está comiendo el cerebro.

—Eres la imagen —se explicó—. El representante de un mundo detestable.

—Ya... —respondí con ironía—. Y tú estás aquí para arreglarlo.

—No —río—. No soy tan poderoso. El mundo es demasiado grande y yo demasiado pequeño. No puedo cambiar las cosas.

—Pues entonces, acéptalo. Vive y deja vivir.

Donald se quedó callado un buen rato. Pensé que si alguien nos observaba desde lejos, vería una estampa difícil de descifrar: dos hombres de pie, inmóviles, uno frente al otro, sin actuar. Nada se movía en una dirección o en otra. Era inquietante, sobre todo porque todo el mundo sabe que la materia nunca se detiene y que la pausa siempre es el prelude del movimiento. Y, tal y como estaba discutiendo la conversación, me era imposible adivinar cuál iba a ser este.

—Eso es lo que voy a hacer —dijo por fin—: dejarte vivir.

No dije nada. La cosa se ponía seria.

—Sin futuro —concluyó.

Fue el primer momento en el que moví mis piernas. Tan solo para cargar el peso en una en lugar de la otra. No sonaba bien lo que había dicho, nada bien.

—Así que vas en serio —dije con una calculada ambigüedad. No iba a ser yo quien sacara las conclusiones.

—Nunca he dejado de hacerlo.

Metió una mano en uno de los bolsillos de su abrigo y sacó de él una

revólver. Di un respingo. Conociendo a Donald, podía ser uno más de sus trucos. Fabricaba muñecos, ¿por qué no iba a pensar que la pistola era falsa? Cogió el arma por el cañón y me la tendió.

—Cógela —dijo.

—Estás pirado —Me di media vuelta con la intención de irme. Era una reacción irracional: había una pistola en juego y no era ninguna broma. Sentí que el arma caía a mis pies. Me detuve.

—Cógela —insistió—. No me obligues a utilizar la mía.

Su afirmación me obligó a darme la vuelta. Donald seguía en su sitio, esta vez, tras mi ademán de alejarme, un poco más lejos de mí. Pude ver que me apuntaba con otra pistola. ¿De qué iba todo eso?

—Te dije que todo iba a salir bien si hacías lo que te decía. Cógela.

—No pienso hacerlo —respondí.

—Si no la coges, tendré que dispararte. Entonces sí que habrá terminado todo. Hazlo.

Mis opciones eran escasas. O cogía la pistola que Donald había arrojado a mis pies, o Joel Graham era historia.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer?

—Cógela —insistió. Me agaché y cogí la pistola. Nunca había tenido una en mis manos. Nunca pensé que iba a tenerla. Era pequeña, pero pesaba. Un objeto macizo y compacto. Apenas podía controlar el temblor en mi mano—. Al principio impone, pero dentro de un par de minutos, cuando tengas que usarla, tendrás la sensación de que naciste para disparar. Le pasa a todo el mundo. Un arma da un poder que no se puede igualar con nada.

—No sé de qué va esto, pero se te está yendo la olla. Vamos a dejarnos de tonterías. No voy a usarla y tú tampoco. No creo que quieras acabar en la cárcel. Por si no lo sabías, hay hasta tres cámaras de seguridad grabando.

Señalé con la pistola hacia varios lados para indicarle los postes donde estaban las cámaras. Al llegar me había fijado en ellas. Me sorprendí al hacer ese gesto con la pistola en la mano. Donald tenía razón: muy pronto me acostumbraba a ser dueño de un arma.

—Lo sé. Y es la prueba que va a acabar contigo. Las imágenes mostrarán a Joel Graham disparando a un pobre hombre que solo se defendió de una llamada de teléfono desafortunada. Haya hecho lo que yo haya hecho, siempre apareceré como la víctima.

—¿Yo, disparándote? —pregunté perplejo.

—Si no, lo haré yo.

—Y acabarás en la cárcel —y volví a señalar las cámaras con la pistola.

—Y tú muerto.

El juego de Donald estaba llegando a un límite demasiado complejo. La

elección que me proponía era irresoluble.

—Yo ya no tengo futuro —se explicó—. Tu llamada, tu actitud hacia mí me ha demostrado lo poco que valgo ya en este mundo. Que yo acabe en la cárcel es irrelevante. Igual que si muero. Eso sería, incluso, un golpe de suerte para el sistema, un estorbo menos para la sociedad: un hombre de mediana edad, sin trabajo, sin expectativas, solo molesta. En cambio tú... —Y meneó la cabeza para acentuar la ironía que veía en esa idea—. Tú eres lo que viene. Y eso es lo que importa.

—Por eso quieres matarme —afirmé.

—No, no quiero, a no ser que me obligues a hacerlo. Quiero que vivas, pero sin futuro, como un asesino. Eso es lo que quiero: despojarte de expectativas, que es lo que tú has hecho conmigo.

—Yo no he hecho nada. No soy tan poderoso.

—Eres el muñeco, Joel. Una metáfora. ¿Lo vas entendiendo?

Lo entendía a la perfección. Donald quería vengarse de un mundo que le había tratado mal, que le había utilizado en su etapa de plenitud y que, llegado el momento, le había arrojado a la cuneta. Acumulaba tal rabia contra la sociedad que mi irrupción en su vida le había servido como excusa perfecta para vengarse. No solo de mí —el muñeco, el representante casual de todo lo que odiaba—, sino de la humanidad entera.

—¿Qué eliges, tu vida o la mía?

—Las dos.

—Eso no es posible.

Donald apuntó hacia mí y, como un acto reflejo, sin pensarlo, le apunté yo a él.

—¿Lo ves? —dijo. No podía ver su rostro, pero sabía que sonreía—. La usas como si siempre hubieras tenido una.

Y era verdad. Apuntaba a su cuerpo y no era algo que hubiera premeditado. La perspectiva de morir me agarraba a la vida. Y vivir, en ese momento, implicaba apretar el gatillo de mi pistola.

—Está en tus manos. Y no tenemos toda la noche.

Frente a frente, nos apuntábamos mutuamente, como en una película de sicarios de Hong Kong. Respiraba de manera agitada y, a pesar de que el frío empezaba a caer en el parque, mi espalda sudaba. Mi cabeza intentaba resolver la ecuación con millones de operaciones a la vez. Ninguna daba exacta. No había solución. Si quería vivir, tenía que disparar.

—Eres un cerdo... —dije apretando la empuñadura de la pistola.

—Ha sido un placer —dijo Donald. Bajó el arma y abrió sus brazos para recibir el disparo.

Todo mi cuerpo temblaba. Cerré los ojos, no quería verlo. Yo, un chaval que

solo se dedicaba a hacer vídeos para internet; uno cualquiera, que había dado con una tecla para divertir y entretener a la gente; yo, que quería vivir tranquilo, haciendo mi trabajo, saliendo con mis amigos, disfrutando de la vida... Yo, Joel Graham, estaba a punto de convertirme en un asesino. A punto de tirar mi vida por la borda. A punto, como quería Donald, de quedarme sin futuro. Sin abrir los ojos aún, posé el dedo sobre el gatillo. Era el último segundo antes de que mi vida fuera a cambiar para siempre.

—¿Qué pasa aquí? —Escuché. Abrí los ojos y vi a Donald agitado, mirando en todas direcciones—. ¿Les has llamado tú, imbécil?

Miré a los lados y vi un montón de sombras acercándose hacia nosotros desde todos los ángulos de la explanada. Era una legión, una masa de personas que avanzaban con paso firme hacia nosotros. Por un momento pensé que no era real, que estaba muerto, que Donald, al final, me había disparado y eso era «la muerte», el lugar donde vamos cuando dejamos de vivir y esas, las sombras que vienen a recogernos. Solo la agitación de Donald delante de mí me hizo apartar esa idea. Me miró y volvió a apuntarme.

—Solo tenías que seguir mis indicaciones —dijo con ira mientras me apuntaba de nuevo. Iba a dispararme, no tenía duda, pero esta vez no le apunté con mi pistola. La masa de gente avanzaba sin pausa y ya estaban a menos de veinte metros.

—No sé nada, Donald, ¡lo juro!

—Eres un mierda —me apuntó dispuesto a disparar.

—¡No, papá! Joel no sabe nada.

«¿Papá?». La voz había sonado a mi espalda y tanto Donald como yo, que me di la vuelta, vimos a alguien abriéndose paso entre la gente. Sabía a quién pertenecía la voz, pero no podía creerlo. La figura que se acercaba logró abrirse paso y llegar hasta nosotros.

—He sido yo —dijo Will—. Yo los he llamado.

—¿Es tu padre? —pregunté alucinado.

En ese momento la masa de gente que se acercaba llegaba a nosotros y se detenía a unos pasos formando un círculo. En primera fila pude ver a Kevin, a Connor, a Silvestre, a Jan y a Flavia que encabezaban la concentración y que, al llegar a nuestro lado, miraron desafiantes cruzando los brazos.

—¿Qué has hecho? —preguntó Donald severo a Will.

—Esto es una locura, papá —dijo Will sollozando—. Tenía que hacer algo para pararlo —Donald, incapaz de decir nada, miró a su alrededor—. Son tus seguidores, Joel. He hecho un llamamiento en la red y, ya ves, siguen de tu lado.

—Pe-pero... —Se me habían agotado las palabras. Solo sentía una inmensa bolsa de aire a punto de explotarme en el pecho.

—Will, hijo... —Donald se derrumbó y cayó de rodillas en la hierba. Will se acercó y le quitó la pistola de la mano.

—Papá... —Will le pasó la mano por el hombro—. No podías hacerlo.

—¡Dejen paso!

Harris, acompañado de varios agentes uniformados lograron llegar junto a Donald y Will. Llevaban linternas y, de pronto, el círculo que habían formado mis seguidores quedó iluminado como el escenario de una representación teatral.

—Albert Foster, queda usted detenido —dijo Harris dirigiéndose a Donald. A Albert, a quién demonios fuera ese demente.

Donald levantó la cabeza y, por fin, pude ver su cara. Era un rostro corriente, el de cualquier hombre de cincuenta años que podrías cruzarte por la calle. Era, incluso, amable. ¿Por qué se empeñó en convertirse en el héroe siniestro de una causa irrealizable? ¿Qué le habría pasado para tomar un camino tan tortuoso? Mientras dos agentes le levantaban del suelo por los hombros después de esposarlo, me miró con los ojos enrojecidos. Sentí lástima, pero no caí en la tentación de compadecerle. Había estado a punto de matarme. Había estado a punto de matarle.

—Creo que deberías darme eso, muchacho —me dijo Harris. Al mirarle, me di cuenta de que aún llevaba mi pistola en la mano. Se la di como quien se da cuenta de que lleva en la mano algo molesto y desagradable—. Tendrás que acompañarnos, creo que tienes muchas cosas que contarnos.

—Claro, inspector —dije con la tranquilidad de quien no tiene nada que temer.

—Lo siento —me dijo Will antes de irse con Harris. Un agente le llevaba cogido del brazo. No se iba a librar de dar explicaciones.

—Lo sabías todo desde el principio —le reproché.

—Era mi padre, ¿qué podía hacer?

—Lo sabías todo.

—Lo siento, Joel.

El agente tiró de él y se lo llevó. Me di cuenta de que estaba esposado.

—Vamos —me insistió Harris. Kevin nos cerró el paso.

—Mi representado exige la presencia de un abogado —dijo—. Como se ha visto, ha sido víctima de una trampa...

—Tranquilo, Kevin —le interrumpí. Levanté mi mochila del suelo—. Por si acaso, lo he grabado todo.

Al llegar a la explanada, había dispuesto la mochila de tal manera que grabara imagen y audio de todo lo que ahí iba a pasar. No podía fiarme de las cámaras de seguridad, sus imágenes podían ser equívocas. Prefería tener mi versión de los hechos.

—Gracias, chicos. Os debo una —dije a mis amigos al pasar junto a ellos.

—Da las gracias a tus seguidores —afirmó Connor—. Son ellos los que han estado a tu lado cuando los has necesitado.

Me detuve un momento antes de cruzar la masa de gente que me rodeaba a pesar de que Harris tiraba de mí con urgencia. Les miré y sonreí.

—Gracias, amigos.

Mis seguidores empezaron a aplaudir y a ovacionarme.

—No la montes, Graham, no la montes —me advirtió Harris sacándome de ahí entre el gentío que me trataba de abrazar y animar.

—¡Nos vemos en mi canal! —grité.

—¡Siete millones de visitas! —exclamó Kevin con mi *tablet* en sus manos.

—Qué pocos... —respondí simulando decepción. Nos habíamos juntado en mi casa para celebrar mi regreso y todos teníamos ganas de fiesta.

—Vas un pelín *sobrao*, ¿no? —dijo Connor—. Que es tu regreso a YouTube. Puedes darte con un canto en los dientes.

—Os estoy tomando el pelo —dije eufórico—. ¡Siete millones, qué pasada!

Había hecho un vídeo especial para volver a mi canal, una superproducción en toda regla: un musical en tono de humor donde recreaba lo que me había pasado en las últimas semanas. Quería volver a lo grande, sin dar más vueltas a lo sucedido, ni dar explicaciones, ni caer en el victimismo. Quería ofrecer una mirada divertida, reírme un poco de mí mismo —en el montaje recreaba mis grandes momentos: las humillaciones y ridículos que había hecho gracias a Donald— y decirle al mundo que sí, que me habían machacado, pero que, al final, había salido de esta y que la vida continuaba. Con risas y buen humor.

—Y solo hace tres horas que lo has colgado —dijo Kevin—. Después de esto, voy a tener que subirte mi comisión.

—Ni lo sueñes —respondí.

Habían pasado casi dos semanas desde la detención de Donald y todo había vuelto a la normalidad. Kevin seguía trabajando para mí y volvíamos a tener grandes planes para el futuro de mi canal.

—¿Creéis que lo ha visto? —preguntó Silvestre.

—En la cárcel no hay internet —aclaró Flavia.

—Qué pena. Le hubiera encantado —apuntó Connor.

—El humor es la mejor manera de combatir a gente como esta —dijo Jan.

—Sí, pero el humor no para las balas —opinó Kevin. A pesar de tener la tranquilidad de saber que todo había pasado y de que Donald estaba encerrado, pensar que todo pudo haber acabado de manera trágica aún nos provocaba angustia.

—¿Y a Will, le habrá gustado? —preguntó Connor con retintín—. Porque ese sí que era un cachondo.

—Era su padre —dije.

—Y su cómplice —añadió Kevin—. No lo olvides.

—¿Qué hubierais hecho vosotros? —pregunté—. No quiero justificarle, pero tenía una papeleta importante.

—¡Donald estuvo a punto de matarte y él participó! —dijo Kevin incrédulo.

—Por eso me salvó. Es igual de culpable, pero, al final, encontró la manera de solucionarlo. Si no llega a ser por él, ahora no estaríamos aquí.

Y era verdad. Una verdad perversa: Will había ayudado a Donald a ir contra mí y, al mismo tiempo, me había ayudado a terminar con Donald. Había hecho las dos cosas, jugado en los dos bandos. Pero al final, la victoria había sido mía. Le compadecía. Ante una situación así, testigo de la locura de tu propio padre, ¿quién sabe lo que hay que hacer? Es tu padre, no es fácil ir contra él.

—Las cosas son como son, Joel —dijo Kevin—. No puedes ser comprensivo cuando han estado a punto de acabar contigo.

—Entender las razones de tus enemigos es lo que te hace ser más fuerte en la batalla —le expliqué.

—Ahora me vas a decir que compadeces a Donald también, ¿no? —soltó Connor incrédulo.

—No, ni de coña —aclaré—. Nada justifica lo que ha hecho.

Nada. Pero cuando Harris me explicó cómo había sucedido todo, entendí un poco más por qué Donald había sido tan cruel conmigo. Hacía unos meses que le habían despedido de su empresa y de pronto, con casi cincuenta años, se vio sin futuro y sin esperanzas. Mi llamada le despertó todo el odio y resentimiento que sentía por la sociedad que le estaba apartando como un trasto viejo. Me tomó como el representante de ese mundo que le quitaba de la circulación sin motivo. Acosarme, humillarme, hundirme, amenazarme, no tenía justificación. Entenderlo, al menos, me dejaba más tranquilo.

—Es como el de *Breaking Bad* —dijo Flavia. Como era habitual, todos la miramos arqueando las cejas, esperando a entender por dónde iban los tiros—. Pero con la informática en lugar de con la metanfetamina.

—¿Alguna aclaración, o lo dejamos aquí? —preguntó Connor desconcertado.

—Es verdad —dijo Jan al rescate de su novia—. Donald es un genio de la informática. Cuando se vio fuera de su empresa, usó todo lo que sabía para ir contra Joel.

—Ya —dije lacónico. Me imaginé a Donald moviéndose por los laberintos cibernéticos como pez en el agua.

—Un perverso —sentenció Kevin.

—¿Y Sousa? —preguntó Silvestre. No quería dejar ningún cabo suelto. Sabía que los thrillers siempre acababan dando respuesta a todas las preguntas y este, aunque fuera absolutamente real, no iba a ser menos.

—Era un compañero suyo en la empresa. También le echaron —respondí. Todos recordaron la noticia sobre su despido que les llevó hasta él—. Pero está fuera del caso, nadie puede demostrar que estuvo en esa oficina.

—Siempre tiene que salvarse alguien —afirmó Silvestre—. Para hacer la segunda parte.

Todos le miramos molestos. Era un chiste, pero no el que hacía falta en ese momento.

—Pero vamos, que las segundas partes siempre son peores que las primeras. —Seguimos mirándole con cara de reproche—. Y... Vale, la he cagado.

Todos sonreímos y bajamos la mirada para perdernos en nuestros pensamientos. La presencia de Donald en nuestras vidas nos había transformado. Nos había obligado a dar lo máximo y nos había puesto en riesgo, a cada uno de una manera. Y todo, por ayudarme a mí. Durante ese silencio, miré uno a uno a mis amigos. Lo habían dejado todo para ayudarme, sin ellos, nunca lo hubiera conseguido. Tener siete millones de visitas era importante, pero sentir que a tu alrededor tienes amigos de verdad, es mucho mejor.

—Tíos... —empecé a decir. Iba a darles las gracias, pero me di cuenta de que, si lo hacía, tal cual estaba, emocionado, se iban a reír de mí hasta el fin de mis días.

—Discursito a la vista —dijo Connor. Era obvio.

—¿Qué dices? —me defendí—. Solo quería decirlos que tengo hambre. —En ese momento llamaron al timbre, momento que aproveché para levantarme y que no se me viera la cara de panoli que se me había puesto—. ¡Magia!

Me levanté y fui a abrir. Era Rick, cargado de bolsas de comida del restaurante de siempre.

—Me alegro de verte, místico —me dijo.

—Y yo. —Y le di un abrazo. Rick se quedó tenso, sin devolvérmelo, cosa, por otro lado lógica ya que tenía las manos ocupadas—. Pasa, pasa... Te quedas con nosotros, ¿no?

—¡Qué va! Tengo que volver enseguida. El nuevo encargado —habían despedido a Will— es un mal parido.

—Todo lo contrario que Will, ¿no? —dije con ironía.

—Will era un *hijoeputa*, que es otra cosa.

Entramos en el salón. Mis amigos recibieron la comida con una ovación.

—Os acordáis de Rick, ¿no? —le presenté.

—Claro, tío, siéntate —le invitó Connor—. Amigos, ¿no?

—Sí, místico.

Connor y Rick se dieron la mano. Mis amigos abrían las bolsas y sacaban las tarrinas.

—¡Eh! —dijo Silvestre mirando al interior de una bolsa—. Aquí hay algo.

Me miró con cara de pánico. No podía imaginarme a qué se refería. No quería hacerlo, más bien. Silvestre me acercó la bolsa abierta para que lo viera yo mismo, pero no me atrevía a cogerla.

—¿Qué es? —pregunté, pero Silvestre se limitó a sostener la bolsa delante de mí. Todos me miraban esperando mi reacción. No tuve más remedio que cogerla y mirar en su interior. Como imaginé, dentro había una nota —. ¿Sabes algo de esto? —pregunté a Rick.

—Ni zorra —respondió angustiado.

De pronto tuve la sensación de que todo volvía a ensombrecerse, que el mal no había desaparecido. Que ya no iba a tener la forma de Donald, pero que iba a seguir ahí.

Saqué la nota.

—«¡Pringado!» —leí en voz alta.

Todos estallaron en una carcajada. A pesar de que la broma me había llegado al alma, no pude más que sumarme a las risas.

—Sois unos mal paridos, *hijoeputas* —sentenció Rick.

Y mis colegas. Para siempre.

Fin

El juego del hater

Raúl Álvarez, Auronplay

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño

Imágenes de cubierta: © José María Carrillo (fotografía) / © Wenyuri (muñeco)

Edición y fijación del texto: Ramón Tarrés

© Raúl Álvarez, AuronPlay, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avenida Diagonal 662-664

08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-270-4398-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.

www.mtcolor.es